



**EL SILENCIO  
DE UNA  
PRINCESA**

**BLAS RUIZ GRAU**

## Contenido

[Título](#)

[Derechos legales](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Nota de autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Seis horas antes](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

# EL SILENCIO DE UNA PRINCESA

*Blas Ruiz Grau*

Derechos Legales

Primera edición: junio 2020.

2020, Blas Ruiz Grau

Autor representado por Editabundo Agencia Literaria, S.L.

De la portada, José Garcinuño.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

**ISBN:** 9798656403405

**Sello:** Independently published

A todas aquellas familias que día a día luchan y ayudan a luchar contra ese bicho horrible. A esos campeones: ellos son los verdaderos superhéroes.

¿Has bailado con el demonio a la luz de la luna?

Joker a Bruce Wayne  
Batman, 1989

## **SOBRE ESTE PROYECTO:**

A las buenas, querido lector.

Dudaba de si poner o no este texto antes de la novela. La razón es que no quería condicionarte en su lectura, pero en un arrebato he decidido que sí, que podría contarte un poco de qué va esto y por qué tienes este libro en tu mano. Puede que me quede largo, por lo que eres libre de leerlo o no, aunque considero que entenderás muchas cosas en cuanto lo hagas.

La idea de crear esta novela surge un día, sin más, en mis ganas de entretener al mayor número de personas posibles durante una fase muy dura que hemos vivido durante el año 2020: el confinamiento debido al maldito Coronavirus. Tenía una historia en la cabeza (que en su día rechacé para una novela) y pensé en por qué no tirarme de cabeza al río. Pero si me tiraba, me tiraba bien.

¿Cómo se hace eso?

Pues escribiéndola y vosotros leyéndola “en directo”. La cosa era simple: yo creaba un capítulo y lo subía a la plataforma Wattpad para que lo leyeseis tal cual había sido escupido por mí. Sin correcciones, sin relecturas, sin nada más. En crudo. Esto también implicaba que yo tenía la idea previa de cómo sería más o menos la trama, pero no sabía qué iba a pasar, así que también tenía el atractivo de que yo iría hilando todo al tiempo que leáis, sin posibilidad de volver atrás y rectificar si metía demasiado la pata o algo no tenía sentido. Puede parecer fácil, pero casi me cuesta la poca cordura que yo pueda tener.

El experimento salió bien y decenas de miles de lectores fueron leyendo los capítulos según los subía, algo que ni yo mismo me creo aún.

A punto de llegar al final me sobrevino una pregunta, pero la culpa de ella la tenían esos lectores que no paraban de insistirme en si saldría en un solo “archivo” para leer de seguido. Incluso en papel. Vamos, que si la iba a publicar.

En ningún momento tuve intención de hacerlo cuando comencé, pero ante esa insistencia empecé a planteármelo. Ahora bien, las dudas que tenía yo tenían que ver con que la historia no la he desarrollado como yo realmente podría. Los personajes los podría haber trabajado mucho más e incluso me podría haber currado unas subtramas más potentes. ¿Esto quiere decir que esté mal? Creo que no, la verdad, pero es cierto que cuando se trabaja una novela de manera “tradicional” el procedimiento es otro y la cosa puede quedar más pulida y con un resultado global mucho mejor.

Esto es lo que me tiró para atrás. No podía publicar algo que yo no creía que tuviera el 100% de mí y lucrarme con ello. No sería honesto por mi parte. ¿Podría trabajarla más hasta mejorarla

como yo creía? Sí, pero no quería por dos razones: una, que no tengo tiempo para ello. Mi carrera como escritor sigue y tengo plazos para mis nuevas novelas. Dos, que perdería esa esencia que tiene, para bien o para mal, de haberse creado del modo se ha hecho. Ya no sería lo mismo, por lo tanto no. Si se publica, tenía que ser así.

La suerte es que la solución me vino pronto a la cabeza. Podía publicarla y venderla donando los derechos (el 100%) a una asociación que yo considerara que hace una labor importante con niños. Y así es como me puse manos a la obra para solicitar ayuda (ya digo, yo no tenía demasiado tiempo y, además, no tengo nada de talento en todos los procesos posteriores a la escritura de una novela) y me rodeé de un equipo que haría salivar a cualquier editorial. Está compuesto por 4 correctores, un portadista (aunque enviaron muchos muchas propuestas y se lo agradezco de corazón), una maquetadora y hasta una empresa de audiovisuales para promocionar el trabajo (todos ellos están mencionados al final, en los agradecimientos).

La asociación elegida ha sido Aspanion, que hacen una labor impresionante prestando apoyo a familias de niños con cáncer. Su programa va desde actividades, apoyo psicológico, pisos que dejan cerca del hospital de La Fe (Valencia) para que pasen ahí el tiempo que dure el tratamiento... Demasiadas cosas que seguro no explico bien, por lo que os animo a entrar en su web [www.aspanion.es](http://www.aspanion.es) e informaros. Sobre todo para que sepas en qué has invertido tu dinero. Porque, repito: el 100% de los beneficios obtenidos van directos a su cuenta bancaria.

Poco más te puedo contar. Quizá no te he vendido la trama del libro como lo más importante. Sobre todo cuando te he dicho que no es una novela común para mí, pero si has llegado hasta aquí leyendo te voy a dar una alegría: vas a alucinar mucho con el contenido del libro que tienes las manos. Te lo prometo.

Y, ¿sabes lo mejor de todo? Que está basado en una historia real que aconteció en Almería en los años 90. Eso sí que da escalofríos.

Ahora dejémonos de tonterías y lee. Luego me buscas en redes para contarme.

# Capítulo 1

*Sábado, 23 de junio. 04:04 h. Algún lugar de la provincia de Almería.*

Corrió. Corrió todo lo que pudo.

No quería mirar atrás. Había visto cientos de veces esa escena en televisión y le parecía una tontería que el perseguido lo hiciera siempre. ¿Para qué? Lo importante era huir. Mover las piernas como si el cansancio no existiera. Como si el camino no se acabara nunca. Pese a ello, se observó a sí misma cayendo en la trampa y, sin detenerse, giró la cabeza.

No vio a nadie.

¿Dónde estaba?

El crujir de ramas secas, que situaba a su atacante justo a su espalda, había desaparecido. Ahora sólo oía los chasquidos que ella misma emitía al correr.

Y sus jadeos. Sobre todo, sus jadeos.

Dejando eso atrás, el silencio era sepulcral.

Si le hubieran dado a elegir, habría preferido que aquello estuviera repleto de sonidos. El silencio, ese maldito silencio que ahora lo envolvía todo, lograba que su nivel de tensión rozara límites peligrosos.

La noche se mostraba insultantemente bella. En aquel paraje alejado, las pocas nubes en el cielo dejaban ver un manto de estrellas imposible de contemplar en la ciudad. El problema eran precisamente esas nubes que, aunque escasas, cubrían la luna en aquellos momentos. La oscuridad que reinaba en el ambiente no ayudaba en la huida.

Sabía que no debía parar, pero sus piernas no podían más y no le quedó más remedio que detenerse. Se dobló sobre sí misma para intentar recobrar el aliento. Notaba un fuerte dolor que le oprimía el pecho, algo así como un intenso aplastamiento, y colocó su mano sobre él tratando de recuperar el control. Su respiración era rápida e intensa, casi demencial. Levantó la cabeza entre fuertes exhalaciones y consideró tomarse unos segundos para estabilizarse. No es que quisiera, es que lo necesitaba.

Miró hacia un lado y hacia otro.

¿Dónde estaba?

Una fuerte presión comenzó a subirle por el esófago y sintió que iba a vomitar la cena. Ya ni era capaz de recordar qué había comido. Parecían recuerdos lejanos. Ahora sólo le importaba salir de aquello. Como fuera. A toda costa.

Tras unos instantes de falsa calma consiguió echar de nuevo a correr, aunque lo hacía de una manera bastante torpe, con zancadas irregulares y nada estables. No sabía adónde se dirigía, era la primera vez en su vida que pisaba ese lugar. Optó por adentrarse en una arboleda que quedaba a su izquierda, pensando en encontrar allí algún refugio. Al pasar entre los árboles sintió que la humedad que reinaba en el ambiente ya no era tan intensa, quizá por la protección que ofrecían estos últimos. El penetrante olor a pino dominaba la zona, pero ella ni se dio cuenta del detalle. No fue capaz de vaticinar si encontraría después la salida, pues aquello parecía un laberinto, pero

deseó que el peor de sus males aquella noche fuera perderse allí dentro. Se detuvo otra vez y miró a su alrededor. Lo más sensato sería esconderse detrás de cualquier objeto voluminoso. Por desgracia, no veía nada que le sirviera de forma efectiva.

Pararse fue un error.

Lo supo cuando volvió a sentir que las piernas le flaqueaban y el aliento le faltaba. La presión del pecho apareció de nuevo, ahora con mucha más intensidad. Una nueva arcada llegó y esta vez no la pudo controlar: vomitó.

Necesitó unos segundos para recuperarse de esa sensación desagradable. Para hacerlo, trató de inspirar y espirar con calma, aunque la situación no invitaba a encontrar ningún sosiego. No es que lo consiguiera, pero la lógica mandaba y tenía que seguir corriendo, como fuera, de nuevo sin rumbo conocido. Era un problema que cada vez las piernas le pesasen más y no se sintiera con fuerzas para moverlas con la cadencia requerida. Tanto fue así que ya no le quedó más remedio que volver a detenerse poco después de salir de la arboleda, justo por el lado contrario al que había accedido. No podía más, estaba exhausta.

Las ganas de vomitar desaparecieron, aunque un potente mareo se apoderó de ella. Al parecer había hiperventilado y eso hizo que se sintiera aún más desorientada que antes. Volvió a doblarse y colocó las manos sobre las rodillas.

Levantó la cabeza con la esperanza de no ver a nadie. Las cosas no parecían ir del todo mal porque, al menos, estaba sola. No había nadie más.

Durante unos segundos analizó si en realidad aquello era positivo o negativo. No tardó en decantarse por lo segundo. No, no era bueno. Sabía que no iba a dejarla ir sin más. Era malo. Muy malo.

Lo peor.

Pero ¿dónde se había metido? ¿Por qué no aparecía por ningún lado?

Daba igual, tenía que seguir corriendo.

La cuestión era: ¿hacia dónde?

Sin poder erguirse todavía, giró la cabeza hacia un lado y hacia otro. Ninguna de las opciones le inspiraba confianza; aunque, si lo pensaba fríamente, aquello no era cuestión de confianza. Se trataba de sobrevivir.

Tenía que huir, no importaba la dirección.

Un nuevo intento.

Sus piernas no quisieron.

Casi histérica, sintió que le sobrevenía un enorme arrebato de desesperación que la invitaba a gritar como una loca. Por suerte, el poco raciocinio que encontró le impidió hacerlo. Lo malo es que de lo último ya apenas le quedaba y, bien por agotamiento bien por puro miedo, no conseguía moverse del sitio. Permanecía clavada como una estaca y parecía que su cuerpo se había rendido ante un más que posible fatal desenlace.

No se equivocó.

Sus peores presagios se confirmaron. Su atacante no lo iba a dejar pasar. No supo por dónde apareció, pero ahí estaba de nuevo. Inmóvil. Mirándola.

La negrura era evidente. Pese a ello, le podía ver los ojos y no pestañeaba. Ni siquiera le temblaban lo más mínimo. En una situación normal, esta imagen hubiera transmitido tranquilidad. Pero no era una situación normal. Ella sentía justo lo contrario: un terror nunca antes experimentado.

Temblaba sin control. Intentó salir corriendo, otra vez, sin lograrlo. Quiso tragar saliva, pero

su boca estaba tan seca que no pudo. Notó cómo una sensación caliente le recorría la entrepierna.

Pensó en gritar como una medida desesperada: pedir auxilio. Ella misma se dio cuenta del sinsentido de hacer eso. Nadie la escucharía. Nadie. Estaba en medio de la nada y lo último que quería era alterar a su atacante.

Empezó a llorar. La sombra sonrió y comenzó a dar unos pasos hacia ella. Lentos y seguros. Ya no paró.

En ese momento, ella consiguió recuperar en cierto modo el control de sus piernas y empezó, a su vez, a dar pasos para atrás. Puede que fuera la peor torpeza de todas, hacerlo sin mirar. Tras recorrer apenas un metro, se encontró con un pedrusco que le hizo perder el equilibrio y caer de espaldas sobre una zona llena de acículas caídas de los pinos que el viento había amontonado formando un suave manto que amortiguó el golpe.

Su cuerpo seguía jugándole malas pasadas y no se pudo levantar. No, al menos, en el tiempo en el que su atacante llegó hasta su lado y la tomó del cuello con ambas manos. El frío tacto de los guantes hizo que se estremeciera. Ella cerró los ojos. Las lágrimas cubrían su rostro. Los pulgares comenzaron a apretar su glotis mientras que el resto de los dedos se aferraban con fuerza a los laterales del cuello.

Algunas personas cuentan que, en esos últimos momentos, la vida entera pasa ante tus ojos. Ella sólo se sentía sola, lamentando que nadie pudiera relatar lo que le había ocurrido.

Fue en ese momento cuando las nubes, siguiendo su curso, dejaron libre a la luna. Ésta iluminó la zona con intensidad, pero a ella ya no le importó. Permaneció con los ojos cerrados hasta el final.

*Sábado, 23 de junio. 05:31 h. Night Club La Cangrejera II, Almería.*

Tras echar un vistazo a la barra, pensó que ya sólo quedaban los pesados de siempre. El tipo de la red de concesionarios y el otro que se gastaba lo poco que quedaba de activos de su empresa sentado en ese taburete. La situación le hacía gracia, ya que ninguno de los dos pasaba a mayores. Sólo se dejaban la pasta en el tugurio, invertida en vasos de tubo medio llenos de Larios, y metían billetes en la ropa interior de las ávidas chicas que se acercaban a ellos. Él aplaudía que ellas lo hicieran así, pues demostraban ser inteligentes. Sabían que aquello no iría a más y eran ingresos fáciles. Rápidos, como a él le gustaban. Reconocía que hubo un tiempo en el que le picó la curiosidad y eso le llevó a preguntarse por qué no elegían a alguna y se la subían a la habitación, como hacían los demás. Para eso estaban ellas allí, al fin y al cabo. La respuesta fue tan decepcionante como evidente: ninguno de los dos podía tener una erección ni con la ayuda de las pastillitas mágicas.

Así que pocas alegrías más podían tener que no fuera manosearlas y beber como si no existiera un mañana.

De igual modo, de esa forma gastaban mucho más dinero que contratando sus servicios, así que él lo prefería.

Estaba sentado en su reservado habitual, el que sólo abandonaba cuando venían de visita sus socios de Marbella. Un espacio con sillones de cuero blanco más propios de una discoteca de los

años setenta que de la época actual. A él le parecía rancio, claro, pero la excentricidad de su rincón remarcaba la importancia de quien se sentaba ahí y esto era lo único que le importaba.

Ahora observaba cómo la chica nueva, a la que él mismo llamaba «chochito de dieciocho», pasaba un paño húmedo sobre la barra.

Miraba sin disimular hacia sus pechos. A pesar del movimiento que describía su cuerpo al limpiar, éstos apenas se meneaban. La explicación era tan sencilla como buena para su negocio: casi no se habían desarrollado todavía. ¿Que por qué era bueno? El morbo, el puro morbo de esos viejos verdes que pagaban hasta el triple por acostarse con una chica que tenía aspecto de ser menor de edad. De hecho, algunos lo imaginaban y otros, sencillamente, lo creían así. Ésos eran los que soltaban cantidades de pasta ingente. A él ni le repugnaba ni le parecía bien; cada cual podía hacer lo que diera la gana con sus billetes y con su polla. Mientras sus bolsillos estuvieran tan repletos de parné como solían estarlo, cada tipo era libre de ser lo perverso que quisiera.

Dejó de mirar a la camarera en el preciso instante en que escuchó que la puerta de su negocio volvía a abrirse. Los porteros habían recibido la orden de no dejar pasar a nadie más, por lo que sólo podía ser una persona. Y esperaba que trajera buenas noticias. Miró hacia la entrada y lo vio. Entró con su característico gesto frío en el rostro y se colocó frente al reservado.

Konstyantyn Zalenko realizó un movimiento con la cabeza y los dos hombres que custodiaban el acceso se apartaron para dejar pasar a su mano derecha.

Hablaron en su idioma natal.

—Siéntate; supongo que el tema estará tal y como espero.

Su hombre tomó asiento y ni siquiera lo miró para responder.

—Zanjado.

—¿Algún contratiempo?

Negó con la cabeza sin mostrar cualquier tipo de expresión en su rostro. Konstyantyn también miró hacia adelante y se recostó sobre el sofá de cuero blanco. Durante unos segundos analizó cómo estaban las cosas y se volvió a incorporar. Tomó la cara botella de vodka importado con su mano izquierda y levantó la derecha al cielo. La camarera de las tetas pequeñas apenas tardó unos segundos en traer dos vasos limpios y una botella recién abierta que dejó sobre la mesa tras pasar ella misma al reservado.

Cuando se dio la vuelta para salir de nuevo, él la agarró fuerte del trasero. A pesar de que apretaba con fuerza, ella no se quejó. Sabía que no podía hacerlo. Unos segundos después la soltó y la muchacha salió dejando a los dos hombres solos.

Konstyantyn sirvió vodka en los dos vasos y ofreció uno de ellos a su hombre. Lo bebieron de un trago.

No pudo evitar sonreír. Sabía que Denys no le iba a fallar. El trabajo ya estaba hecho y ahora sólo quedaba esperar resultados.

## Capítulo 2

*Lunes, 25 de junio. 09:31 h. Calles de Viator, Almería.*

El Citroën C4 se movía con cierta lentitud por las calles de Viator, un tranquilo pueblo almeriense situado a unos seis kilómetros de la capital que contaba, más o menos, con unos seis mil habitantes. Los ocupantes del vehículo no sólo no conversaban entre ellos, sino que la tensión del ambiente se podía cortar con un cuchillo. Desde que el sargento Barrachina había leído las papeletas de servicio impresas desde el Sistema Integral de Gestión Operativa, SIGO, Pilar se había puesto de muy mal humor. Parecía que el capitán de la Compañía sabía que no aguantaba a Fresneda y, como castigo, era cada vez más común que los destinase juntos a realizar largos patrullajes por pueblos en los que nunca pasaba nada.

A decir verdad, mucho tino tendría que tener el capitán para emparejar a Pilar con alguien a quien ella soportara. No es que se llevara mal con todos sus compañeros, es que siempre estaba a la defensiva, posiblemente motivada por la frustración al ver que no avanzaba en su puesto de trabajo y eso había creado infinidad de roces con ellos. Había pedido el traslado de Seguridad Ciudadana a Policía Judicial en innumerables ocasiones y nunca se lo concedían. Estuvo a punto de conseguirlo cuando quedó una vacante tras la marcha de Jémez a Cádiz. Ella se consideraba la más cualificada para ocupar el puesto. Incluso algunas de sus compañeras así se lo habían dicho, pero el alférez otorgó la vacante a uno que no sabía ni cómo se llamaba. No le molestaría que se la hubieran dado a otro si de verdad lo hubiese merecido, pero él se había tenido que sacar el curso de Policía Judicial obligatorio a toda prisa y casi forzado por el alférez para poder ocupar el puesto. Un curso que ella había superado de manera brillante en su día, con las mejores notas y menciones especiales por su impresionante interés en el tema. Ahora pensaba que todo ese esfuerzo no había sido más que una pérdida de tiempo. Intuía que iba a pasarse toda su vida haciendo patrullajes. Tampoco veía que sirviera de mucho su doble grado en Criminología y Psicología. Tenía claro que, fuera de la unidad de la Sección de Análisis del Comportamiento Delictivo (SACD), nadie tenía en cuenta los aspectos psicológicos del crimen y no la tomaban en serio cada vez que proponía profundizar más en la psique del criminal para una mayor efectividad en sus actuaciones. Aspirar a la SACD ni se le pasaba por la cabeza por dos razones: una, por su exclusividad, ya que se trataba de un equipo formado sólo por cinco miembros en toda España; y dos, porque si no salía de Seguridad Ciudadana, poco iba a conseguir.

Estaba totalmente convencida de que su estancamiento se debía al mero hecho de ser mujer. Le dolía especialmente; había entrado en el cuerpo, entre otras cosas, por romper barreras de género demostrando estar tanto o más capacitada que un hombre en su trabajo.

Su comandante de Puesto, el alférez, era un misógino enmascarado entre buenas palabras y caras amables. Y esto no era una opinión sólo suya, ya que incluso varios compañeros así lo reconocían. De igual modo sabía que no sólo ser mujer le impedía avanzar, también estaba el hecho de no callarse nunca su verdadera opinión. Y eso, en un cuerpo militarizado, no caía

demasiado bien.

No es que anduviera siempre por ahí haciendo y diciendo lo que le venía en gana. El respeto hacia la institución era máximo y cuando estudió la oposición ya sabía cómo funcionaban las cosas allí dentro, así que siempre se mostraba correcta hacia sus superiores. Lo malo es que había ocasiones en las que, por más que lo intentaba, su boca le jugaba una mala pasada.

Dejó de pensar en esto y se vio a sí misma ahí, sentada al lado de Fresneda, sin decirle ni una palabra. Como casi todos los días. Ni siquiera le apetecía reprenderle cuando, mientras iba conduciendo, éste contestaba algún WhatsApp con una sonrisa en el rostro. Pero esa mañana ya llevaba demasiadas y, viendo los constantes volantazos que daba, al final no se pudo contener.

—Podrías, al menos, dejarme conducir a mí si lo que quieres es ir hablando con tus ligues. Nos vamos a comer una farola, coño.

Él no contestó, se limitó a dejar el teléfono debajo de la palanca del freno de mano y soltó un sonoro bufido. Acto seguido giró hacia la calle Álvarez de Sotomayor. Su intención era la de ir hacia la zona del campo de fútbol, por la que todavía no habían pasado.

Cuando llevaban recorrida la mitad de la avenida, el Centro Operativo Complejo, una especie de central que coordinaba todas las actuaciones, hizo acto de presencia a través del equipo de radio.

—COC para indicativo 1555. Indicativo 1555, ¿me recibe?

—Adelante para 1555.

La mano de Pilar se había adelantado a la de Fresneda, que se disponía a tomar el micrófono. Eso le molestó visiblemente.

—Tenemos el cuerpo aparentemente sin vida de una mujer. Lo han encontrado unos ciclistas que pasaban por la zona. ¿Os dirigís hacia allí?

—Sí, ¿dónde exactamente?

—Es complicado llegar, está próximo a la calle Sector Dotacional S.

—Creo que sé dónde es. ¿Está cerca del arroyo de la mar?

—Sí, más o menos. Os mando las coordenadas por GPS que nos han pasado los ciclistas en el aviso. Es un lugar de difícil acceso y tendréis que hacerlo por la carretera de atrás, la que empieza por una especie de área de descanso de camioneros. Los sanitarios están avisados, por si acaso.

Pilar aguardó unos segundos hasta que las coordenadas llegaron y pudo ubicarlo en el mapa de su teléfono.

—Vale, ya sé dónde es y cómo podemos llegar hasta allí. Recibido. Corto.

Miró a Fresneda, que a su vez la miraba con el ceño arrugado. Había detenido el coche para no perder detalle del aviso.

—¿Sabes llegar hasta aquí? —ella señaló con su dedo hacia un punto concreto del mapa que mostraba la pantalla de su teléfono móvil.

El guardia negó con la cabeza.

—Pues quita, yo conduzco.

Cambiaron las posiciones con rapidez y salieron hacia el lugar de los hechos con las luces de emergencia encendidas.

Pilar aparcó el coche patrulla a una distancia prudencial, tal y como dictaminaba el procedimiento. Era importante no acercarse demasiado ante la posibilidad de que, en un terreno de tierra como aquel, pudiera haber indicios de huellas, humanas o de neumático. Ambos bajaron del vehículo y se dirigieron sin perder un segundo hacia el punto en el que se encontraba el cuerpo. Pilar no se había percatado del viento cálido que ese día soplaba en la zona hasta que bajó del coche. Llegaba en fuertes rachas intermitentes y golpeaba directamente en su cara, consiguiendo que la sensación térmica fuera de un calor asfixiante.

Nada más llegar comprobó que se había hecho una imagen mental distinta a lo que se encontró. La cara de Fresneda indicaba algo parecido. Vieron a una mujer aparentemente joven, no muy alta y de pelo moreno tirada boca abajo en una posición poco natural. Lo que más le llamó la atención era que estaba desnuda salvo por un sujetador de color rojo. Los ciclistas que habían dado el aviso también estaban allí, algo alejados del cuerpo. Uno de ellos permanecía en pie; el otro, visiblemente afligido, estaba sentado sobre un peñasco. Éste último miraba hacia abajo mientras pasaba su dedo índice por el suelo. Ni siquiera levantó la cabeza cuando llegaron los guardias civiles. Pilar observó que, no demasiado lejos de él, había un charco reciente de vómito.

La guardia decidió tomar la iniciativa mientras se colocaba los guantes. El protocolo de actuación decretaba primero comprobar si la chica realmente estaba muerta. No sería la primera vez que encontraban un falso cadáver, aunque en ese caso no había demasiadas dudas, ya que el cuerpo presentaba una cierta hinchazón que indicaba, además, que había muerto unos días antes.

—Buenos días. Supongo que son ustedes dos quienes han dado el aviso. Entiendo que ahora estén algo nerviosos, pero necesito que nos cuenten cómo han encontrado el cuerpo...

Evidentemente, el que habló fue el que se encontraba más entero de los dos.

—Buenos días. Bajábamos con la bicicleta por ahí, por esa pendiente —señaló con su dedo—. Llevábamos mucha velocidad y hemos pasado bastante rápido por aquí. Mi compañero ha visto algo y se ha puesto a gritarme como un loco. Nos hemos parado ahí —volvió a señalar—. Y me lo ha dicho. He mirado así por encima y lo primero que he pensado es que sería un perro o cualquier otro animal, yo qué sé. Aunque Paco insistía en que era demasiado grande, que aquí no hay animales así. Hemos dado la vuelta y al llegar la hemos visto. Antes de dar el aviso he dudado en comprobar si estaba viva o no. Soy auxiliar de enfermería, pero al acercarme un poco he visto que... Joder, pues eso, que... —titubeó—. Que estaba muerta, así que no la he tocado. Después de eso he llamado al 062.

Pilar asintió.

—En mi opinión ha hecho bien. ¿Confirma entonces que no ha tocada nada?

—Nada. Ni él ni yo.

—Está bien. Necesito que se echen para atrás todo lo que puedan. Vamos a acordonar la zona. Veo que su amigo no se encuentra demasiado bien. ¿Necesita asistencia?

—Está algo mareado. Supongo que es el *shock*. En mi caso no es la primera vez que veo un cadáver y estoy un poco más acostumbrado, pero Paco trabaja en una pizzería y está jodido. Ha vomitado y todo.

—Ya veo... Tranquilos, porque hay una ambulancia avisada. Ahora, de verdad, necesito que se coloquen más o menos por ahí.

El auxiliar de enfermería sin nombre asintió y se dirigió a su amigo. Le ayudó a levantarse y los dos fueron hacia donde la guardia les había señalado. Pilar se dirigió a Fresneda.

—Acordona esto como te deje el puto viento. Voy a dar aviso al Puesto.

Fresneda no rechazó, aunque se le vio especialmente molesto ante el rol que había tomado

Pilar en la escena. Se dirigió al coche para coger la cinta y empezar a delimitar el perímetro. Pilar también iba a encaminarse hacia el coche cuando vio que, al lado de la víctima, había lo que parecía ser un papel de chicle. Pensó que podría tratarse de un indicio y que el viento, soplando con la fuerza que lo hacía, podría llevárselo lejos de ahí. Así que no dudó: se acercó y lo cogió con sus manos enguantadas. No disponía de ninguna bolsa de recogida de indicios, por lo que pensó en que lo mejor sería llevarlo al propio coche y dejarlo sobre el asiento del copiloto. De ahí no se movería. Después, tomó el micrófono de la radio y dio aviso de nuevo al COC con lo que habían encontrado. Necesitaba que la Unidad Orgánica de la Policía Judicial del Puesto Principal de Huércal de Almería, su lugar de trabajo, se personara cuanto antes.

*Lunes, 25 de junio. 10:22 h. Comandancia de la Guardia Civil, Almería.*

Martín miraba la pantalla de su ordenador. Lo hacía como si esperara a que las diligencias que tenía que remitir al Juzgado de Instrucción Número 2 se rellenaran solas. Aquella mañana estaba más desganado de lo habitual. Quizá fuera porque era lunes.

Aunque eso último, en realidad, daba igual. Martín no era de los que aprovechaban al máximo el fin de semana pese a tener sólo treinta y tres años y ninguna relación estable. Su vida ociosa se basaba en hacer maratones de series en Netflix y poco más, así que no acusaba el peso de una juerga loca a sus espaldas.

Su desgana la explicaba la propia desidia con la que afrontaba el trabajo día a día. Muchos le decían que era un privilegiado, aunque él no se sentía así. Era consciente de que tener un trabajo fijo, con un puesto más o menos bien remunerado, ya era bastante en los tiempos que corrían. Y además de eso, tenía la oportunidad de poder atrapar a los malos, lo que añadía un plus con el que sentirse realizado, pero él lo vivía de otro modo. Quizá el hecho de haber entrado en la Guardia Civil porque su padre así lo había querido tuviera más peso en su ánimo de lo que él mismo esperaba. El honorable general de brigada don Martín Egea y Gutiérrez. Había dos cosas que molestaban soberanamente a Martín en ese último pensamiento: una, que su padre no le hubiera dado oportunidad de elegir y, dos, que se colocara ese «y» entre los apellidos para darse cierto aire aristocrático.

Ese último detalle repateaba mucho a Martín.

No es que llegara a aborrecer formar parte de la benemérita. Con el paso de los años había aprendido a apreciar ciertos aspectos de su trabajo. Lo que sucedía es que sabía que lo disfrutaría más si hubiera llegado por elección propia y, como no era así, por mucho que trataba de autoconvencerse, no lo conseguía. Tenía esa espina clavada, su mundo siempre ha girado en torno a lo que el general había querido. El colegio de curas, las amistades, los estudios posteriores... Todo. Su yo interior, el verdadero Martín, siempre había estado prisionero dentro de su propio cuerpo y temía que pasaran los años y nunca consiguiera salir.

Las rejas de su cárcel estaban demasiado bien forjadas por su propio padre.

A pesar de ello, su carrera dentro del cuerpo era meteórica. En realidad, eso se lo había ganado él mismo por cabezonería, no por favoritismo, como habían intentado hacer creer las malas lenguas. Lideraba el equipo de Delitos Contra las Personas perteneciente a la Sección de Investigación Criminal que la Policía Judicial tenía ubicada en la Comandancia de Almería. Es

decir, la unidad de Homicidios. En comparación con otros grupos de otras Comandancias, el suyo era grande. Podía ir variando de tamaño según los requerimientos de otras áreas de la Policía Judicial, pero que estuviera integrado por cinco personas habitualmente era un logro conseguido por el capitán jefe. A decir verdad, en su opinión, el capitán jefe era de lo mejor que podría haberle pasado a esa Comandancia y Martín se lamentaba de que no pudiera involucrarse más en las investigaciones, aunque a decir verdad lo estaba por temas de despacho referentes al cargo que ocupaba. Su equipo estaba integrado por él mismo, que lo lideraba como sargento que era, por la cabo Cayetana Ríos, que era algo así como la segunda de a bordo y, hasta el viernes pasado, por tres agentes más: Héctor Espí, Mariola Fernández y Elías Barrera. Ahora en total eran sólo cuatro por la petición de traslado de Elías, que había dejado el equipo algo cojo. Martín había pedido su reemplazo lo más rápido posible, ya que era el más novato y le mandaban hacerse cargo de lo que nadie quería hacer. Pero se le denegó esta petición alegando que el presupuesto estaba bastante ajustado y un guardia menos en plantilla ayudaba a cuadrar otras partidas.

No le quedó más remedio que resignarse y aceptar que, a partir de ese momento, tendrían que armar todos un poco más el hombro, incluso para los asuntos desagradables.

Todavía andaba buscando las ganas de escribir cuando el teléfono de su despacho sonó.

Al ver la extensión y comprobar que se trataba de la 18220, sintió el cosquilleo que siempre le producía en el estómago la llamada del capitán. Los despachos de ambos estaban uno al lado del otro, pero si su superior utilizaba el teléfono era que había algo importante de por medio.

—¿Sí, mi capitán? —contestó.

—Sargento, a mi despacho.

El capitán colgó de inmediato.

—Joder... —murmuró Martín al tiempo que dejaba el auricular de nuevo sobre el aparato.

No perdió tiempo y acudió al requerimiento. Habló desde el umbral de la puerta.

—Con su permiso.

—Adelante.

—A sus órdenes, mi capitán.

El trato marcial militarizado en la Guardia Civil había descendido en intensidad en los últimos tiempos. Martín no lo vivió así, pero su padre sí. Siempre que le contaba las historias de su juventud no dejaba de insistir, melancólico, en cómo antes uno saludaba a un superior firme como un palo y sin pestañear. Aunque estuvieras en la calle y fuera de servicio. Ahora se seguía manteniendo el respeto de hablar siempre de usted a un superior y nombrarlos por su rango. Aunque todo de manera mucho más distendida y no tan rígida.

—Siéntate, por favor.

Lo hizo.

—No quiero que perdamos demasiado tiempo en esto. Me ha llamado el comandante de puesto de Huércal de Almería, el alférez Molina. Han encontrado el cadáver de una muchacha desnuda y han mandado a la Judicial de allí. Han considerado que se nos requiere. Así que busca a la cabo y en marcha. Yo voy a por los chicos de laboratorio y nos vamos.

—Como ordene. ¿La Comisión Judicial está avisada?

El capitán se limitó a asentir, aunque lo hizo con un gesto que no pasó inadvertido para el sargento.

—¿Está usted bien, mi capitán?

—Eh... sí. Sí, están avisados.

Había algo en su rostro que inquietó a Martín. Esto era un añadido al hecho de que le hubiera

pedido ir a su despacho y no hubiera entrado él mismo en el del sargento dando la orden, como acostumbraba. Parecía como si intentara decirle algo, pero no se decidiera. No quiso darle mayor importancia porque si en algo destacaba su capitán, desde luego, era en ser un hombre peculiar.

Martín entendió que el encuentro había finalizado y salió del despacho al mismo tiempo que el capitán se ponía en pie para cumplir con su parte.

Que su jefe tuviera la costumbre de personarse en la mayoría de homicidios era una práctica aplaudida y criticada a partes iguales en el cuerpo. Unos alababan su implicación en las investigaciones, otros preferían decir que su responsabilidad era estar dentro del despacho y en reuniones, ya que para eso tenía un equipo conformado.

La opinión de Martín era que, para la unidad, era un lujo poder contar con su ayuda. Punto.

Al salir fue directo hacia el despacho en el que trabajaba el equipo de Personas con la intención de encontrar a Cayetana, la cabo. La vio charlando animadamente con Fayna, la sargento canaria al cargo del área antidroga.

Cayetana, que ya estaba curtida en varias batallas, entendió enseguida que algo no andaba bien por la forma en la que la miraba su superior. Su gesto lo decía todo. Él fue parco en palabras:

—Cabo, nos vamos. Tenemos un homicidio.

Cayetana asintió y siguió a su superior.

## Capítulo 3

*Lunes, 25 de junio. 10:51 h. Macael, Almería.*

Miró de nuevo el reloj grande, redondo y con unos números que se verían a diez metros de distancia, que colgaba sobre la puerta de su despacho. Le costaba entender que ya llevara cinco minutos inmerso en una conversación que no iba a ninguna parte. Su interlocutor no parecía comprender que no le importaban los problemas que pudiera tener. De todos modos, tenía que seguir fingiendo interés, ya que la imagen que intentaba proyectar era la de un empresario que se preocupaba por sus clientes. Por sus problemas. Por sus mierdas, al fin y al cabo. Sobre todo, si se trataba de uno que generaba tanto volumen de pedidos como aquel.

La cuestión era bien sencilla, aunque su interlocutor no parecía querer atender a razones.

Un camión había volcado tras chocar con otro que adelantaba indebidamente en la A7, a la altura de San Juan de Alicante. Esto había provocado unas retenciones kilométricas en la autopista y, aunque los servicios parecían afanarse en restablecer la normalidad, dos vehículos de su propiedad llevaban parados dos horas y no iban a llegar a tiempo a Silla, en Valencia. De eso se quejaba su cliente.

Aparte de escucharlo, nada más podía hacer él para arreglar la situación, pero el hombre se negaba a aceptarlo. Así que dejó que hablara, que se desahogara, que proyectara en él su frustración por no poder jubilarse y dejar la empresa a cargo de sus hijos porque eran unos inútiles. Lo mejor de todo es que eso último no era algo que se inventara él, ya que su veterano cliente lo repetía una y otra vez.

Las ganas de colgar de golpe el teléfono menguaban cuando pensaba en la cantidad ingente de mármol que le compraba. Eso no sólo servía para aumentar su fortuna, sino que además maquillaba otros ingresos, digamos, menos legítimos. Ésos eran los que verdaderamente habían ayudado a conformar el grueso de su patrimonio.

Uno de sus hombres entró en su despacho y brindó a Francisco García la excusa perfecta para colgar el teléfono. Por fin. Se maldijo a sí mismo por no habersele ocurrido antes usar este pretexto.

Se volvió a disculpar, se despidió simulando estar muy preocupado por las tonterías del hombre y colgó. Antes de hablar, sacó un Ducados negro del paquete que había sobre la mesa y lo encendió.

—¿Qué? —preguntó a la vez que soltaba una enorme humareda por la nariz.

Su hombre pareció dudar. Fue durante apenas unas décimas de segundo, pero Francisco, que era perro viejo, comprendió enseguida que lo que fuera a contarle no era precisamente bueno.

—Señor —dijo al fin—, han encontrado algo.

Francisco no pudo evitar fruncir el ceño. Se tomó un par de segundos en los que se pasó la mano por la cara. Aquel día ya estaba empezando a tocarle las narices. Dio una nueva calada al cigarro.

—¿Quién ha encontrado algo? ¿Y qué?

El hombre se lo relató con pelos y señales.

El semblante del empresario cambió por completo.

No contestó en un primer momento. Necesitó ordenar las decenas de conjeturas que pasaban por su mente. Entre una y otra le daba una calada al cigarro. Todavía le quedaba medio por consumir cuando lo apagó con violencia dentro del cenicero.

—¿Crees que ha sido él? —preguntó sin andarse con rodeos.

—Sin duda, señor. Lo que no entiendo es por qué ha sucedido esto.

—¿Estamos haciéndolo todo tal y como indiqué?

—Sí.

—Pues entonces me vas a tener que explicar cómo cojones ha pasado una cosa así, porque yo no puedo entenderlo.

El hombre tragó saliva antes de hablar. Sabía el nivel de agresividad al que podía llegar Francisco en uno de sus arrebatos de ira y no le apetecía comérselo. Más que nada porque no medía su furia y, a veces, cometía auténticas barbaridades.

—No... no sé, señor. Tiene que haber alguna grieta. Yo lo he revisado todo mil y una veces, aunque lo haré de nuevo. Si me permite serle sincero, a mí me parece que nos ha enviado un aviso. Una advertencia...

—¿Un aviso? —le cortó, pegando un grito—. ¡Me voy a cagar en su puta madre! ¿Cómo se atreve? ¿Qué coño se ha creído el Chernóbil ese?

Francisco dio un golpe sobre la cara mesa de roble que tenía delante. Su hombre tomó aire y trató de calmarlo.

—Señor, tranquilícese. Ya sabemos cómo se las gastan. No agitemos demasiado las cosas. Creo que entiende lo que le digo. Ahora, creo que lo importante es saber qué ha podido ocurrir para que él actúe así. Si hay una brecha, hay que tapparla con masilla cuanto antes. Hay que andar con mucha cautela. Si esto ha sido un aviso, hasta tendríamos que dar las gracias por que no haya sido peor. Los he visto actuar y esto no es nada.

Francisco cerró los ojos y sopesó lo que su hombre decía. Tenía razón, él mismo había supervisado las operaciones y todo parecía estar en orden. Al menos las cosas se habían hecho del modo más discreto posible, sin levantar nada de polvareda, que en realidad era lo único que pedía. No entendía dónde se había producido ese fallo, teniendo en cuenta que toda la maquinaria estaba bien engrasada. ¿O acaso uno de los engranajes había fallado? Porque en caso de ser así, tocaba averiguar cuál y, sobre todo, darle una solución rápida. Fuera la que fuese.

*Lunes, 25 de junio. 11:02 h. Afueras de Viator, Almería.*

Nada más bajar del coche dio gracias a un detalle que le había contado el capitán por el

camino. Los ciclistas habían tomado la decisión de dar el aviso al 062, el número directo de la Guardia Civil y no al 112, como solía hacer la mayoría de gente. Eso se traducía en la ausencia de periodistas. Habitualmente, cuando se daba el aviso a emergencias los de la prensa llegaban incluso antes que ellos y, en muchos casos, entorpecían las investigaciones. No había nada como hacer las cosas de manera discreta para llegar a un buen resultado. La ubicación también contribuía a que no hubiera curiosos merodeando. No entendía muy bien por qué, pero la desgracia ajena sacaba a relucir el lado morbosos de la gente y con la llegada de los teléfonos móviles con cámara integrada la cosa sólo había ido a peor. Poco tiempo antes había presenciado cómo uno de esos curiosos grababa el rastro de sangre que había dejado una persona a la que acababan de apuñalar para subirlo a las *stories* de su Instagram. Era una locura más que demostraba que el mundo se estaba yendo a la mierda. Lo importante era que ahora podían trabajar libres de esas miradas.

Seguido por la cabo Ríos, se acercó hasta el sargento de la UOPJ del Puesto Principal de Huércal. Mientras, el capitán, como siempre, aumentaba el perímetro delimitado por el cordón. Aquello, lo de hacer el cordón más amplio fuera como fuese de grande, era una manía muy suya. Martín lo achacaba a su obsesión por no obviar ningún indicio, cosa que alababa. No recordaba el nombre del sargento al que se dirigía, por lo que fue algo directo.

—Buenos días, sargento. ¿Qué ha pasado?

—Hola, sargento. Tenemos a una mujer blanca, de más o menos un metro cincuenta o sesenta de altura. Está desnuda salvo por un sostén. Viendo la hinchazón que presenta, parece que murió unos cuantos días atrás, pero todavía no ha llegado el forense para que nos lo confirme. Los primeros en personarse han sido los guardias Fresneda y Egea, de mi Puesto.

Al escuchar el último nombre Martín se giró instintivamente. La buscó y la encontró mirándolo. No la había visto al llegar, pero, en efecto, allí estaba Pilar.

—Gracias, sargento.

Martín se separó de él y fue en busca de los técnicos del laboratorio de Criminalística. Se encontró primero con Sergio, un extremeño de pelo castaño que siempre estaba bromeando por todo. Aunque no cuando le tocaba ponerse serio, como en momentos como ese.

—Encargaos de la inspección ocular. No dejéis nada, por favor. No tenemos identificada a la víctima ni parece que podamos hacerlo de inmediato, así que tomadle ya las reseñas para la necro y que se vaya Rafa de vuelta para empezar a buscar en el SAID. Con una identidad se nos pondría todo de cara pronto.

—A sus órdenes.

Acto seguido Sergio se fue hacia Rafa, el otro técnico. Éste estaba sacando el maletín del coche y colocándose el traje estéril junto a las calzas, los guantes y la mascarilla obligatorias. Le relató las órdenes antes de vestirse él también para después pasar el cordón y comenzar a hacer su trabajo. La Comisión Judicial apenas tardó unos minutos en aparecer encabezada por el juez y seguida por el secretario judicial, además del médico forense. Tras ellos llegó la furgoneta negra del Instituto de Medicina Legal. De ella bajaron dos auxiliares dispuestos a esperar junto al vehículo hasta que les dieran la orden de hacer su trabajo.

Tras los saludos de rigor, observaron cómo los técnicos establecían una zona segura de paso para que el forense se pudiera acercar sin problemas a la víctima. El juez dio la orden y el médico pasó el cordón del perímetro gigantesco que había establecido el capitán.

El forense de guardia que había acudido era un viejo conocido de Martín y Cayetana, el doctor Serrano. Un veterano tan curtido en el tema de autopsias que ya no le quedaban ganas de

realizarlas él mismo. No era algo que dedujeran ellos, sino que él pregonaba a los cuatro vientos. Así que tampoco se cortaba en decir que bendecía los días que estaba de guardia para así, al menos, poder pasear.

El doctor Serrano era de la vieja escuela y siempre iba de aquí para allá con su grabadora de mano. A Martín le hacía gracia porque era de las antiguas, de las de cinta de casete grande. Cuando estuvo al lado del cuerpo, pulsó el botón de grabación y comenzó con su particular inspección ocular.

—Tenemos el cadáver de una mujer de unos veinticinco a treinta años. De origen caucásico. Pelo moreno y largo recogido con una goma de color marrón. La víctima está desnuda salvo por un sujetador de color rojo. Está en posición de decúbito abdominal con el brazo derecho extendido. Posiblemente la posición sea debida a una caída desde lo alto de un barranco que tiene al lado. Me baso en esas pesquisas por dos razones: una, las heridas que presenta su cuerpo en forma de abrasión pueden ser del roce con la tierra al ir cayendo; dos, por la posición antinatural del propio cuerpo, impropia de una caída estando erguida aquí al lado. El examen posterior certificará si esas heridas son *ante o post mortem*. No hay más signos de violencia visibles en la posición en la que se halla. Lividez cadavérica muy acentuada en la parte anterior del torso y miembros superiores e inferiores. Cuerpo sin entrar en estado de descomposición, pero posiblemente muy cercano de iniciarse por evidentes signos de deshidratación. La data de la muerte es difícil de determinar por las condiciones reinantes de calor extremo, así que la mesa de autopsias será determinante. Por mi parte, en lo visible, poco más que añadir.

Se volvió a incorporar y miró al juez que, con un movimiento de cabeza, indicó que podía salir de la escena. El forense atravesó el cordón y se unió a sus auxiliares a los que dio órdenes sobre cómo proceder para embolsar el cuerpo. Aquello era de suma importancia pues se debía preservar en medida de lo posible para la búsqueda de indicios en el Instituto de Medicina Legal.

El primer paso era proteger las manos de la víctima con bolsas ante posibles restos bajo las uñas.

Martín, mientras tanto, no perdía ojo de lo que Sergio y Rafa hacían dentro del perímetro de seguridad. El capitán, a su vez, hablaba con el sargento de Huércal de Almería. Pilar aprovechó ese momento para pasar por detrás del sargento y rozarle la espalda, reclamando su atención.

Éste lo captó enseguida y la siguió hasta el coche patrulla, donde ella se detuvo.

—Por fin estamos juntos en una escena —dijo ella a modo de saludo.

—Ya te dije que este día llegaría, cabezona.

—Bueno, sí, pero no como yo quiero. Suerte que estaba de patrulla cerca. Si no, otro día comiéndome los mocos. Y además junto a Fresneda. Tócate los huevos.

—Pilar, es lo que hay. Ten paciencia, coño, que todo llega.

Ella dudó unos instantes tras escuchar esta última frase. Martín, que la conocía bastante, se dio cuenta enseguida de que algo no marchaba bien. Así que preguntó.

—¿Qué pasa?

Pilar miró a un lado y a otro antes de hablar.

—Tengo que decirte una cosa.

—Ya me lo suponía, escupe.

—Antes que nada, déjame decirte que sé que la he cagado...

—Ya empezamos... —respondió el sargento poniendo los ojos en blanco.

—A ver, me he dado cuenta tarde de lo que había hecho, pero es que en un primer momento me ha parecido que estaba actuando bien.

—¿Me lo vas a contar o te mando ya a la mierda?

—He cogido algo que había junto al cuerpo para que no se volara con el viento.

Los ojos de Martín, que esperaba cualquier cosa menos eso, se abrieron hasta casi salir de sus órbitas.

—¿Qué coño dices?

Pilar lo miró y trató de calmarlo, su tono estaba aumentando en intensidad y no quería que nadie los oyera.

El sargento de la UOPJ de Huércal se percató del detalle y, a partir de ahí, trató de no perder una palabra de lo que hablaban. Al menos de lo que le llegaba desde donde estaba.

—Que sí, que sé que no tenía que haberlo cogido, pero es que se iba a volar. ¿Y si lo perdemos?

—¿Qué es? —preguntó desesperado Martín.

—Un papel de chicle, mira.

Pilar señaló hacia el asiento para luego seguir hablando.

—Prometo que lo he cogido con guantes. Y lo he dejado aquí para que no se contaminara más. No tengo ninguna bolsa de indicios y...

—Joder, Pilar, ¡pareces tonta! Que no es cuestión de que se contamine o no, es que se pierde la cadena de custodia si no lo hacemos bien y esto no sirve de una mierda en un juicio. Lo más seguro es que no valga para nada y ni tenga que ver con el cuerpo. ¿Es que no ves que parece que la han tirado desde ahí arriba? No sé cómo coño quieres trabajar en Judicial y luego haces este tipo de gilipolleces.

—Ya lo sé, ya lo sé. Me estoy arrepintiendo un huevo. No me lo digas más veces porque luego me he dado cuenta de lo que he hecho, pero han llegado los de Judicial de mi Puesto y ya me ha entrado el nerviosismo porque quería dejarlo donde estaba y no podía.

Martín resopló con los brazos en jarras.

—Joder, Pilar... Es que eso hubiera sido incluso peor. En fin...

Martín hizo una pausa mientras se masajeaba el puente de la nariz. Continuó hablando.

—Hablaré con mi capitán y trataré de que no te caiga un paquete. Seguro que esa mierda que has cogido no es nada, aunque tienes que hacer las cosas con cabeza. Si se vuela, pues mala suerte. Ya se encontrará en la inspección del terreno posterior. Métete en la mollera que no puedes tomar algo de un escenario, joder.

—Ya lo sé... ¿Se lo contarás a papá?

—Me alegra que pienses que soy gilipollas. Lo que me faltaba ya. No. Ahora venga, vete. Por la tarde lo hablaremos en casa.

Pilar asintió y, algo cabizbaja, fue de nuevo al lado de Fresneda. Estaba cerca de los ciclistas mientras los sanitarios tomaban la tensión al que había vomitado.

Martín también volvió al lado del capitán. Estaba nervioso ante el error de Pilar, aunque trataba de quitarle importancia al asunto. Se lo contaría luego. Aunque al sargento de Huércal no haría falta, ya que se había enterado de casi todo.

Rafa, el técnico alicantino que ahora era más de Almería que la propia Alcazaba, salió del perímetro con las reseñas de las huellas tomadas a la víctima.

—Dejo a Sergio para que siga con la inspección ocular, mi sargento. Voy al laboratorio a ver si tenemos suerte y el SAID nos dice de quién se trata. No me quiero aventurar, pero por las características parece una prostituta, por lo que podría estar en la base de datos por algún delito menor.

Martín asintió.

—Podría ser. Dinos algo en cuanto el ordenador escupa. Yo me quedo hasta que el capitán diga.

El técnico se alejó de ellos y fue directo al vehículo, se quitó el traje, además de los complementos, y se montó en él. Salió hacia Comandancia.

Martín resoplaba mirando a Pilar.

*Lunes, 25 de junio. 12:39 h. Comandancia de la Guardia Civil, Almería.*

Tras una hora y pico observando en la escena y, de vez en cuando, comentando algunos aspectos con el juez encargado de la instrucción, el sargento Egea regresó a Comandancia y lo primero que hizo fue lanzarse en picado a su asiento. De manera literal. No es que estuviera especialmente cansado, aunque era cierto que sentía su cuerpo algo oxidado. Había abandonado sus rutinas matutinas de trote suave hacía algo más de un mes y vaya si lo notaba. Volviendo al caso, no parecía demasiado difícil, pero la experiencia le decía que, cuanto más fácil de resolver se le antojaba algo, más se acababa complicando. Al final, todo quedaba en un fichero olvidado sin respuesta alguna.

Deseó que ése no fuera el caso.

No llevaba demasiado tirado sobre su silla cuando Rafa, el técnico de laboratorio, hizo acto de presencia.

—Mi sargento, ¿puede venir?

—¿Tenemos algo?

Rafa se limitó a asentir.

Martín dio un salto y siguió al técnico por el pasillo que los llevaba hasta las instalaciones del Laboratorio de Criminalística de la UOPJ. Todos coincidían en que se le llamaba laboratorio por darle algún tipo de nombre, porque aquello tenía poco aspecto de ser lo que uno esperaba encontrar al oír esa palabra. Más bien daba la impresión de ser un despacho más, con una mesa central en la que trabajaban tanto Sergio como Rafa, cada uno con su ordenador y había otro más cuyo único fin era conectarse a la base de datos del SAID, siglas de Sistema Automático de Identificación Dactilar. Este ordenador a su vez tenía enchufado un escáner especial para las reseñas dactilares que se tomaban a sospechosos y víctimas. Aparte de eso, desorden y caos. Uno en el que Rafa y Sergio nadaban como peces en el agua.

Rafa fue directo al SAID, que ya mostraba un resultado en pantalla.

—Con la necro no ha sido difícil hallar coincidencia. Es justo lo que pensaba: se trata de una prostituta. Su nombre es Carmen María Rodríguez Pérez y su familia es muy conocida aquí, en Almería.

—¿En qué sentido?

—En el malo, mi sargento. Tienen un amplio historial, según veo aquí en las observaciones. Ella era la única mujer de cinco hermanos, pero dos de ellos murieron de sobredosis. El tercero

es el Cali, que está en la cárcel del Acebuche por reiterados robos con violencia. El otro hermano, al parecer, no quiere saber nada de la familia y ni siquiera vive en la provincia. Chico listo.

—Menudo panorama. ¿Por qué aparece en el SAID?

—Trapicheos con droga, sobre todo. Aunque también alguna pelea con otras prostitutas. Eran cosas menores, pero la metieron por reiteración. Además, que empezó desde bastante jovencita.

—¿Sus padres?

—Su madre murió en 2016. Su padre tiene antecedentes por violencia de género denunciados por el hijo renegado. Vamos, una familia modelo.

—¿Dónde vive el padre y dónde vivía ella?

—El padre en El Puche. Si va a ir, le recomiendo no ir solo.

—Lo sé, conozco El Puche, sé que no somos bien recibidos por allí.

—Y respecto a ella, la dirección que aparece aquí es en la calle Manuel Sánchez número tres, segundo derecha. Es el barrio de El Zapillo. Puede que, si vivía allí, también ejerciera cerca. Ya sabemos cómo está la zona.

Martín asintió. Y tanto que lo sabía.

—Gracias, Rafa, buen trabajo.

Salió del laboratorio y fue directo al despacho del capitán que, como de costumbre, estaba rodeado de montañas de papeles. Fumaba un cigarrillo. Cualquiera que entraba y lo veía en una situación como esa, sabía que estaba incumpliendo una norma general, pero el capitán era de los pocos que se había ganado ese derecho a estar por encima de la Ley. Así que todos se hacían los tontos.

—Mi capitán, con su permiso, ya tengo identificada y ubicada a la víctima. Es una prostituta que, probablemente, ejercía en El Zapillo, donde vivía. Primero quiero ir a El Puche a darle la noticia al padre. Supongo que no sabrá nada.

—¿A El Puche? Hostia puta, Egea, ¿es necesario?

La cara de Martín no dejaba lugar a dudas.

—Está bien. Pero que te acompañe una pareja aparte de quien te vayas a llevar de tu equipo.

—A sus órdenes, mi capitán.

Dicho esto, salió del despacho y fue en busca de Cayetana. Con poca gente podría sentirse más seguro que con ella al lado.

*Lunes, 25 de junio. 13:15 h. Puesto Principal de Huércal de Almería, Almería.*

La llamada al despacho del alférez sólo podía significar dos cosas: la primera, que simplemente fuera a preguntarle por lo que había presenciado en el requerimiento, a pesar de que en el SIGO había quedado registrado todo; la segunda, que el capitán le hubiera contado a su jefe lo del papel de chicle y ahora le esperase una buena reprimenda ahí dentro.

Ese día estaba negativa, así que se decantó por la segunda opción.

Se plantó frente al despacho y golpeó con sus nudillos. Apenas pasaron un par de segundos y

la puerta se abrió saliendo de él el sargento de la UOPJ del propio Puesto. A ella le dio la sensación de que al cruzarse le dedicaba una sonrisa maliciosa, pero decidió no darle mayor importancia. Podría tratarse de una mera apreciación suya.

Entró.

—A sus órdenes, mi alférez.

—Pase, Egea. Tome asiento.

Obedeció.

—Mire, Egea, ha llegado a mis oídos algo que quisiera que usted me confirmara o desmintiera.

Pilar decidió agarrar el toro por los cuernos y acatar lo que sus actos pudieran suponerle.

—No sé si es lo del indicio del papel de chicle, mi alférez. En caso de ser así, asumo toda mi responsabilidad y las consecuencias que puedan acarrear mi acción.

—Pues sí. Es eso, Egea.

Pilar tragó saliva, pero el alférez ablandó el rostro antes de seguir hablando.

—No obstante, es justamente lo contrario de lo que usted pueda creer. Querría felicitarla por tener esa iniciativa y velar por la preservación de un indicio frente a lo que pudieran decirle a usted. No le importaron la posible reprimenda ni sus consecuencias. Estoy harto de guardias civiles que piensan antes en los procedimientos que en atrapar al malo. Entiendo que debemos seguir unas normas, unos protocolos, pero me revienta que eso haga que muchas veces se nos escape de las manos un delincuente.

Pilar tardó unos segundos en reaccionar. No esperaba eso.

—Yo... No sé qué decir.

—Usted está infravalorada, Egea. Tiene algo, no sé qué es, pero tiene algo que le hace muy válida para la resolución de casos complicados. Serán sus estudios o yo qué sé; estoy cansado de tenerla desaprovechada. Hoy se marcha para casa a descansar. Mañana comienza a trabajar en la Unidad Orgánica de la Policía Judicial de Comandancia.

Pilar abrió mucho los ojos. No podía creer lo que estaba escuchando. Los nervios iniciales con los que había entrado se transformaron en otros muy distintos, aunque igual de intensos.

—¿Cómo es posible?

—Resumámoslo en que el teco, a ver, no es que me deba ningún favor... Pero, vamos, resumiendo mucho se podría decir que sí. Sea como sea, el teniente coronel de Comandancia ha aceptado su traslado y mañana mismo empieza. Acabo de hablar con él por teléfono. No se preocupe por el papeleo, ya lo firmará allí. Quiero que deje el pabellón bien alto. Espero mucho de usted.

Dicho esto, se puso en pie.

Pilar lo imitó y saludó de manera marcial.

—Ha sido un honor trabajar con usted, mi alférez. No sé qué más puedo decir, estoy sin palabras.

—No hace falta que diga más. Hágalo como usted sabe. Y lo mismo digo, Egea. Espero que le vaya bien.

Pilar salió del despacho de su superior con una sonrisa amplia. No podía creer lo que había pasado ahí dentro.

Nada más quedarse solo, el alférez descolgó el teléfono y marcó la extensión del despacho del sargento de la UOPJ del Puesto, que había salido de su despacho justo antes de entrar la mujer.

Éste descolgó.

—Hala. Ya la tenemos fuera. Anda y que se vaya a tomar por el culo. Que la soporten otros. Gracias por el chivatazo.

Colgó.

Sonrió y agradeció que el teco le debiera un favor a nivel personal. Le había costado que aceptara a Egea en la unidad debido a los presupuestos que manejaban, pero al final había acabado claudicando y ahora se la había quitado de encima.

Un problema menos en su Puesto.

## Capítulo 4

*Lunes 25 de junio. 14:30 h. Barrio de El Puche, Almería*

Tanto Martín como la cabo coincidían en que era mejor ir a El Puche con el estómago lleno. Sobre todo por si aquello se alargaba y terminaban comiendo a las cinco de la tarde. De ahí que decidieran hacer la parada obligatoria en Casa Paquita. Ya saciados, y acompañados por el binomio compuesto por los dos guardias con más presencia física que habían encontrado, pusieron rumbo al conocido barrio.

Habían estado allí demasiadas veces debido a investigaciones relacionadas con temas de droga, sobre todo cuando Cayetana estuvo metida en la unidad del EDOA de la propia Comandancia, pero también, y por desgracia, en homicidios y por tentativa de éstos últimos. A pesar de la experiencia, pisar aquellas calles daba respeto y Martín sentía esa ligera presión en la boca del estómago que le recordaba que aquél no era buen lugar para un guardia civil.

Lo primero con lo que se toparon fue con las miradas de los que por allí transitaban. No les daban, precisamente, una cálida bienvenida.

Decidieron dejar todo eso a un lado y centrarse en lo que verdaderamente les importaba.

Carmen María, la víctima, había nacido y crecido allí, por lo que quizá era conveniente escarbar un poco en su pasado antes de rastrear sus pasos en el día a día. Puede que ahí estuviera la clave que ayudara a esclarecer lo sucedido.

Martín llevaba escrita en una libreta la dirección del padre de la chica. La zona en la que residía era de las peores del barrio. El notable incremento de población marroquí había incomodado a los de etnia gitana que vivían desde siempre, trayendo consigo infinidad de conflictos que abarcaban desde apuñalamientos hasta homicidios por arma de fuego. Lógicamente, esto había empeorado la calidad de vida y hacía que al barrio le costara todavía más remontar.

Con las orejas tiasas y con los ojos sin dejar de vigilar a un lado y a otro, continuaron andando hasta que llegaron al portal en el que tenía anotado que vivía el padre de la joven.

Antes de tocar el timbre, Martín lo miró. Ya no era lo antiguo, era también lo destartado lo que le llevó a dudar si presionar el botón o no. Se dejó de tonterías y lo hizo. El gruñido que emitió sonaba ahogado, aunque fue suficiente para advertir de su presencia.

Pese a ello, tuvo que insistir; en un primer momento no obtuvo respuesta.

Tras unos segundos de incertidumbre, la puerta se abrió y por ella apareció un hombre diminuto. Se le veía muy consumido, con una cara chupada y un mentón prominente. Sus brazos eran tan finos como un palo de escoba y se le marcaban en exceso las venas y huesos en ausencia de músculo. Su cabello era gris y se presentaba enmarañado. Su barba, de cuatro o cinco días, era del mismo color. Si algo destacaba de su cara eran sus pobladas y despeinadas cejas. Vestía un pantalón de pinza que había perdido de manera evidente su color original tras mucho uso y un más que notable paso de los años. En la parte superior llevaba una camiseta interior de tirantes que antaño fue blanca, pero que ahora se veía amarilla y llena de manchas.

—¿Qué?

Su voz sonó rota.

El sargento carraspeó antes de hablar al tiempo que miraba su libreta.

—Buenas tardes, ¿es usted Manuel Rodríguez?

El hombre apartó la mirada de Martín y observó directamente a la pareja de guardias civiles que lo acompañaban antes de responder.

—Sí. ¿Qué pasa ahora? ¿Qué coño ha hecho el Cali?

—No es eso —Martín tragó saliva—. Es complicado. Mire, venimos con relación a su hija.

—Yo no tengo hijas.

Trató de cerrar la puerta.

El sargento metió algo el brazo para que no lo hiciera, acto que incomodó notablemente al hombre.

—Señor, lo siento, pero es importante. Siento lo que le voy a decir, pero su hija ha fallecido.

Durante unos segundos pareció que sus ojos mostraban algo de humanidad. Martín hasta hubiera jurado que se tornaron vidriosos.

—¿Fallecido?

—Bueno, no exactamente, creemos que la han asesinado.

Aquel rastro de humanidad se esfumó de un plumazo. Su rostro se volvió a endurecer.

—Si está muerta, mejor.

Cerró la puerta de golpe.

Martín, perplejo por lo que acababa de suceder, hizo ademán de tocar de nuevo el timbre, pero la cabo le sujetó la mano y negó con la cabeza.

—Es mejor que lo dejes.

—Pero ¿qué coño?

—No lo sé, pero está claro que le pasa algo con su hija y no está por la labor de colaborar. No creo que rasquemos mucho más de aquí.

De pronto escucharon cómo alguien les chistaba desde la casa de enfrente. Todos se giraron.

Miraron hacia una ventana y vieron cómo una mujer se asomaba. Ésta hizo un gesto con la cabeza que señalaba hacia la entrada de su casa. La puerta estaba abierta de par en par.

Martín dio órdenes a los dos guardias para que esperaran en la entrada. Con una curiosidad evidente, tanto él como la cabo entraron.

La mujer los esperaba al final de un largo pasillo cuyas paredes no daban sensación de seguridad; las grietas se contaban por decenas. Al sargento le llamó la atención la cantidad de objetos tirados por el suelo que tuvieron que esquivar para llegar hasta ella.

Martín decidió mostrar una actitud cauta.

—¿Quería usted que entrásemos?

—Sí, venid a la cocina. Perdonad que no os saque una cerveza, pero con la paga de viuda que me ha dejado el cabrón de mi Adolfo no puedo.

La acompañaron.

—No se preocupe. ¿Quiere contarnos algo?

—Sí, he oído lo de la hija de Manuel. Ay, señor, ¡qué pena! Ha caído por la droga, ¿verdad?

—Lo siento mucho, señora, pero no puedo darle muchos detalles. Ahora que lo menciona, ¿tenía problema con las drogas? —preguntó el sargento.

—Madre mía... Todos en la familia tienen historias con las drogas. Bueno, aquí... todos. Yo perdí a mi JuanDe por la puta droga... Mi hijo. Lo encontraron...

La mujer hizo una pausa visiblemente afectada.

La cabo intervino.

—No se preocupe. No hable de ello si no quiere.

—Ya hace mucho de eso, pero no puedo olvidarlo. ¡Ay, pobrecito mío!

—Entiendo señora...

Le dieron unos segundos hasta que pareció recomponerse. Fue entonces cuando Martín insistió.

—¿Decía que Carmen tenía problemas con las drogas?

—¿Que si tenía? El Cali es un bicho malo y la cría tenía que caer. Dos hermanos suyos murieron hasta arriba de caballo y no aprenden. Luego que si nos quejamos de la fama que nos han puesto. Aquí hasta el más tonto se mete o trafica. Y lo peor de todo es que en el ayuntamiento lo saben y no nos hacen caso. Todavía quedamos buenas personas por aquí y pasan de nosotros. Nos tienen *abandonaitos*.

—¿Es por eso que su padre no quiere saber nada de ella?

—No. Qué va. A él le daba igual todo eso. Se ha metido poca mierda él también, así que no sé qué iba a decirles. Lo que sí hacía el hijoputa era darle unas pasadas de hostias a su mujer que para qué. Si hasta se oían desde aquí los guantazos. El padre no le habla porque fue la niña la que sacó a su madre de la casa para que no la matara. Su hermano mayor puso una denuncia al padre y desapareció. El único listo que he visto en este sitio.

—Entonces será por eso que el padre no quiere saber nada de sus hijos.

—No se confunda. El hijo mayor se fue porque le dio la gana, porque estaba harto de todo esto, pero a Manuel nunca se le vio enfadado con él por ese tema. Él lo pagó con Carmen María. Al puto cabrón sólo le importaba que ella hubiera convencido a la madre para salir de ahí. Aunque, bueno, no sé para qué sirvió eso si la tonta de la Juani volvió con él.

—Según he visto, Juani murió... —Martín hizo una pausa—. ¿Él...?

—¿Que si la mató? Pues claro. Quizá no a hostias, pero sí que le fue quitando la vida poco a poco. Un día, sin más, nos vimos aquí al coche de los muertos. Tampoco es mucha novedad. De todas formas, no creo que ahora os escandalicéis porque aquí haya tanta violencia de esa machista que dicen. A mí, mi Adolfo lo mismo me traía una flor que me daba una hostia. Al final te acostumbras.

Cayetana no pudo más e intervino malhumorada, aunque en voz baja.

—Pues vaya ejemplo que dan...

A la mujer no le pasó desapercibido.

—Qué bonito se ve todo cuando la vida te sonrío, ¿verdad? Cuando tienes dónde caerte muerta. Cuando vives en un sitio en el que la gente no se apuñala por una puta discusión. Estoy segura de que si a ti te pegara tu pareja tendrías a dónde ir. ¿Nosotras, qué coño hacemos? Somos unas desgraciadas. Hemos nacido desgraciadas y desgraciadas vamos a morir. De todos modos, ¿ves mi sonrisa? Es la que se te queda cuando ese *hijoputa* se muere antes que tú. Así se pudra.

Después de esto escupió al suelo.

Cayetana prefirió callar.

Martín volvió a tomar las riendas.

—Entonces, recapitulando, ella tonteaba con las drogas y se fue de aquí porque no podía más con lo de sus padres. Bueno, o porque la echó su padre.

—Sí.

—Esto le puede sonar raro, pero ¿sabe si la familia tenía algún enemigo? ¿Tenía problemas con otras personas de aquí?

—No, aquí sólo hay peleas de unos gitanos con otros por controlar quién vende más droga. Y de los mismos gitanos con moros, por lo mismo. Los putos moros nos quieren echar del barrio, así que no me da ninguna pena cuando apuñalan a alguno. Vienen aquí a quitarnos el trabajo y, si pueden, a echarnos de nuestras casas. ¿Habéis visto la de moras que hay con un carro porque acaban de parir y ya llevan otro bombo? Parecen conejas.

—Bueno, no entremos en temas que no nos incumben—dijo el sargento—. ¿Hay algo más que nos quiera contar?

La mujer negó con la cabeza.

—Está bien, nos ha sido de mucha ayuda.

Salieron de la vivienda. Agradecieron a la mujer su colaboración y, junto a los dos guardias, comenzaron a recorrer el camino de vuelta hacia el coche.

Cayetana dio su opinión.

—La mujer sólo tenía ganas de hablar con alguien.

—Bueno, algo útil nos ha contado. Ya sabemos que por aquí no parece haber nadie que quisiera hacerle daño a Carmen. También nos ha confirmado que tenía problemas con las drogas y esto abre un abanico de posibilidades. Supongo que mañana, en la autopsia, sabremos más detalles que nos aclararán un poco todo esto.

—Yo apuesto por una sobredosis mientras echaba un polvo. Ya verá cuando le vean bien los brazos. Los tiene que tener como un colador. El pavo con el que estaba follando se asusta, no quiere dar explicaciones y opta por arrojarla por el barranco. Se va y desaparece.

—No es mala hipótesis. Habrá que enviar a Sergio y a Rafa a buscar huellas de ruedas de coche en la parte superior del barranco. De alguna forma tuvo que llegar hasta ahí y dudo que fuera andando. Ahora quiero centrarme en su entorno actual, en el barrio de El Zapillo. A ver qué sacamos de ahí.

—Bien. Una cosa, mi sargento. ¿Has pensado en otras vías?

—¿En el Ruso? ¿Te refieres a eso?

—Claro. Ya sabemos quién corta aquí el bacalao en temas de prostitución.

—Sí, lo he pensado. Pero hay cosas que no me cuadran. El Ruso sólo trabaja con extranjeras. No creo que Carmen María tuviera un chulo. Pero eso es algo que vamos a saber esta misma noche.

Cayetana sonrió.

—¿Ya estamos con las horas extra? Al teco no le va a hacer gracia.

—Pues creo que el teco va a tener que asumirlo o poner a gente menos capacitada para resolver el caso.

*Lunes, 25 de junio. 17:43 h. Night Club La Cangrejera II, Almería*

Apenas hacía una hora que el club había abierto y ya estaban ahí, como él mismo los llamaba, los dos puteros estrella. Le gustaba observar a la gente que visitaba su club. Incluso podría decirse que los analizaba. Estos dos, según se había percatado, disfrutaban sobremanera alternándose para dar pellizcos en el trasero a Irina, una de sus chicas más solicitadas. Irina tenía un culo para eso y para más, siempre lo había pensado.

Después, se echaban a suertes quién se la llevaría a la habitación para follársela. Eso

habitualmente, porque había ocasiones en las que les importaba todo una mierda y se iban los dos juntos con ella.

Konstyantyn Zalenko, más conocido como el Ruso (aunque era ucraniano), no les quitaba ojo mientras bailaba con un palillo entre los dientes. Él mismo hacía sus apuestas de cómo sería esta vez y quién sería el afortunado que se la llevaría a la cama en esta ocasión. El que se quedaba fuera solía elegir a Helena, la de las tetas naturales descomunales.

Buscó con la mirada a «chochito de dieciocho». Sólo tuvo que guiñarle un ojo para que la chiquilla supiera de inmediato lo que tenía que hacer. Vino rápida, sin perder un segundo y se colocó detrás de él. Comenzó a masajear sus sienes en el sentido contrario al de las agujas del reloj.

Él cerró los ojos.

Le dolía mucho la cabeza, pero eso no había sido impedimento para haberse bebido ya casi un cuarto de botella de vodka en menos de una hora. Tenía claro que el dolor provenía de las preocupaciones que rondaban su mente, pero también tenía claro que todo ese pesar sólo se mitigaba a golpe de alcohol.

Pese a la maraña de preocupaciones que tenía en la cabeza, intentaba mostrar siempre esa imagen sonriente que le caracterizaba. Ésa que les decía a amigos y enemigos que, por muchos problemas que pareciera tener, él siempre tenía el control y todo aquello no le afectaba. Cuando en realidad no era así.

La imagen era lo primero. Un hombre era lo que proyectaba de puertas para afuera. Eso se lo enseñó su padre. Y su padre sabía mucho.

Denys llegó y tomó asiento a su lado. Salía de uno de los despachos con el teléfono móvil en la mano.

A Konstyantyn no le pasó inadvertido el gesto de preocupación que traía su hombre en cuanto abrió un poco el ojo derecho. Se incorporó hacia delante y «chochito de dieciocho» comprendió que debía alejarse y volver a sus quehaceres en la barra. Al Ruso no le gustaba que ninguna de sus chicas anduviese husmeando cuando hablaba con sus hombres.

—¿Qué? —preguntó seco Konstyantyn.

—La Guardia Civil ya anda haciendo preguntas y está empezando a tirar del hilo. No tardarán en aparecer por aquí. Me lo ha dicho el Bocanegra.

Konstyantyn valoró la situación sin perder el gesto sereno. Imagen, todo era imagen.

—Que vengan, querido amigo, que vengan. ¿Acaso tenemos algo que esconder?

Denys Holub lo miró con los ojos muy abiertos.

El Ruso comenzó a reír. Denys, que casi nunca sonreía, acabó imitándolo.

## Capítulo 5

*Martes 26 de junio. 07:14 h. Vivienda de Martín. Almería.*

Tras cerrar la puerta, se masajeó la zona del puente de su nariz. Al mismo tiempo apoyó la espalda contra la pared de gotelé mientras echaba para atrás la cabeza. Cerró los ojos unos segundos. Lo necesitaba.

No le hacía falta mirar el reloj para saber que apenas tenía tiempo para darse una ducha rápida antes de salir a toda velocidad hacia Comandancia. El café solo de cada mañana, el de la maquinita de las cápsulas que le regaló Pilar hacía dos navidades, tendría que esperar. Ya tomaría algo allí.

—Noches alegres, mañanas tristes, ¿eh, Martinico?

La voz de su tío le dio un susto espantoso. Tanto fue así que pegó un bote a la vez que sentía que su corazón comenzaba a latir intensamente. Estaba tan cansado que había bajado la guardia a sabiendas de que, a esas horas, éste andaría ya dando vueltas por la casa. No había nadie más madrugador que él.

Tras haberse relajado, le vino a la mente el pensamiento de siempre, y es que su tío ya no parecía haber nacido en Leganés. El acento almeriense había penetrado tan fuerte en él que pasaba por oriundo de la provincia. Ciertamente era que, tras treinta años viviendo en esas tierras, tampoco podía parecer una cosa tan rara. Nunca se supo con certeza la razón por la que se vino al levante, aunque era un hecho que sus hermanos lo consideraban la oveja negra de la familia. Según ellos eran muchas y muy diversas las razones, pero tanto Martín como Pilar sabían que el motivo principal era que su tío fuese el único que no había seguido la gloriosa tradición militar iniciada por el bisabuelo Martín. Otra razón, aunque esto sólo lo pensaban sus sobrinos, era que su carácter no casaba demasiado con el del resto de la familia. Dicharachero, jovial, alegre y divertido eran algunos de los adjetivos que les venían a la cabeza al pensar en él. Siempre lo conocieron así y ahora, a sus casi setenta años, no había perdido un ápice de esos atributos que a ellos tanto les gustaba. Eso sí, los años hicieron mella en su físico y ya no era el mastodonte que ellos recordaban. Pese a ello y a sus evidentes achaques, ninguno de los dos le oía quejarse de nada y, quizá sin quererlo él, su entereza les estaba dando una enorme y valiosa lección de vida.

Martín, ya recuperado del todo del susto, contestó.

—Ya quisiera yo, tío, pero no. Ya me conoces.

—Pues sí, te conozco, Martinico, y ya sé que no has estado por ahí de juerga. Era una broma. Lo que sí me sorprendería es que hubieras estado por ahí trabajando. Ése no es tu estilo.

—¿Cómo qué no? —preguntó extrañado.

—Pues como que no... Ya soy demasiado viejo para que me vengas a mí con cuentos. ¿O me vas a decir ahora que te ha entrado la vena del guardia civil todoterreno? Eso sí que sería una sorpresa.

Martín rio.

—No, qué va. En mi línea. He querido resolver un caso cuanto antes para quitármelo de

encima pronto. Pensaba que estas primeras horas podrían ser cruciales para hacerlo, pero me he equivocado.

—Bah, tonterías. Sea como sea, no me cuentes nada del caso, que ya sabes que a mí, la muerte bien lejos —dijo a la vez que se llevaba los dedos índice y meñique de mano derecha a la cabeza.

—Nada, tranquilo. No pensaba contarte nada, que ya sé cómo eres. En fin... que me toca volverme al trabajo. Otra vez. ¿Está Pilar en el baño? Necesito ducharme y largarme cuanto antes.

Su tío sonrió de manera enigmática.

—No. Pilar ha salido ya.

—¿Ya? ¿Tan pronto entra hoy? ¿O iba a hacer otra cosa? No me ha dicho nada.

—No, ya veo que no te ha dicho nada. Pues mejor que sea ella la que te lo cuente. Hala, aquí te quedas, me bajo a por el pan.

Su tío pasó a su lado sonriendo sospechosamente. Martín se quedó extrañado, pero decidió no darle importancia. Lo conocía muy bien y no había que tomarlo demasiado en serio siempre.

Estiró algo los músculos y fue directo a la ducha. Le esperaba un día intenso. Mucho más tras no haber descansado nada.

*Martes, 26 de junio. 08:03 h. Comandancia de la Guardia Civil, Almería.*

El escáner biométrico dio acceso a Martín a la zona de Policía Judicial. La primera vez que tuvo que poner su huella en el sistema de identificación no daba crédito, ya que quizá ese aparato fuera el más avanzado de todo el complejo. Todo para pasar por una puerta que caería al suelo tras un fuerte bufido de aire y acceder a una zona tan antigua como la propia Almería.

Cosas de este país y sus Fuerzas de Seguridad del Estado.

Se dirigía a la reunión que había convocado él mismo para las ocho de la mañana. Miró el reloj de su móvil y comprobó que ya pasaban unos minutos de la hora, pero no por ello dejaría de tomarse antes un café, aunque fuera rápido, de la sala común de descanso. Necesitaba recuperar algo de energía o se desplomaría en el suelo de un momento a otro. Cayetana tenía la mañana libre, se la había dado él mismo bajo su responsabilidad debido a que se pasó toda la noche con él de un lado a otro por la zona de El Zapillo, tratando de sacar algo en claro. La necesitaba en plenas facultades, así que mejor que descansara esa mañana y se incorporara después de comer.

Tras tomar en tres sorbos un café que probablemente fuera mejor que el que tomaba en casa, pero que a él no le gustaba, salió de la zona de descanso y fue directo a la sala de reuniones donde ya lo estarían esperando los demás.

Al entrar no pudo disimular su sorpresa por dos motivos. El primero, que, aparte del resto de su equipo y los dos técnicos de laboratorio, Cayetana estuviera sentada en su lugar de siempre cuando tenían una reunión similar. Lo peor de todo es que esto no debería ser una sorpresa para Martín, pues ella solía ir por libre en peticiones así, aunque, para ser sincero consigo mismo, sí tenía la esperanza de que le haría caso. El segundo, el que más le impactó, fue encontrarse a Pilar allí dentro. A su lado estaba el capitán jefe, que lo esperaba con un gesto sonriente. Casi triunfal.

Fue él quien se acercó hasta Martín para darle la noticia.

—Buenos días, sargento. Te presento al nuevo miembro de tu equipo. Aunque me parece que ya os conocéis.

Martín no fue capaz de decir nada en un primer momento. Miraba embobado a su hermana sin poder articular una palabra.

—¿Sargento? —preguntó su superior al verlo así.

—Lo siento, mi capitán, me acabo de quedar de piedra... —acertó a decir.

—Imagino —rio el capitán—. Se ve que el teco ha reconsiderado el tema de no meter a nadie más, cosa que me alegra. La carta de recomendación que nos ha llegado del alférez de su antiguo puesto la pone por las nubes, así que espero que no nos decepcione. Si no me equivoco fue ella quien llegó en la primera patrulla al lugar de los hechos, ¿no?

Pilar asintió con la cabeza.

—Pues algo hizo bien para que de pronto la hayan pasado aquí. Mi enhorabuena.

Martín lo intentó, pero no pudo evitar mirar inquisitivamente a Pilar tras las últimas palabras del capitán jefe. Precisamente él sabía que su hermana no lo había hecho demasiado bien, así que no era tan raro que no diera crédito a lo que escuchaba.

Pilar, que se dio cuenta enseguida de cómo la miraba su hermano, quiso tomar el toro por los cuernos e intervino.

—Muchas gracias, mi capitán. Prometo no decepcionarles.

—Bien —dijo satisfecho—. Pues les dejo en manos del sargento. A ver si cerramos este caso pronto.

—A sus órdenes, mi capitán —contestó Martín, tratando de asimilar la nueva situación.

Una vez el capitán salió de la sala, el sargento necesitó unos segundos para tratar de recomponer las ideas que viajaban a una velocidad demencial por su cabeza. Tampoco es que fuera el acabose que su hermana hubiera entrado a formar parte del grupo del que él estaba al mando. De hecho, a su modo de ver, traía tantas cosas buenas como malas. Era que, simplemente, no lo esperaba. Entre lo positivo destacaba que sabía cuánto quería demostrar. A sí misma y a los demás. Esto haría que su implicación estuviera muy por encima del cien por cien y eso era algo impagable. Además, Martín tampoco es que fuera de éstos que tenían en cuenta los aspectos psicológicos del crimen, así que quizá tener entre los suyos a un miembro que sí lo hiciera sumaba más que restaba. En lo negativo lo tenía mucho más claro aún: Pilar era Pilar. Y sólo alguien que la conocía desde hacía tantos años podía saber lo que significaba eso. Él no se sentía quién para controlarla, pero era muy evidente que ella necesitaba cierto control. Si no, sería como un caballo desbocado en un puesto demasiado importante como para arriesgarse a cagarla profundamente.

Tras unos segundos en los que todos le miraban expectantes, decidió que era el momento de hablar.

—Bueno, creo que no hacen falta las presentaciones porque el capitán jefe ya lo habrá hecho. Y sí, Pilar es mi hermana, pero supongo que todos nos conocemos lo suficiente para saber que eso no es algo que vaya a influir en el buen funcionamiento de este grupo.

Todos asintieron. Por lo que conocían a Martín, sabían que decía la verdad.

—Dicho esto —continuó—, me gustaría poner en común lo que tenemos hasta ahora. No es mucho, pero nos puede servir para ir tirando. Gracias a Sergio y a Rafa tenemos identificada a la víctima. Se trata de Carmen María Rodríguez Pérez, nacida y criada en El Puche. Su familia está completamente desestructurada entre las drogas y la violencia doméstica. Por lo que hemos averiguado, su padre la echó de casa y ella se tuvo que buscar la vida ejerciendo la prostitución

en El Zapillo. También tenía flirteos con las drogas. La cabo y yo nos hemos pasado toda la noche preguntando por aquí y por allá en la zona y, aunque no hemos averiguado demasiado, algo sí que tenemos. ¿Sigues, cabo?

Cayetana asintió. Tenía unos cuantos papeles delante, pero prefirió no leerlos. Tampoco era tanto lo que relatar.

—Carmen María, como ha dicho el sargento, tenía problemas con las drogas. Nada demasiado preocupante. Hemos averiguado, preguntando a varias de sus compañeras, que, de vez en cuando, le gustaba meterse una raya de coca para aguantar despierta toda la noche. Todas han coincidido en que, a pesar de esto, controlaba su consumo, por lo que no lo consideraban algo grave. Hemos tratado de tirar del hilo para averiguar dónde vivía en realidad, porque ya sabemos que en El Puche no; seguramente lo hacía en cualquier piso de alquiler sin contrato. Sólo hemos conseguido saber que compartía piso y aún no hemos encontrado a su compañera. Aparte de eso, nada. Evidentemente, nos centramos en tratar de reconstruir sus movimientos en los últimos días, pero ya sabéis cómo son estas mujeres y se han cerrado en banda respecto a eso. Como tampoco tenemos clara la data de la muerte, no hemos podido apretar más.

—Gracias, cabo —dijo Martín mientras volvía a levantarse. Los allí presentes, salvo Pilar, que no tenía ni idea de cómo era su hermano en el trabajo, se sorprendieron al verlo reaccionar así. No era muy de moverse ni de mostrarse demasiado activo en las reuniones—. Estoy esperando la llamada del IML para irme a la Ciudad de la Justicia y estar presente durante la autopsia, se vendrán conmigo Sergio y la agente Egea, siempre y cuando se sienta preparada, claro.

Ella ni lo dudó; afirmó con la cabeza entusiasmada, aunque trató de disimularlo.

—Perfecto. Antes de marcharme me gustaría que cada uno dijera lo que piensa. Empecemos: ¿cabo?

—Lo que dije ayer. Pienso que ha muerto a causa de una sobredosis de droga y que el tío con el que follaba se asustó y la arrojó por el barranco. No hay más.

—Lo que me recuerda que después tenéis que hacer una inspección ocular en la zona alta, chicos —añadió Martín mirando a Sergio y a Rafa.

Ellos asintieron.

—¿Héctor? —preguntó mirando al agente.

—Podría ser un ajuste de cuentas. Ya sabemos cómo se las gastan muchos proxenetas y, aunque no suelen cargarse a españolas, lo mismo ella estaba metida en un lío por drogas...

—¿Mariola?

—Estoy con Héctor. Me suena a ajuste cuentas y, añadiría algo más... Ya sabemos quién mueve los hilos por aquí en cuanto a prostitución se refiere. Ya sé que suele trabajar con chicas del este, pero no podemos descartarlo.

—Por supuesto que no. El nombre del Ruso lo tengo el primero en mi lista. E iremos a hacerle una visita en cuanto acabemos con la autopsia. Seguro que tiene mucho que contarnos. Por último: ¿Pilar?

Ella pareció pensar muy bien la respuesta antes de hablar.

—Cuando yo llegué a la escena, me fijé en varios detalles que me hicieron plantearme varias cosas.

Martín la miró con sus ojos de: «no empecemos, Pilar»; pero ella no le hizo ni caso.

—Primero —continuó hablando—, que llevara sólo el sujetador puesto. Los hombres tienen una fijación impresionante con las tetas. Me cuesta creer que se desnudara entera salvo eso. Además, vale que el cadáver presentaba hinchazón, pero se le veían generosas y dudo mucho que un cliente

no hubiera querido que se quitara el sostén. Segundo, arrojarla por el barranco es un acto innecesario una vez ella hubiera muerto, por lo tanto, puede formar parte de la firma del asesinato.

—Espera, espera, para —la interrumpió su hermano—. ¿La firma? ¿Cómo que la firma?

—La firma es...

—Sé lo que es la firma, Pilar. Aquí todos lo sabemos. ¿Pero qué tiene que ver aquí una firma de un asesinato con lo que nos hemos encontrado?

—Yo sólo digo que...

—Pues no sigas por ahí, por favor. Sé que estás recién llegada y estás deseando encontrarte frente a uno de esos casos que sólo se ven en las películas. Pero es que son eso: casos que sólo se ven en las películas. Esto es Almería, no Massachusetts. Aquí hay mafias y extorsionadores profesionales, no asesinos que dejan su firma en un crimen. Vamos a centrarnos porque, si no, nos perdemos y este caso pasa a los archivos sin una resolución. ¿Está claro?

Ella sintió el impulso de lanzarle una mirada desafiante. Esa sacada de polla por parte de su hermano estaba completamente fuera de lugar, pero si algo no iba a hacer era cagarla en su primer día en Judicial, así que optó por el silencio al tiempo que asentía con la cabeza.

—Bien. Dicho esto —continuó hablando el sargento—, nos ponemos en camino hacia el IML. Seguro que me llaman de un momento a otro. Vosotros —se dirigió a la cabo y los otros dos agentes—: seguid tirando del hilo como podáis. A ver si encontramos su casa y podemos echar un ojo. Luego volvemos a ponerlo todo en común.

Martín indicó a Pilar y a Sergio con la cabeza que se tenían que ir.

A ver si en la sala de autopsias había algo de suerte y el caso se cerraba rápido.

## Capítulo 6

*Martes 26 de junio. 09:05 h. Camino al IML. Almería.*

Pilar y Martín esperaban a Sergio junto al coche, dentro del parque móvil. El técnico había ido al laboratorio para coger su maletín con lo necesario para hacer una inspección en busca de indicios en el cuerpo antes de que fuera lavado y preparado para la autopsia. Martín miraba a Pilar preocupado. Estaba claro que parecía molesta por lo que acababa de suceder. Y como él se sentía algo culpable, no pudo evitar hablar:

—Te ha molestado que te diga eso, ¿verdad?

Su hermana miraba hacia adelante. No varió el gesto al contestarle.

—Qué suerte has tenido de que comprenda claramente cuál es mi posición aquí en horas de trabajo. Porque me dices eso en casa y te dejo sin dientes de la hostia que te meto, gilipollas.

—Coño, Pilar, es que no te puedes poner ya en plan *Mentes criminales* ante el primer caso con el que nos encontramos. ¿Puedes entender eso? Que yo te entiendo, que acabas de llegar y todo es muy... ¡boom!, no sé ni explicarlo. Que yo también llegué nuevo y sé lo que se siente.

—Tú me has pedido la opinión y yo te la he dado. La próxima vez no lo hagas y en paz.

—¿Ves lo que estás haciendo? ¿No llevamos ni una hora trabajando juntos y ya nos estamos peleando? Si esto va a ser así...

—No va a ser así porque eres mi superior y yo no soy tonta, aunque me trates como si lo fuera. Te lo vuelvo a repetir: si no quieres escuchar mi opinión, no me la vuelvas a pedir. Punto.

—Pero...

—¿Qué, vamos? —la voz de Sergio sonó detrás de ellos y esto hizo que Martín desistiera.

Sí, entendía el malestar de Pilar porque él se había mostrado, quizá, algo altivo frente a ella, pero es que no había podido evitarlo. Ella tenía que reconocer que él tenía algo de razón al no permitir que encontrara indicios donde no los había. Si en cada caso que se encontrara tuviera que considerar la posibilidad de que tras él hubiera un malvado criminal psicópata, Almería sería el lugar con más asesinos en serie y locos perturbados del mundo entero.

No, la realidad no era esa.

Decidió dejarlo estar y montarse en el coche para salir hacia la Ciudad de la Justicia a la que, aunque no estaba demasiado lejos, no tenían por qué ir andando. Cuando se diera cuenta que la mayoría de los crímenes eran pasionales y poco más, Pilar bajaría su efusividad y dejaría atrás esa vena *CSI*, lo que les permitiría trabajar más a gusto juntos. Porque, si no, iba a ser completamente imposible.

Los tres montaron en el coche. Conducía Martín. Era de las pocas cosas que le gustaba hacer y que de verdad le relajaba. Puede que fuera también porque no lo hacía muy a menudo y cuando le tocaba, normalmente, las distancias no eran demasiado largas, como era ahora el caso. Salieron de comandancia y en menos de cinco minutos se plantaron en la Ciudad de la Justicia.

El edificio se mostraba majestuoso en medio de la carretera de Ronda. Revestida con zócalos que asemejan mármol en tonos beige, la impresionante construcción se erigía dividida en cinco

plantas visibles y tres sótanos. Toda ella custodiada por zonas ajardinadas que conferirían al conjunto un aire sereno muy alejado de lo que solía vivirse en su interior. No es que dentro se viviera la locura, pero teniendo en cuenta los hechos delictivos que se trataban allí, el contraste era más que evidente. A los tres guardias civiles les importaban ahora mismo dos de los tres sótanos: el segundo, que fue donde dejaron el coche aparcado y el primero, que era donde se encontraba el área de Medicina Legal –salvo los despachos de los forenses que estaban en la primera planta sobre tierra–.

En cuanto salieron del ascensor, Martín pensó en si Pilar sentiría lo mismo que él al recorrer ese pasillo. Por circunstancias, había visitado otros Institutos de Medicina Legal y eso había servido para romper una imagen que la ficción había creado en su mente acerca de estos lugares. Y no era otra que esa lugubridad que siempre envolvía a estos sitios en películas y series. Habitualmente no era así, ya que la imagen real era la de un hospital normal y corriente con su sala de autopsias, que era lo más parecido del mundo a un quirófano. Pero el de Almería, no. No es que hubiera una luz en medio del pasillo parpadeante y una sensación constante de asfixia que sólo se rompería cuando una mano maligna le tocara el hombro a la persona que por allí andaba. No era eso. Pero quizá, ayudado por el hecho de que estuviera ubicado en un sótano y la luz natural brillara por su ausencia, el IML de Almería no tenía esa misma normalidad visual que el resto.

O a él le daba esa sensación cada vez que iba.

Metido en sus pensamientos llegaron a la sala de autopsias en la que primero entraría Sergio para hacer su trabajo. Les esperaba la doctora Naera, una canaria afincada en Almería de cabellos rubios y ojos azules y grandes como una luna llena. Para Martín, la doctora Naera rompía con el aire semioscuro que imperaba en los pasillos del lugar con esa sonrisa perenne dibujada en su cara. Era imposible encontrarla de mal humor, y eso que trataba con temas que a más de uno le hubieran puesto el vello de punta.

—Hola, guapísima –dijo Martín a modo de saludo sabiendo que su confianza con ella se lo permitía–. ¿Qué tal los peques?

—Los peques me van a volver loca –contestó la doctora refiriéndose a sus mellizos de cinco años–. Me paso el día echándolos de menos aquí para que, cuando llego a casa, esté deseando que se haga la hora de ir a trabajar y descansar un poco de ellos. Es una locura inexplicable.

Martin sonrió.

—Imagino. Mira, te presento a la agente Egea. Se ha incorporado con nosotros hoy en Judicial.

—¿Egea?

—Sí... Es mi hermana, por si te lo preguntas.

Las dos se estrecharon la mano de forma cordial.

—Bueno, Sergio –Martín miró al técnico–. ¿Empiezas con lo tuyo?

El chico asintió a la vez que comenzaba a colocarse el traje estéril obligatorio para proceder a realizar la inspección ocular sobre el cuerpo. Le acompañaría, como siempre, José, el técnico en histopatología titular del complejo y uno de los auxiliares. La doctora esperaría fuera con Martín y Pilar hasta que llegara su turno. El sargento aprovechó para preguntarle por sus impresiones iniciales.

—Lo siento, Martín, creo que ya me conoces. No he leído nada del informe preliminar del forense de guardia para no partir con ideas preconcebidas. Ya sabes que prefiero que el cuerpo me hable encima de la mesa. Las circunstancias en las que fue hallado y todo lo demás, de momento, no me importan. Luego ya lo compararé todo para sacar conclusiones, pero por ahora

sólo sé que hay una mujer muerta hace varios días sobre la camilla metálica.

Martín sonrió a la doctora. No recordaba que ella era así en este sentido, pero, al contrario de molestarle, le parecía fenomenal. Era cierto que a veces ayudaba no partir con juicios previos. Mejor centrarse en lo que tenía delante y no en lo que otros creían.

El tiempo que Sergio necesitó para hacer su inspección ocular los demás lo emplearon en hablar del viaje que la doctora había realizado a su tierra para pasar sus vacaciones en familia junto a los peques y su marido. Cuando el técnico salió, su cara no mostraba una alegría desmesurada frente a los resultados.

—Es extraño —comentó—. Su cuerpo no presenta restos biológicos de haber tenido relaciones recientes con otra persona. A ver, que no se me malinterprete, si la víctima trabajaba como prostituta no es tan raro que tuviera los de su agresor o los de cualquier cliente. Pero su cuerpo, aparte de restos propios de la caída por el barranco, no tenía nada. Debajo de las uñas tampoco. Quizá no había hecho ningún servicio en el momento de la muerte.

—Bueno —intervino Pilar—, tampoco sería tan raro, ¿no? Puede que fuera su primer cliente del día.

—Puede —sentenció Sergio—. Por cierto, ya sé que a la doctora no le gusta que le digamos nada antes de su examen, pero yo salgo de ahí con una idea bastante formada de lo que le ha sucedido a la chica. Y no me gusta un pelo. Si me lo permites, mi sargento, yo me largo a Comandancia. Le pediré a cualquiera de los guardias de aquí que me acerque. He tomado alguna muestra por si acaso y no es plan de ir paseando esto por la calle —movió su maletín—. Luego nos vemos.

Dicho esto, salió de la antesala dejando a los allí presentes bastante preocupados por lo que acababa de decirles acerca de la muerte de Carmen María. Con los nervios a flor de piel, los tres se colocaron las indumentarias estériles antes de entrar a la sala de autopsias. Mientras se ponían un poco de bálsamo de eucalipto en la nariz —la doctora les había advertido que el cuerpo ya desprendía un potente olor—, Martín no pudo evitar colocarse al lado de su hermana y lanzarle una pregunta en voz baja.

—Supongo que no lo sé porque esto no es algo que se suela preguntar, pero... ¿es tu primera autopsia?

—Madre mía, Martín, ¿en serio? ¿Tú hiciste el curso de Judicial?

Él se limitó a asentir.

—¿Entonces hace falta que te responda? A ver si te vas sacando de la cabeza que estoy aquí por ser tu hermana. Que me he preparado como el que más para esto.

—Perdona. Ha sido una estupidez.

Dicho esto, se giró y miró a la doctora, que a su vez los miraba a ellos expectante para poder entrar.

Ya listos, los tres accedieron a la sala de autopsias.

Como bien había dicho Pilar, no era su primera vez, pero, no supo bien si por la emoción de ser su primer caso real o no, sintió cómo una enorme punzada nerviosa se clavaba en su abdomen. También era cierto que las autopsias que había presenciado eran de gente que había muerto por causas naturales, nunca por delito violento. Además, el cadáver presentaba un aspecto muy desagradable, bastante alejado a lo que se veía en películas cuando una chica guapa se seguía viendo preciosa tumbada en una camilla similar. La foto que había visto en la ficha policial de Carmen María distaba demasiado de la cara que ahora veía ahí, tan hinchada y desfigurada. Además, la falta de color contrastaba claramente con otras zonas que se veían amoratadas hasta el límite. Cerró los ojos y los volvió a abrir de nuevo. Algo así como un reinicio necesario para

poder afrontar la situación con la profesionalidad requerida.

Apartando lo espantoso de la imagen, sus ojos fueron directos a lo mismo que los de Martín y la doctora: la zona de su cuello. Justo en el sector de su glotis, de una forma bastante visible, se podían ver dos marcas con color morado ligeramente diferente al de la lividez que presentaban aquellas en las que había acumulación de sangre por bombeo. Era más tirando a negruzco que a morado con ciertas marcas diminutas marrones y amarillentas.

Martín fue el primero en hablar.

—Por favor, doctora, dime que eso que estoy viendo no es lo que imagino —dijo con un tono modificado por la mascarilla que llevaba encima de la boca.

Ella no dijo nada y se acercó al cuerpo. Se agachó y colocó su cara a escasos centímetros de las señales. A sabiendas de que el reportaje fotográfico pertinente ya se había realizado, no tenía miedo en modificar la posición del cuerpo, así que no dudó en agarrar la cabeza y, con extremo cuidado, moverla hacia ambos lados para comprobar los laterales del cuello.

A la doctora Naera sólo se le veían los ojos, pero en ellos se observaba la preocupación que, seguro, reflejaba el resto de su rostro. Sin hablar todavía, agarró una linterna —a pesar de que la luz que había en la sala era más que suficiente gracias a los dos potentes focos que incidían sobre la camilla, además de la iluminación general de la sala— y apuntó directamente a los ojos del cadáver con la herramienta.

—Madre mía, petequias. No observo cianosis evidente, pero el cadáver ha estado a la intemperie un tiempo y con días un tanto cálidos, lo que habría acelerado la deshidratación y habría provocado que la fase de putrefacción llegara antes.

—¿Nos está diciendo que fue estrangulada? —preguntó Pilar, aunque no necesitaba oír esa respuesta.

—No al cien por cien, pero sí. La escoriación en forma de media luna que hay en su cuello la han causado dos dedos pulgares. También tenemos equimosis en los laterales por la sujeción con el resto de la mano. Luego comprobaremos si la masa encefálica presenta isquemia, aunque lo doy por hecho. Bueno, también me haré valer del estado de su faringe y tráquea, pero todo apunta a que fue estrangulada.

Martín meditó esto último. De hecho, entraba con la idea fija de pedir los informes de tóxicos que revelarían si su sangre contenía algún tipo de sustancia y que esto podría haber ayudado a su muerte, corroborando la teoría de la cabo. No obstante, una muerte violenta lo cambiaba todo.

—Necesito hacerme una idea aproximada de cuándo murió.

—Martín, eso ahora...

—Aproximada. Más o menos.

La doctora miró el cuerpo durante unos segundos antes de hablar.

—Que conste que esto es entre nosotros. No puedo ser tan irresponsable de emitir un juicio dadas las características.

—Lo entiendo —insistió Martín—: entre nosotros; pero me valdría para atar algunos cabos.

—Bueno, parece que el cuerpo se encuentra en la fase cromática de la putrefacción. Esto indica que han pasado más de veinticuatro horas, algo que ya nos esperábamos, pero es que además veo que el cuerpo presenta veteado venoso. Para que nos entendamos, significa que se ve más el conjunto de las venas por la imbibición de hemoglobina...

—Espere, doctora —la paró Pilar en seco—. No sé qué es imbibición.

Martín tampoco lo sabía; sin embargo, le avergonzaba preguntar.

—Pues sería algo así como si un fluido fuera transportado por otro. Como movido, por decirlo

rápido y mal. Esto lo hace el azufre y cuando se concentra en grandes cantidades se torna verde oscuro tirando a negro. Resumiendo: que podría llevar muerta setenta y dos horas. Pero, vuelvo a insistir...

—Sí, sí —la cortó Martín—. Que no es oficial y que no nos has dicho nada hasta que hagas un estudio profundo.

—Eso es.

—Perdonen —intervino José, el técnico en histopatología que había permanecido mudo—. No he dicho nada aún porque es normal que estén con lo más evidente, pero creo que sería interesante que observaran su espalda.

La doctora lo miró sorprendida y no tardó mucho en hacer una seña con la cabeza al auxiliar para que entre él y José giraran el cuerpo. Lo hicieron con cuidado y, entonces, lo vieron.

Fue Pilar la que habló.

—¿Esas heridas son de arrastre?

La doctora no contestó de inmediato. Se quedó mirando la espalda y la parte trasera de los muslos de la chica antes de hablar.

—Me temo que sí. No todas, claro, pues veo algunos rasguños que por su morfología y la equimosis que presentan a su alrededor parecen ser de la caída por el barranco. Pero éstas de aquí... —señaló con su dedo sin tocar el cuerpo— parecen deberse a que el victimario arrastró el cuerpo de la muchacha para después tirarlo por el barranco.

—O sea, que además no sentía ningún tipo de remordimiento por lo que hizo, porque lo natural hubiera sido dejarla en el lugar donde la mató o, si lo hubiera hecho junto al acantilado, empujarla con el fin de deshacerse del cuerpo. De esconderlo, que ya me parece suficientemente grave —añadió Pilar.

—Pilar... —el tono de Martín no era el mismo que durante la reunión; aun así, quería dejarle claro que no empezara con sus pesquisas psico-criminales.

—Perdón que me meta donde no me llaman —intervino la doctora—, pero en este caso estoy con la agente. Incluso habiéndola matado un poco lejos del barranco, la mayoría de homicidas la habrían tomado en brazos para tirarla. Arrastrarla denota desprecio o, simplemente, que para él era poco más que un objeto, no un ser humano.

—De verdad —insistió Martín—, yo os lo agradezco, aunque no deberíamos sacar conclusiones precipitadas porque nosotros no estábamos allí. Vamos a dejar que los indicios vayan hablando por sí solos y nos dejamos las apreciaciones personales para otro momento, porque al final vamos a ver sospechas donde no las hay.

Pilar quiso resoplar; sin embargo, se contuvo. Había prometido guardar las formas frente a su hermano, aunque en esos momentos le hubiera dado un guantazo para que espabilara. A ver si al final el cambio de una unidad a otra sólo le iba a suponer estar siempre frustrada ante la desidia y la cabezonería de su superior.

—De todos modos, saber que ha sido asesinada refuerza la hipótesis de que sea un ajuste de cuentas —continuó hablando el sargento—, así que creo que lo más conveniente es que empecemos a apretar los tornillos a los que parten el bacalao en ese sentido. Pilar, nos vamos de nuevo a Comandancia que la tarde va a ser movidita.

La agente no dijo nada. Seguía pensando que algo más se escondía detrás de un acto como aquel. Y le hubiera encantado estar equivocada, aunque, por desgracia, iba a comprobar que no lo estaba.

## Capítulo 7

*Martes 26 de junio. 17:25h. Camino a «La cangrejera II». Almería.*

Al menos un par de días a la semana, Cayetana y Martín comían en el bar Chele, que se encontraba ubicado a unos pocos metros detrás del complejo de la Comandancia. Habitualmente eran ellos dos los que iban, ya que el resto del equipo se marchaba a casa o, a veces, venían con algo preparado y se lo comían en la sala común de descanso. Esto hacía que casi siempre tuvieran su mesa preparada al mediodía de los martes y los jueves para dar buena cuenta de su habitual fritura de pescado y, ya en función del hambre de esa jornada en concreto, algunas tapas variadas. Ese día Paco, el simpático camarero que tenía por costumbre atenderles, tuvo que poner una silla más sin poderles cambiar a otra mesa más grande, ya que el recinto estaba lleno hasta la bandera. La causa fue que Pilar decidió acompañarlos a regañadientes, pues le daba reparo meterse en las costumbres del día a día de su hermano siendo una recién llegada. Durante el tiempo que duró la comida no hablaron demasiado. Cayetana no es que normalmente fuera la alegría de la huerta y mucho menos cuando acababa de conocer a alguien, por muy hermana de su sargento que fuera. Pero tampoco Pilar y Martín intercambiaron apenas algunas palabras que se salieran de la tónica de contar lo evidente, como que la tapa de arroz estaba deliciosa.

Después de esto regresaron a Comandancia para seguir cada uno con sus labores. No se centraron demasiado en ellas porque estaban más pendientes de que llegara una hora prudente para poder desplazarse a La cangrejera II y continuar con la investigación.

Y la hora llegó.

Martín no quería menospreciar a su hermana, pero, igual que sucedió el día anterior en su visita a El Puche, necesitaba a su lado a un compañero experimentado y no había nadie mejor que la cabo para ese menester. Así que asignó a Pilar y Héctor la tarea de tratar de localizar dónde vivía la víctima y Cayetana se fue con él.

Durante el trayecto no hablaron. No es que la situación fuera excepcional y estuvieran tan preocupados que ni les salieran las palabras, al menos en el caso de la cabo. Era que no solían hacerlo muy a menudo. Ella, como siempre, miraba por la ventanilla del copiloto sin mover la cabeza. Martín, por su parte, pensaba y valoraba ideas que le iban y venían a la cabeza. Se sentía raro en esta situación, aunque eso debería ser lo normal en una persona de su rango que ocupara un puesto de responsabilidad como el suyo. Sin embargo, en su día a día, él se limitaba a seguir protocolos de actuación requeridos y poco más, sin que un caso en concreto llegara a meterse dentro de su cabeza del mismo modo que lo estaba consiguiendo aquel.

¿A qué se debía?

¿Tendría algo que ver que ahora también estuviera Pilar ahí?

Reconoció que, en parte, podría ser. Él nunca creyó justa la situación que ambos vivían en el seno familiar y que tanto tenía que ver con la labor que desempeñaban. Él se había esforzado lo justo para estar donde estaba, y a pesar de ello siempre recibía alabanzas de los suyos sin creer merecerlas. Era el orgullo de su padre, ya que éste no se cortaba un pelo en ir pregonándolo a los

cuatro vientos. En cambio, con su hermana ocurría todo lo contrario. Ella se dejaba la piel para que alguien reconociera su trabajo. Esto no había llegado a suceder todavía en casa de sus padres, donde el patriarca parecía estar esperando a que ella metiera la pata para recriminárselo y, una vez más, recordarle que las mujeres no estaban hechas para este trabajo. Un insulto que incrementaba su idiotez si se tenía en cuenta que su tía, la hermana de su padre, también había hecho carrera militar, aunque en el ejército. El caso es que todo el esfuerzo de Pilar, todo lo que conseguía a pesar de las múltiples trabas que él era consciente que le iban poniendo a su hermana, quedaba eclipsado por cualquier caso que él resolviera, aunque para ello se hubiera limitado a rodearse de gente muy buena, como era el resto de su equipo, y a seguir los protocolos que conseguían que todo llegara a buen puerto.

Todo este pensamiento se resumía en que se sentía presionado para que su hermana, que tanto tenía que trabajárselo para obtener la mitad de reconocimiento que él, no le viera como a un panoli que no merecía estar donde estaba.

Puede que esto fuera lo que le hacía ir dándole tantas vueltas al caso.

Eso, y que sinceramente no esperaba que a la chica se la hubieran cargado de esa manera.

No es que no quisiera darle la razón a Pilar con que parecía haber algo más en el homicidio; era que no sabía si se sentía preparado para afrontar ese algo más en caso de que así fuera.

Sumido en esos pensamientos llegaron al club. Dejó el coche en un aparcamiento en el que ya había dos Mercedes antiguos y un BMW algo más nuevo.

Los dos guardias civiles salieron del vehículo.

*Martes, 26 de junio. 17:42 h. Night Club La Cangrejera II, Almería.*

Denys Holub miró preocupado por la ventana que daba hacia el *aparcamiento* de clientes del club. A pesar de ese creciente nerviosismo que se manifestaba en su interior, nadie hubiera sido capaz de decir que el hombre estaba tenso, pues su rostro seguía frío como un cubito de hielo.

Conseguir esa habilidad de inexpresividad perpetua no era algo que sucediera de un día para otro, ni tampoco nació con ello, como algunos pensaban. Fue que, de sus cuarenta y dos años, había pasado diez luchando bajo la bandera que mejor le pagara en diferentes conflictos armados ocurridos en Europa. Ni siquiera había cumplido los dieciocho cuando quitó su primera vida empuñando un AK-102. Es cierto que esa muerte sí le persiguió durante un tiempo, sobre todo por las noches. Y, gracias a ella, comprendió que debía crearse una barrera exterior, cuasi interior también, que le permitiera seguir cumpliendo su sueño de tener una vida lo más alejada posible de lo que fue la de sus padres en su amada Ucrania natal. Allí, en ese primer conflicto, fue donde conoció al que se acabaría convirtiendo en su mejor amigo, aunque ellos ya se sentían como hermanos: Konstantyn Zalenko, a quien, aunque nacido en su misma patria, se le conocía como el Ruso. Aquí, en el país donde estaban ahora, habían empezado a llamarlo así. Volviendo a lo de la barrera, esto le ayudaba a poder seguir sesgando vidas y llenando sus bolsillos en cada contienda de la que salía respirando. Y como aquello le permitía vivir ahora muy por encima de lo que

nunca hubiera soñado, decidió dejarse esa máscara puesta para siempre. No había que cambiar lo que a uno le iba bien.

Y aunque la llevaba, por dentro sí sentía emociones que a veces rozaban una línea que él mismo se había trazado y que sabía que le advertía que algo no podía acabar bien. En este momento estaba caminando sobre ella.

Pese a considerarse hermanos, el respeto adquirido hacia Konstyantyn, sobre todo al recordar ese día en el que su amigo arriesgó su vida para salvarlo, prevalecía por encima de todo. Sabía que estaba cometiendo un acto que rozaba la locura y su labor era estar a su lado para asegurarse de que todo salía bien. A Zalenko le gustaba jugar. Necesitaba esa dosis de adrenalina constante para que otras excentricidades de su cabeza no salieran a flote. Y es que, hablando de máscaras y barreras, nunca había visto nada parecido a las creadas por su mejor amigo. Pero esto era otro tema. Lo que hacía que por dentro estuviera completamente revuelto se encontraba tras la puerta que había a sus espaldas, en el almacén. Una sin razón más del Ruso que ya rayaba la excentricidad extrema.

Salió del despacho y fue directo hacia su jefe y amigo que, como siempre, estaba en el reservado. Hablaron en su lengua materna, como siempre.

—Acaban de aparcar, van a entrar en breve.

Zalenko sonrió. Reconoció que hacía demasiado que no sentía esa emoción que ahora notaba en el estómago. Trató de serenarse, pues los dos guardias civiles no debían de notar ninguna excitación en él.

—Que pasen —dijo sin más.

—¿Qué hacemos si les da por mirar en el almacén?

—Si ellos tienen pelotas para hacerlo, nosotros también las tendremos para actuar en consecuencia.

Holub no dijo más. Por fuera no varió su gesto. Por dentro estaba temblando.

*Martes, 26 de junio. 17:46 h. Night Club La Cangrejera II, Almería.*

Martín abrió la puerta y pasó tras la atenta mirada del mastodonte que custodiaba la entrada. No quiso identificarse pues pensó que con él no sería necesario. Tampoco cedió el paso a Cayetana como cualquier caballero debería haber hecho, a pesar del sitio al que accedían. Este acto podría hacer que la cabo olvidara los rangos y le plantara un puñetazo en la nariz a su sargento. Cayetana odiaba este tipo de detalles que consideraba trasnochados.

Pasaron al interior. Primero Martín, aunque enseguida Cayetana se colocó a su altura.

Denys Holub, que en esos momentos los miraba junto a su jefe, se acercó hasta ellos. Si quería aparentar que no los esperaba, debía de actuar tal y como lo iba a hacer.

Martín vio como hacia él venía un tipo muy alto, con una musculatura que parecía esculpida por uno de esos genios renacentistas y con un cuero cabelludo carente de pelo alguno. Cuando se colocó frente a ellos, el sargento comprobó que el ucraniano les sacaba casi una cabeza a ambos

investigadores.

—¿Adónde van? —su pronunciación del español era exquisita, aunque se perdía la fluidez de la frase porque apenas movía la boca al hablar.

—Queremos hablar con Konstyantyn sobre un asunto.

—Me temo que el señor Zalenko no recibirá a nadie esta tarde.

—Y yo me temo que le interesa hablar con nosotros antes de que movamos a más gente de la necesaria —replicó el sargento a la bestia que tenía enfrente mientras enseñaba su identificación de la UOPJ.

Cayetana hizo lo mismo.

El mastodonte se giró y esperó el gesto de aprobación de su jefe. Al obtenerlo, los miró de nuevo y les indicó con la cabeza que lo siguieran.

Antes de pasar al reservado en el que el Ruso estaba sentado, tanto Martín como Cayetana lo estudiaron detenidamente. El sargento no tuvo claro si la cabo había advertido el típico sofá de película porno que se suponía que todo actor tenía en su casa, pero él no podía pensar en otra cosa. Habían visto varias veces en prensa al tipo que los miraba con cara sonriente, pero nunca habían tenido el dudoso placer de tenerlo cara a cara. A pesar de ello, ambos conocían de sobra las actividades en las que se movía ese hombre y que, inevitablemente, los había llevado a estar ahí.

—Pasen, por favor. Tomen asiento —el acento del Ruso era un poco más marcado que el de su esbirro—. ¿Quieren tomar algo?

Ambos negaron con la cabeza mientras se acomodaban a una distancia prudente del hombre. A pesar de la negativa de los dos guardias civiles, el Ruso hizo una señal a una de sus camareras y le dijo algo en su idioma. Ella se movió rápidamente y trajo una botella de vodka con tres vasos de tubo.

Antes de que Martín o Cayetana pudieran decirle algo, él tomó la botella y comenzó a hablar.

—Entiendo que me hayan contestado que no, soy consciente de que estarán de servicio y no puedan beber. De todas maneras, tampoco pueden negarse cuando un ruso les invita a un vodka. Sería una ofensa para mí.

—Ya, pero usted no es ruso —contestó Martín.

—Veo que sabe muchas cosas de mí.

—Bueno, no tantas, no crea. Por eso estamos aquí, porque necesitamos saber más. Yo soy el sargento Martín Egea, de la Comandancia de la Guardia Civil de aquí, de Almería. Ella es la cabo Cayetana Ríos.

—Muy bien, sin problema, encantado —respondió Zalenko tomando un trago del vodka—. Por cierto, perdonen a mi *muy mejor* amigo Holub, no quería intimidarles, pero aquí vienen muchos comerciales que quieren venderme sus bebidas y yo ya tengo mis distribuidores. Me agobian a veces.

—No, no se preocupe. Entiendo. ¿Y esos distribuidores qué traen, sólo bebida?

Konstyantyn se hizo el sorprendido. No respondió de inmediato para que pareciera que no entendía lo que le preguntaba el sargento.

—Lo siento, no sé a qué se refiere —bebió otro trago.

—Vamos, no creo yo que una persona ignorante haya conseguido todo esto. Mire este sofá. Debe de valer más que el coche con el que tengo que salir cuando se me requiere. No se haga el tonto conmigo, por favor. Sólo quiero hacerle unas preguntas.

—Está bien. Por cierto, me ha dicho que trabaja para Guardia Civil, pero no me ha dicho de

qué se ocupa allí.

—De lo que más, de delitos contra las personas. De homicidios, para que nos entendamos.

El gesto de Konstantyn varió otra vez.

—No entiendo en qué puedo ayudarles yo en eso. Las veces que está aquí Guardia Civil es para preguntarme por si mis chicas son ilegales. Y no son. Todas tienen papeles y yo no obligo a nadie a estar aquí.

—Bueno —insistió Martín—, mirado desde cierta perspectiva sí que podría tener que ver con sus chicas. Hemos encontrado a una de ellas asesinada en un barranco cerca de Viator. Cabo...

Cayetana, obediente, le cedió a Martín una carpeta que traía bajo el brazo. El sargento la abrió y extrajo unas fotos. Se las pasó al empresario de la noche.

Él las miró con interés. Lo hizo de manera minuciosa, como si fuera un investigador que trata de esclarecer las circunstancias nada claras que rodean el caso. Como si fuera uno de ellos.

—Esta chica tan oscura no trabaja para mí. Fíjense, ¿no han visto que mis chicas son del este de Europa?

Ambos guardias civiles lo hicieron: miraron alrededor como reconociendo el aspecto de las chicas que estaban a la vista. Era algo con lo que ya contaban, pero querían seguirle el juego.

—Claro —respondió Martín—, pero no he venido aquí a acusarle de nada. Sólo quiero que nos ayude en este caso para que el culpable pueda pagar por sus actos. Hablaré claro, es mejor que nos dejemos de estos rodeos que estamos dando los dos: usted no sólo controla este club, sabemos que también lo hace de manera indirecta en la mayoría de clubes de Almería. Es un secreto a voces.

—Yo no...

—No, por favor, le repito: dejemos de lado esa falsa ignorancia y ayudémonos los dos. Puede que usted no tenga nada que ver con esta chica, pero aquí nadie mueve un dedo en asuntos de prostitución sin pasar por usted. No vengo a acusarle de nada, no es de mi área lo que usted hace. Lo que quiero es que me ayude a encontrar a quien le hizo esto. Sabemos que ella ejercía en El Zapillo, pero allí hay una ley de silencio que nos está dificultando mucho la labor. Imagine que entran otros grupos ajenos al nuestro ante la falta de colaboración y remueven cosas que a usted no le vienen bien. Sólo le pido un poco de ayuda.

El Ruso se quedó mirando al sargento fijamente. Tenía cojones para hablarle así, aunque también era cierto que lo hacía porque no le estaba acusando de nada. Si no, Denys hubiera entrado en escena sin importarle las consecuencias. Allí, en su espacio, no le chuleaba ni Dios. Pero el sargento estaba jugando muy bien sus cartas.

Decidió mostrarse colaborativo.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Sé que ahora no podrá, pero cuéntenos lo que sea en cuanto pueda. Yo le dejo mi tarjeta y usted me llama en cuanto tenga algo. Ya digo, esto mantendrá alejado a otros compañeros a los que yo no controlo de su área y todos seremos felices.

Konstantyn hizo como que se lo pensaba.

—Está bien. Preguntaré y le contaré en cuanto sepa algo. No le prometo nada, ¿eh?

Tras decir esto, el Ruso se levantó de su asiento dando por concluido el encuentro. Martín y Cayetana lo imitaron. Éste los acompañó hasta la puerta sin decir una palabra. Cuando llegaron a ella, al tiempo que Denys la abría invitándolos a salir, Zalenko pronunció dos palabras.

—Francisco García.

Esto hizo que los dos guardias civiles se dieran de inmediato la vuelta.

Martín no supo de qué hablaba, pero Cayetana, que era de Almería de toda la vida, sí reconoció el nombre.

—¿Francisco García? —preguntó—. ¿El empresario del mármol?

Konstantyn se limitó a asentir con la cabeza.

—Pero ¿qué pasa con él? —insistió la cabo.

—Que yo echaría un ojo a sus actividades. Dicen que se está metiendo en terrenos que no le corresponden. Muchas gracias, les llamaré cuando tenga algo.

Y cerró la puerta de golpe, dejando a Martín y a Cayetana con más dudas de las que tenían cuando llegaron a ese lugar.

*Martes, 26 de junio. 18:07 h. Night Club La Cangrejera II, Almería.*

Konstantyn cerró la puerta con una enorme sonrisa dibujada en su boca. Había lanzado el anzuelo con su cebo y ahora sólo faltaba que los peces comenzaran a picar.

Sin decir una palabra se dirigió a su despacho, que daba acceso, a su vez, a un almacén que tenía aparte, construido junto al grande en el que guardaba las bebidas y otras cosas relacionadas con el club.

Al abrir la puerta no pudo más que reír como si hubiera perdido la cabeza. Debía tener la adrenalina a unos niveles sobrehumanos. Sabía que las tenía ahí, tan cerca de los dos guardias civiles que habían ido a hablar con él y no habían sido capaces ni de olerlo.

Miró a una de las chicas antes de volver a cerrar la puerta.

Francisco aprendería que con él no se jugaba. Podía parecer hielo, pero en realidad era fuego.

## Capítulo 8

*Martes 26 de junio. 20:39 h. Llegando a Macael. Almería.*

A Martín le importaban bien poco el frío o el calor. No es que alguno de los dos le molestara o gustara en particular, era que en realidad no tenía preferencias a la hora de escoger temperatura. A pesar de ello, a la hora de decidirse por una estación del año, sin duda se decantaría por el verano. ¿La razón? Porque le deprimía sobremanera que en los meses de invierno se hiciera tan pronto de noche. Y eso que él no es que aprovechara las horas vespertinas para irse de terrazas ni nada parecido, era que su ánimo se crecía con más horas de sol. Miraba al frente mientras conducía por enésima vez durante aquella jornada y pensaba en eso. No es que no quisiera hablar con Pilar, es que apenas llevaban unas horas trabajando codo con codo y ya lo iba a volver loco. Ese entusiasmo y esa energía con la que había llegado, estaba arrasando el mundo laboral tan perfecto que él se había construido a base de calma y de consentir que cada cosa sucediera a su ritmo.

A ver, no es que fuera tan imbécil como para reprocharle que en apenas una hora hubiera localizado tanta información jugosa acerca de Francisco García, el empresario del mármol al que iban a visitar. Era que, como sargento, no estaba acostumbrado a esos ritmos de trabajo y no quería sentar un precedente para cuando, en otros casos más complicados que éste, se le exigiera más de lo que era capaz de dar. Porque si algo tenía claro era esto último: que el caso que les ocupaba no era para tanto y tarde o temprano saldría a la luz que en medio de todo aquello se escondía un ajuste de cuentas entre traficantes de mujeres.

Duro, pero no había más.

El volumen de la música del coche estaba algo alto. Martín lo hizo adrede, aunque no se sentía orgulloso de la razón que había tras ello: esperaba que así Pilar fuera tan callada y metida en sus cosas como él, ya que era más complicado hablar por encima de la música. Pero no: ella bajó el volumen del aparato y se dirigió a su hermano.

—¿Te puedo preguntar por qué me has sacado de lo que estaba haciendo y has puesto a la cabo en mi lugar?

—Pilar, en serio, ¿vamos a empezar otra vez?

—No empiezo con nada, es que me gustaría que me resolvieras esa duda.

Martín tomó aire antes de hablar.

—En primer lugar, agradezco todo lo que has avanzado en apenas unos minutos, de verdad, no tiene que haber sido fác...

—Pues no —le cortó—. Creo que ya sabes lo hermético que es todo el mundo en este cuerpo y no veas lo que me ha costado que los de delitos financieros me hagan un poco de caso. Y han sido ellos los que me han derivado a antidroga, pero es que éstos... Ni puto caso, oye.

—Pues por eso, coño. Y no me vuelvas a cortar, por favor, que si me pides una explicación lo más lógico es que me dejes hablar, ¿no?

—Perdón...

—Vale. Pues eso, que has avanzado mucho, sí, que has allanado el camino para contarnos que el tiparraco está metido en temas de droga, vale, pero una de las razones por las que te he sacado y he metido a la cabo es precisamente ésa; que ella trabajó un tiempo en el EDOA y conoce perfectamente a sus integrantes, por lo que tiene más fácil llegar a la información que necesitamos. Por otro lado, quiero que te vayas curtiendo en estas salidas. Que sí, que sé que ya te has comido más de un interrogatorio sencillo en Seguridad Ciudadana, pero esto no es lo mismo y tienes que empezar a soltarte y ver cómo trabajamos aquí. Y tres, porque me da la gana, Pilar; es que luego te quejas de que te hablo mal, pero créeme que me tienes hasta las narices cuestionándomelo todo. Y es tu primer día. ¿Qué me espera aquí contigo?

—Nada, señor *ordenoymando*.

Martín apretó los puños contra el volante al escuchar esto. Pilar tenía que saber lo que le fastidiaba que le llamara así porque de esa manera era como él llamaba a su padre —eso sí, sin que lo oyera— cuando se ponía en el plan en el que ahora se había puesto él mismo. Aunque no era ni comparable, ya que su progenitor era lo más parecido a un dictador que se podían echar a la cara y él, sin embargo, se limitaba a cumplir con sus funciones. Ni más ni menos.

Fuera como fuese, al menos su hermana se había vuelto a callar.

Siendo sincero, estaba orgulloso de lo que Pilar había averiguado en nada de tiempo. Demostraba la rapidez mental que él sabía que ella tenía, y demostraba que podía ser una pieza potente dentro de su equipo si lograba canalizar ese empuje que la caracterizaba. En apenas unos minutos había logrado averiguar que ese tal Francisco García tenía a los de antidroga tras sus pasos debido a las sospechas de que esa enorme fortuna amasada no sólo se debía a la venta y exportación de mármoles desde Macael. Y no es que esto último no dejara dinero, es que daba la impresión de que ese hombre vivía muy por encima de lo que debería con sus ingresos.

Aunque había que ser justos y decir que las sospechas no las había levantado él, sino su mujer y el lerdo de su hijo. Ella no escatimaba a la hora de pasarse semanas enteras en esa casa que ambos habían comprado en Marbella. No en la zona más exclusiva, pero sí en una que ya denotaba un cierto poderío económico en sus inquilinos. Y, claro, una vez allí, las compras compulsivas se convertían en su día a día. Lo de su hijo era todavía mucho más cantoso. Sin haber dado un palo al agua en toda su vida, a pesar de ese puesto en la empresa de su padre que ni él mismo sabía en qué consistía, gastaba dinero a espuestas y no se cortaba un pelo a la hora de invitar a todo el mundo allí por donde pasaba en esas eternas noches en que, según decían, se bebía hasta el agua los floreros.

Todo el cuidado que parecía tener Francisco para no levantar mucha polvareda quedaba en nada al lado de estas dos lumbreras.

Y eso fue lo que puso al EDOA tras sus pasos en colaboración con delitos financieros, que rápidamente se hicieron a un lado al comprobar que, al menos las cuentas de su empresa, sí las llevaba en orden. Y como tenía que haber algo más, los de antidroga se lo tomaron mucho más en serio hasta que creyeron tenerlo más o menos controlado en cuanto a actividades de dudosa legalidad se refería.

El problema era el de siempre: a pesar de tener la certeza, la falta de pruebas contundentes impedía que se le pudieran echar encima hasta que cometiera algún tipo de error que, de momento, no llegaba. Además, las malas lenguas decían que existía una amistad entre el empresario y ciertas personas influyentes del entorno judicial y político almeriense.

Y eso era todo lo que había averiguado Pilar en tan poco tiempo. Ahora le tocaba a Cayetana profundizar más mientras ellos hacían una primera toma de contacto con García.

Llegaron a su destino.

Martín y Pilar bajaron del coche mirando, muy impresionados, lo gigantesco del lugar en el que se habían citado con el empresario. Al parecer, tenía varias naves donde desarrollaba su actividad económica. Esta era la principal de todas y quedaba reflejado en su tamaño.

—Qué típico —comentó Pilar en voz baja.

—¿Qué?

—¿No te has dado cuenta? Éste quiere comenzar el pulso apretando. Nos cita en su fábrica más grande para demostrar su poderío. Si fuera una mujer no creo que le importara dejarnoslo claro, pero un hombre...

—Pilar, ¿cuántas películas te has tragado ya?

—Lo que tú digas. ¿Vamos?

El sargento asintió al tiempo que consideraba la apreciación de la agente. Lo mismo no andaba tan mal encaminada.

La puerta estaba cerrada. La actividad había cesado hacía poco más de media hora, según pudo ver en un cartelito junto a la puerta, así que no dudó en presionar un timbre cuadrado de color gris que había en uno de los laterales.

La puerta se abrió pasados unos segundos y por ella apareció un hombre de estatura media enfundado en un mono de trabajo.

—Hola —comenzó a hablar Martín—, hemos quedado aquí para hablar con Francisco García, ¿podría avisarle?

El hombre sonrió antes de contestar.

—Hola —les tendió la mano—, soy yo mismo. Perdonen, estaba rematando algunas faenas mientras les esperaba.

El sargento y la agente trataron de disimular que no contaban con esa respuesta. Les salió bien. Le estrecharon la mano.

—Pero no se queden ahí —continuó—, acompáñenme al despacho.

Él se dio la vuelta y comenzó a andar por el interior de la fábrica. Ellos lo siguieron a una distancia prudente tras cerrar la puerta metálica.

Pilar se acercó disimuladamente al oído de su hermano y le susurró:

—Trabajando, mis narices. ¿Has visto lo impoluto que lleva el mono? Se lo ha puesto para hacerse el bueno.

Martín la miró y le indicó que cerrara la boca.

Él también se había fijado. De hecho, observaba al hombre mientras avanzaba recto a unas escaleras metálicas que ascendían hacia lo que, seguramente, sería su despacho.

Visto por la espalda era voluminoso teniendo en cuenta su estatura, que podría considerarse como normal. Su pelo presentaba alguna cana, sobre todo en la raíz de su cabello. Daba la impresión de que era de los que trataban de ocultar el paso de los años con la ayuda de un tinte. Sus manos se veían impecables, por lo que no le quedaba otra que darle la razón a su hermana. Parecía haberse colocado el mono de trabajo para que la impresión inicial fuera justo la que él quería. Cosa que, por otro lado, no le sorprendía, ya que si todo lo que decían desde Antidroga era cierto, ese hombre era de todo menos estúpido. Y con éstos había que tener especial cuidado.

Tras pasar una puerta de madera que desde fuera parecía austera, se encontraron con todo lo contrario en el interior del despacho. Decorado con una exquisitez extrema, era el contraste justo a un lugar repleto de herramientas de trabajo, mucha piedra y una ingente cantidad de polvo por doquier como aquella fábrica. La oficina era muy distinta. La mesa donde Francisco realizaba su

trabajo, fuera cual fuese, era de una madera noble que ninguno de los dos hermanos supo identificar. La silla en la que él se sentaba, tapizada en un cuero marrón que nada tenía que ver con el del puticlub de los rusos, invitaba a lanzarse de cabeza y dejarse llevar por una comodidad que parecía desmedida. Algunos cuadros con formas imposibles decoraban unas paredes pintadas en tonos pastel. Alejada de su mesa –en la que sólo había una pila de papeles, un paquete de Ducados a medias, un cenicero, un portátil y un teléfono fijo– había otra de un cristal robusto con unas cuantas sillas no menos imponentes que la que utilizaba el mandamás para sentarse. Puede que ese espacio fuera usado para mantener reuniones.

Francisco, en su afán por parecer el anfitrión perfecto, tomó dos de esas cómodas sillas y las colocó frente a su mesa.

—Por favor, tomen asiento.

Martín y Pilar le hicieron caso.

—¿Les importa que fume? –preguntó señalando el paquete—. Llevo todo el día sin parar un minuto y estoy con un mono impresionante.

—No, claro, fume si quiere –le instó Martín.

—Pero si de verdad les importa, no lo hago. Entiendo que el olor del Ducados no es agradable y, quizá, la señorita...

«Perfecto, nos ha salido machista», pensó el sargento mientras esperaba que Pilar no entrara a trapo en un comentario que seguía demostrando que ese hombre sabía lo que se hacía.

—No se preocupe –dijo ella–, a la señorita le molestan cosas muy concretas y esta no es una de ellas.

—Bueno –dijo Martín, que se veía venir a su hermana–, como ya le he dicho por teléfono hace un rato, necesitamos hablar con usted para que nos eche un cable con una investigación que tenemos en curso. Ha sido muy amable esperándonos aquí hasta estas horas.

—Nada, normalmente me suelo quedar aquí hasta muy tarde cada día. Esto cuesta mantenerlo a flote.

—Imagino...

—Lo que no imagino yo es en qué puedo ayudarles, pues usted me ha dicho que vienen de Homicidios, ¿es así?

—Así es. No le quiero mentir, lo poco que he tratado con usted ya me ha demostrado que es un hombre con las ideas claras, por lo que no quiero jugar con usted y prefiero ser directo.

—Se lo agradezco. Dígame.

—Estamos investigando el asesinato de una mujer. Trabajaba como prostituta en la zona de El Zapillo. En un principio su nombre no aparecía por ningún lado, como creo que es lógico. Pero esa misma lógica nos ha llevado tras los pasos del que creemos que puede ser un importante proxeneta.

—Es ése que llaman el Ruso, ¿verdad?

Martín varió su gesto.

—¿Cómo lo sabe? ¿Lo conoce?

—Directamente no, pero ya que usted está siendo sincero conmigo, yo quiero serlo con usted. Mi hijo ha frecuentado alguno de sus puticlubs alguna vez. No me siento orgulloso. Aquí donde me ve, con casi sesenta años, en mi vida he pisado un sitio como ése. Es más, nunca he pagado por acostarme por una mujer. No soy precisamente un adonis, como puede ver, pero nunca he tenido problemas con las mujeres.

—¿Y su hijo sí los tiene? –intervino Pilar.

—No, señorita. Pero mi hijo no es demasiado espabilado. No está bien que un padre diga eso, pero si lo conocieran lo pensarían. Puede ligarse a la que le dé la gana. Es guapo, el jodido, pero a pesar de eso prefiere irse a esos antros de... de... Me dan asco.

—¿Y por qué cree que lo hace?

—Porque, a pesar de tenerlo todo, tiene un problema muy grave de autoestima. El porqué, ya no lo sé, pero necesita estar rodeado de gente que lo idolatre y que le dore la píldora constantemente. Por eso cuando llega a esos sitios de mierda no duda en invitar a todo el que se encuentra a su paso. Y a mí me deja sin un duro. Tanto trabajo aquí para que él se lo malgaste de ese modo... Pero aun así, es mi hijo. ¿Qué puedo hacer?

Martín meditó su respuesta. No sabía qué contestar.

—De todos modos —Pilar fue quien lo hizo—, entiendo su confusión, pero a pesar de que su hijo se llama como usted, no venimos a preguntarle por él. Porque estoy segura de que la persona que nos ha traído aquí se refería a Francisco García padre. Lo comprende, ¿verdad?

El empresario se limitó a asentir con la cabeza.

—Bien, pues sí. Estábamos contándole que nuestros pasos nos han llevado a ese presunto proxeneta que usted ha identificado como el Ruso, y él es quien lo ha mencionado a usted.

El hombre abrió mucho los ojos.

—¿A mí? ¿Qué tengo yo que ver con él o con su mundo? —preguntó ofendido.

—Eso queríamos que nos dijera. No creo que lo haya nombrado así porque sí.

—Lo siento mucho, señorita, pero creo que están muy confundidos. ¿Se refería exactamente a mí? Porque podrían haberse equivocado y que se estuviera refiriendo a otro. ¿Dijo mi nombre y apellido? Porque eso no vale de mucho, anda que no habrá Franciscos García sólo por Almería. Yo...

—Señor, tranquilícese —intervino de nuevo Martín—. Hablaba de usted, de eso no tenemos duda. Y queremos saber por qué lo hizo cuando estamos investigando la muerte de Carmen María Rodríguez.

Francisco se echó para atrás en su asiento y cerró los ojos. Tragó saliva antes de hablar.

—Miren, les aseguro que yo no sé nada de la muerte de ninguna señorita de compañía. Ya les digo que yo nunca he estado cerca de ninguna. No entiendo los motivos por los que ese hombre me ha nombrado a mí, tiene que haber algún tipo de confusión. ¡Ni siquiera he hablado con él en toda mi vida! Me gustaría poder ayudarles, aunque no sé nada de nada. Lo siento.

Pilar y Martín se miraron. Dijera la verdad o no, a ese hombre no le podrían sacar más por el momento.

El sargento se levantó de su asiento, acto que siguieron la guardia y el empresario.

—Está bien, no se preocupe, pero entienda que teníamos que venir a comprobarlo después de que su nombre saliera a relucir.

—Claro que lo entiendo. Y si les puedo ayudar en algo más, no tienen más que decírmelo.

—Bueno, en realidad me gustaría hacerle una pregunta más —dijo Pilar. Martín no se lo esperaba, pero ahora no podía pararla—: ¿Qué hacía usted el sábado de madrugada? O toda la noche, vamos.

Martín quiso que se lo tragara la tierra. ¿De verdad le había hecho esa pregunta cuando él trataba de dejarle claro que no tenía por qué temer para que estuviera tranquilo y más colaborativo?

El hombre dudó unos instantes su respuesta y, visiblemente molesto, contestó a la guardia.

—Estuve toda la noche en casa, durmiendo. Supongo que necesitará comprobarlo, así que aquí

tiene –se inclinó hacia su mesa y tomó un papel además de un bolígrafo. Con ellos anotó un número–. Es el número de mi mujer, la pueden llamar ya, ahora si quieren, antes de salir. Ella les dirá que estuve toda la noche acostado a su lado. Pruebe –se lo ofreció a Pilar.

Martín se adelantó y tomó el número de la mano del empresario. Lo rompió y se lo volvió a ofrecer a él.

—No hace falta, de verdad, gracias por colaborar. ¿Nos vamos? –indicó a su hermana. Ella asintió avergonzada. Tras despedirse de nuevo de él, salieron de la fábrica.

Pilar no dio oportunidad a su hermano de que la reprendiera.

—Vale, ahora sí que me he dado cuenta –admitió sin más.

—Pues menos mal...

Él no dijo nada más y se montó en el coche. Esperó a que Pilar hiciera lo mismo para volver.

*Miércoles, 27 de junio. 04:12 h. Vivienda de Martín, Almería.*

Martín dio su enésima vuelta sobre la cama. Cuando se lanzó sobre ella pensó que cerraría los ojos y caería completamente rendido, fruto de no haber dormido ni un solo minuto durante la noche anterior y, sobre todo, después de tanto viaje y tanta vuelta. Sin embargo, no descansó; lo de dormirse nada más echarse sobre la cama sí había resultado, ya que no tardó ni dos minutos. Y durante las tres primeras horas, bien; aunque alrededor de las dos de la mañana se había despertado y, sin pretenderlo, se traicionó a sí mismo echando por los suelos una de sus máximas vitales: no pensar en nada de su trabajo fuera de él. Tampoco es que su cabeza se volviera un hervidero de imágenes y de ideas locas que recorrieran su cerebro a una velocidad endiablada, qué va; pero el simple hecho de recordar su visita de la tarde al puticlub seguida de la entrevista con el empresario del mármol bastó para que ya no pudiera volver a conciliar el sueño.

Además, la cena que había preparado su tío no ayudaba en absoluto, ya que la tortilla de bacalao estaba rica de más, aunque también traía consigo una sed que había logrado que se bebiera ya la media botella de agua que se había llevado consigo en el momento de irse a dormir.

Y todo eso sin contar el calor de mil demonios que hacía allí dentro, con la ventana abierta y todo.

Decidió levantarse para pasar por el aseo y pillar algo más de agua.

Al entrar a la cocina casi se le paró el corazón, pues estuvo a punto de toparse de bruces con Pilar, que salía de allí.

—¡Joder! –exclamó el sargento sin medir su tono.

—¡Shhhhh!, ¿quieres que el tío se despierte?

—Coño, es que casi me da algo... ¿No puedes dormir, o qué?

—Si me escucharas más a menudo, sabrías que no duermo precisamente bien por las noches desde hace bastante.

—¿Te preocupa algo?

—No hace falta que te preocupe algo para que eso ocurra, ¿no? Hay personas que sufren de

insomnio, no es algo tan raro.

—¿Y de mala hostia al despertarse sabes si sufre mucha gente?

—Tú a mí no me has visto de mala hostia todavía —dijo Pilar mientras giraba sobre sus pasos, de vuelta a su habitación.

Martín negó con la cabeza y cogió otra botella de agua fresca de las que almacenaba en el frigorífico. Cuando se disponía a salir se llevó otro susto parecido al de antes, sólo que ahora con su tío.

—¿Os habéis propuesto matarme esta noche entre los dos? —acertó a decir Martín—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—Con el jaleo que montáis los dos, como para hacerlo, Martinico.

—Perdona, es que Pilar está últimamente un poco susceptible.

—Venga, Martín, no me jodas. No eches la culpa a tu hermana de estar así, que te conozco.

—¿A mí? ¿Yo qué he hecho?

—Desde que esta mañana me dijo que trabajaríais juntos, supe que ocurriría algo así.

—¿Algo así cómo, tío? —preguntó algo molesto.

—Pues que tienes parte de la sangre de tu padre, eso no lo puedes negar.

—No vayas por ahí porque no tiene nada que ver con que ella sea una mujer. Te recuerdo que en mi equipo también tengo a Mariola y a Cayetana. Y valoro mucho cuánto ayudan al equipo.

—Es que precisamente ésa es la actitud a la que me refiero, Martinico. Ellas no ayudan; ellas hacen su trabajo al igual que tú haces el tuyo. ¿Sabes lo que creo? Que además de la vena Egea, te intimida la inteligencia de tu hermana pequeña. Y no sé por qué no puedes tragarte ese maldito orgullo y dejar que, simplemente, ella haga su parte del trabajo. Y, sobre todo, que te saques de la cabeza que ella ayuda o viceversa.

—Que de verdad que no es eso, tío. Que ella tiene una forma de entender el crimen muy diferente a la mía. Que ella está obsesionada con todas esas tonterías psicológicas y yo soy más de ceñirme a los indicios físicos. Punto. Y el resto del equipo es como yo; lo que no quiero es que le tomen manía.

—Y sigues con la vena Egea... ¿Que tú no la tienes que proteger de nada! ¿Piensas, en serio, que alguien le ha regalado algo alguna vez? Al contrario, ha tenido que demostrar más que nadie, y todo eso sin ti a su lado, así que no vengas ahora de salvavidas porque ella no lo necesita. Empieza a pensar en su valía y aprovéchala en el caso ese que lleváis tan raro. Te aseguro que te hará falta.

—¿Raro? ¿Cómo que raro? ¿Qué sabes del caso?

Su tío cambió el gesto, como si estuviera impostando una cara de falsa tranquilidad.

—Nada, Martinico, ¿qué voy a saber? Ya te dije que cuanto más ajeno esté yo a todo eso...

—Ya... En fin, que me vuelvo a la cama.

—Tira, descansa.

Martín y su botella regresaron a su habitación. Dejó el agua al lado de la cama y se recostó sobre ella bocarriba. Antes de cerrar los ojos y tratar de dormir, tomó su teléfono móvil para mirar la hora.

No pudo verla, ya que sus ojos se fueron directos al centro de la pantalla. Había tres llamadas perdidas del capitán jefe.

Nervioso, desbloqueó el teléfono y le devolvió la llamada.

—Sargento —dijo su superior a modo de saludo—, te voy a pasar unas señas y necesito que vengas cagando leches.

—¿Qué pasa, mi capitán?

—Ha aparecido otra mujer muerta.

## Capítulo 9

*Miércoles 27 de junio. 05:03 h. Urb. Almerimar. El Ejido. Almería..*

Martín no tenía coche propio. Esto quizá explicaba parte de ese placer que sentía al conducir. No es que no pudiera permitirse uno, es que no le apetecía meterse en un gasto así si tenía disponible siempre alguno del parque móvil cuando lo necesitara. Y, en su caso, cuando lo necesitaba era para desplazarse por temas referentes a su trabajo. El problema venía cuando tenía que salir por piernas como ahora y no había un vehículo a su nombre bajo la ventana listo para llegar cuanto antes. Así que, como en otras ocasiones, le tocó esperar a que una patrulla de Seguridad Ciudadana le recogiera y lo llevara al punto en que lo requerían.

A pesar de que un solo guardia había ido en su búsqueda, el sargento prefirió sentarse en la parte trasera del vehículo. Sentía que necesitaba ese espacio a su aire para poder pensar. Aunque, a menos de un metro, Pilar estuviera sentada a su lado mirando por la ventanilla.

El capitán jefe no le había dicho nada acerca de que le acompañara o no cualquier miembro de su equipo, pero Martín sintió un impulso repentino que le llevó a entrar en la habitación de su hermana y pedirle que se vistiera a toda velocidad.

La maldita charla con su tío tenía culpa de eso. No podía sacársela de la cabeza.

De hecho, pensaba más en ello que en el hecho de que hubiera aparecido otro cadáver de una mujer en tan corto espacio de tiempo.

Y, ya puesto a rizar el rizo, lo que más desasosiego le causaba de todo el asunto era que Pilar no hubiera abierto la boca aún desde que ambos montaron en el coche. No parecía que fuera porque estuviera molesta, como hacía un rato. Había algo más y esto sólo conseguía que el sargento sintiera un extraño y nada agradable cosquilleo en la boca del estómago.

El vehículo dejó atrás la AL-9006 y torció a la derecha. Martín miró hacia ese lado para observar mejor el terreno. Para encontrarse tan cerca de un lugar tan turístico y poblado como Almerimar, el lugar por donde pasaban ahora se mostraba como un enorme y abrupto desierto repleto de irregularidades en el terreno. Según las señas que el sargento había recibido en su teléfono móvil gracias al capitán, estaban ya cerca del lugar en cuestión. El reflejo de las luces de los coches patrulla ya se dejaban ver a lo lejos.

Martín tragó saliva mientras se acercaban a ellas.

El conductor detuvo el vehículo detrás de los otros tres que había y se quedó dentro del coche. Martín y Pilar bajaron, cada cual más nervioso que el otro.

Lo de Pilar puede que fuera comprensible. Aunque no en el cuerpo, era una novata en todo aquello. Pero, Martín, ¿por qué estaba en ese estado? ¿Puro contagio de su hermana o había algo más?

Trató de dejar su mente en blanco y comenzó a andar. Lo primero que llamó su atención fue la claridad que presentaba la noche. Al levantar la cabeza y mirar al cielo obtuvo la respuesta: una enorme luna llena presidía el cielo y otorgaba esa paradójica luz que ayudaba a que los dos pudieran pisar sobre seguro y sin sobresaltos a pesar del terreno por el que caminaban.

Pilar se quedaba rezagada a veces y Martín hacía uso de toda su paciencia para aminorar el paso y esperarla, aumentando la dosis de mosqueo que habitaba en él y que ya rozaba lo peligroso. Quiso preguntarle qué le pasaba. O, mejor dicho, qué era lo que pensaba y que le hacía estar así; pero las palabras no le salían por miedo a la respuesta. Eso significaba que él también la conocía, por mucho que tratara de huir de ella.

Unos enormes focos delataban la posición del lugar de los hechos. Según se iban acercando, Martín ya veía el trasiego de gente que se movía alrededor y, además, sacaba su primera conclusión: no tenía todavía ninguna constancia, pero en caso de que alguien hubiera acabado con la vida de esa mujer, se había alejado demasiado del camino para hacerlo con absoluta intimidad. Y esto no era bueno. Nada bueno.

Ambos llegaron sumidos en sus pensamientos. Antes de advertir al resto su presencia, Martín no pudo evitar mirar una vez más a su hermana. Con la luna tan espléndida de aquella noche no hacía falta más luz, aunque los focos le ayudaron a ver cada facción de su rostro y esto sólo le confirmó que ella sentía por dentro una enorme preocupación.

Sin embargo, ahora no era momento para hablar sobre ello.

Prefirió echar un vistazo al lugar.

Lo que más llamaba la atención era el edificio abandonado. Estaba en medio de la nada, en un terreno en el que lo último que esperarías encontrar era algo así. Demostraba que quizá se les fue de las manos todo ese *boom* de la construcción que llevó a la ruina al país hacía más de diez años. Puede que el lugar fuera un edificio piloto o algo así que se quedó a medias, pero la soledad y a la aridez del lugar conferían al conjunto una tenebrosidad que logró que los poros de Martín se hicieran notar.

Lo curioso fue que, al parecer, el cuerpo no se había encontrado allí. Los focos estaban fuera y apuntaban hacia dos zonas: una, hacia el suelo, donde dos personas vestidas con trajes estériles blancos trabajaban afanadas en encontrar indicios. Y, al parecer, los habían hallado porque manipulaban bolsas de rigor.

Los otros dos focos estaban un poco más alejados, enfocando hacia lo que parecía la parte alta de un barranco. Puede que el cadáver estuviera ahí.

—Es un talud.

Tanto Martín como Pilar se giraron a toda velocidad al escuchar la voz, que no era otra que la de su capitán. Echaba humo por la boca y, ante la ausencia por completo de cualquier rastro de frío, estaba claro que venía de fumar.

—¿Cómo dice, mi capitán?

—Que es un talud, que no es como el lugar en el que encontramos a la otra chica, que era un barranco natural. Éste lo hizo la constructora para a saber qué necesitan a la hora de hacer edificios. Me lo han explicado, pero me importa poco. La chica está ahí abajo, tirada.

—Pero, aunque no sea natural, podríamos interpretarlo como lo mismo, ¿no, mi capitán? — preguntó Pilar, que parecía salir de su ensimismamiento.

—Me temo que sí. Y me toca mucho las narices, porque...

El capitán se calló de pronto y su gesto se volvió amargo, aunque rápidamente se recompuso torpemente. Esto no pasó inadvertido para ninguno de los hermanos, aunque fue el sargento el que preguntó.

—¿Pasa algo, mi capitán?

—No —respondió a toda velocidad—. Es que me mosquea que esto haya sucedido tan pronto. Podría no tener nada que ver, pero hace que ponga las orejas tiesas. El juez está por aquí y el

forense ya ha bajado a inspeccionar el cadáver. Vengan conmigo y les explico al juez y a ustedes lo que sé hasta ahora; que le he pedido permiso para fumarme un cigarro primero. Ellos acaban de llegar también.

Los hermanos obedecieron y siguieron al capitán hasta uno de los laterales del edificio. Desde ahí no se veía a la víctima y, aunque ambos sentían una enorme curiosidad por ver a la muchacha y en qué circunstancias había sido hallada, mejor empezar por el principio y que su superior les diera detalles.

Tras los pertinentes saludos con la autoridad judicial, el capitán comenzó a hablar.

—Hace unas... —miró su reloj— tres horas, el Puesto de El Ejido ha recibido un aviso. Ha sido todo tan confuso que ha costado dilucidar qué había pasado en realidad. Se ha recibido la llamada de un hombre que dice que se ha encontrado con otro que le ha hecho parar el coche en medio de la carretera y que parecía estar ido. Al menos eso es lo que han entendido en centralita, porque tenemos las declaraciones de los dos intervinientes y ellos aseguran que han sido claros explicando que uno había encontrado el cuerpo de una chica desnuda y muerta tirada por un terraplén. El caso es que se ha desplazado un indicativo al lugar en el que estaba detenido el coche del otro, en un lateral de la AL-9006, y ahí es donde a los guardias ya les ha quedado claro lo de la chica. Lo primero que han hecho ha sido acercarse hasta aquí guiados por el que la ha encontrado. El otro, el del coche, el que había llamado, no se ha querido acercar porque dice que le daba reparo y se ha quedado atrás, mirando. Los guardias han comprobado la veracidad de la historia y han llamado a su equipo de judicial. El comandante de puesto de El Ejido me ha dado aviso, como siempre, sólo por tenerme informado, ya que no creían que debiéramos intervenir desde Comandancia. Pero, dado que el otro día encontramos a la otra chica en Viator, en unas condiciones parecidas, he creído que debíamos venir.

—¿Dice que está desnuda? ¿Al completo? —preguntó el juez.

—Sí, señoría. Y yo también busco detalles que separen los crímenes, pero hay un detalle que hemos encontrado y que me está tocando las narices. ¿Me acompañan?

Los tres asintieron al tiempo que el capitán se daba la vuelta mientras ellos se disponían a seguirlo. No anduvo demasiado: enseguida le detuvo el cordón que él mismo había ampliado, como era su costumbre. A pesar de todo, se veía claramente lo que quería mostrarles.

—Fíjense ahí —dijo señalando con su dedo hacia una zona muy concreta del terreno.

Los tres lo hicieron. Martín fue el primero en verlo.

—Señales de arrastre —comentó.

—Así es, sargento. En el anterior caso tuvimos que esperar a la autopsia para darnos cuenta de esto. Además, fuera por el viento o por yo qué sé, en la parte alta del barranco en el que encontramos a Carmen María no se veían estas señales. Pero ahora las vemos claramente. El cuerpo ha sido arrastrado antes de ser arrojado por el talud.

El juez valoró las palabras del capitán antes de responder. Pasados unos segundos lo hizo.

—De todos modos, eso sigue sin decirnos nada. Puede que la persona que estaba con ella, porque esto solo demuestra que estaba con alguien, se asustara y la tirara por ahí por miedo a que se le inculpara.

—No lo sé, señoría. Pero entienda que debemos contemplar todas las posibilidades.

—Mi capitán —intervino Martín—, ¿dice que en el aviso intervinieron dos personas?

—Sí; el conductor del coche, el que realizó la llamada, ya se ha marchado tras prestar declaración. Su intervención en todo esto sólo ha sido esa. En su testimonio ha dicho que el otro hombre, ese de ahí —señaló— lo abordó en medio de la carretera y él tuvo que dar un frenazo,

aunque no circulaba demasiado rápido. Dice que estaba muy nervioso, que parecía colocado y que no entendía ni una palabra de lo que le decía. Que entre balbuceos le ha contado que había una mujer muerta y que tenían que llamar a la policía rápido. Y ha llamado.

—¿A él le han tomado declaración? —quiso saber el juez.

—Es complicado entenderse con él. Parece que sí está bastante colocado, con el mono o él sabrá, pero no está demasiado colaborativo con nosotros. Puede que nos lo llevemos al Puesto para ver si así suelta prenda.

—¿Puedo? —preguntó Pilar de repente, sorprendiendo a los allí presentes.

El capitán confiaba en poca gente, sin embargo, por una extraña razón, Martín entraba dentro de ese círculo. Así que no dudó en mirarlo a él para que aprobara o denegara aquella petición.

El sargento se encontró en medio de un brete, aunque su cerebro lo sacó rápido de él haciendo que su cabeza se moviera hacia arriba y hacia abajo en señal de asentimiento. Por dentro se cagó cien veces en su tío por la maldita charla que le había soltado.

—Está bien, vaya —dijo el capitán.

Pilar no sonrió. Pese a ello, por dentro se sintió triunfal. Entendió que Martín por fin admitía que ella podía lograr cosas que otros no, simplemente aplicando unos métodos no tan ortodoxos como los habituales.

Tomó aire y se acercó al hombre. Estaba custodiado por dos guardias que no le hacían demasiado caso, aunque tampoco es que lo reclamara en exceso. Mientras caminaba hacia él, lo observó. Pilar no era de las que les gustaba juzgar a las personas por su aspecto. No es que creyera en todos esos rollos de que lo importante estaba en el interior, pero sí era cierto que en más de una ocasión se había llevado una sorpresa al dejarse llevar por los prejuicios estéticos. Tanto para bien como para mal. Es por eso que pasó por alto lo desaliñado del aspecto general del tipo y trató de centrarse en comenzar completamente desde cero con él.

Lo primero era deshacerse del público.

—Soy Egea, del equipo de Personas de Comandancia. ¿Me pueden dejar unos instantes a solas con él?

Los dos guardias la miraron de arriba abajo antes de obedecer. Pilar no era un bellezón despampanante, aunque sí llamaba la atención tanto de hombres como de mujeres porque tenía cara de niña bonita y angelical. Al menos eso le repetía cada dos por tres su tío.

Una vez sin nadie alrededor, Pilar optó por sentarse al lado del hombre, en el suelo.

Martín, que la miraba desde lejos, notó como su tensión arterial crecía acercándose a límites peligrosos. ¿Qué forma de tomar una declaración era esa? ¿Ahora iba a tratar a un testigo como a un colega?

—Hola, me llamo Pilar y no sé cómo dirigirme a usted. Ni siquiera sé si sería mejor tratarlo de usted o de tú.

El hombre la miró y la estudió detenidamente. ¿Esa chica trabajaba con aquellos mastodontes que hacía un momento se ocupaban de que no echara a correr? Porque era todo lo contrario a ellos.

—Me llamo Miguel. Y prefiero que me trates de tú. Tengo treinta años, aunque no lo parezca.

—¿Y por qué no iba a creer que los tuvieras? No veo nada que me haga pensar lo contrario...

—Señorita...

—¿Qué? Lo digo de verdad. Es cierto que tu ropa no es la mejor, ni que te vea precisamente aseado... Sin embargo, eso no tiene nada que ver con que tu cara no sea la de alguien de la edad que tienes.

Él se quedó mirándola tras la explicación. Ella era consciente de que se la había jugado muchísimo al decir lo que le dijo, aunque lo hizo para romper la barrera comunicativa que parecía mostrar el chaval. La sonrisa que él le mostró a continuación le indicó que lo había conseguido.

—Me gusta tu sinceridad —dijo al fin—. ¿Sabes lo difícil que es hoy en día que alguien te diga lo que piensa? Sobre todo, cuando se tiene a alguien como yo delante. La mirada siempre dice algo muy diferente a lo que acaban soltando por la boca. Es una mezcla de palabras que dicen «pobrecito» y miradas que expresan el asco que les doy.

—¿Cómo acabaste así?

—Malas compañías.

—¿No es eso lo que se dice siempre?

—Pero en este caso es verdad. Y para que no hagamos un recorrido por toda mi vida te diré que si me ves así es por culpa de la puta droga.

Ella miró a su alrededor antes de formularle la siguiente pregunta.

—¿Y aquí duermes o te chutas?

—Las dos cosas.

—¿Y cuando ha pasado esto, estabas colocado?

Él asintió.

—Sin embargo, a pesar de eso, algo te ha llamado la atención para que salieras corriendo a pedir ayuda.

Tomó aire profundamente y valoró su respuesta.

—Ahora no lo notas por todo el follón que se ha montado, pero aquí no se escucha nada de nada. Te aseguro que no hay lugar más silencioso que éste, por eso me gusta. Así que, cuando se oye lo más mínimo, es porque algo pasa. El problema es que cuando estoy... eso... Pues a veces no reacciono normal.

—¿Quieres decir que has empezado a escuchar cosas raras y no podías reaccionar?

—Quiero decir que la cabeza es muy hija de puta y a veces, cuando estás ahí, no sabes si lo que oyes es real o no. Así que no me muevo con cualquier cosa, porque tengo comprobado que muchas veces lo que sea suena sólo en mi caberolo.

Pilar necesitó encontrar más dosis de paciencia para seguir con aquello. Aquel tipo era el rey de las contradicciones, aunque tenía claro por su forma de hablar que no se las lanzaba para despistar. Es que no daba para más.

—Vale —dijo la guardia—. Entonces has escuchado ruidos y has esperado para saber si eran reales o no. ¿Es así?

Él asintió.

—¿Y después?

—Después he escuchado un piñazo la hostia de fuerte y ahí ha sido cuando ya he pensado que algo pasaba. Porque aquí a veces hay conejos y cosas así que hacen ruido. Pero éste era demasiado fuerte para eso.

—¿Y has salido corriendo para ver lo que era? ¿Has podido ver a alguien?

El chico negó con la cabeza.

—No tenía mucho equilibrio yo, así que no he podido salir muy rápido. Pero cuando he podido, sí. Y como tengo un oído de la leche, he corrido para donde sabía que había pasado la movida.

—¿Y has visto a la chica tirada?

—Sí. ¿Has visto la luna que hay hoy? Se ve más que si fuera de día.

—Sí, es cierto. Supongo que no habrás intentado bajar donde ella ni nada.

—¡Qué coño! No me asustan los muertos. Pero he visto muchas cosas en sitios muy malos y he aprendido que lo primero que tienes que hacer es dar aviso para que no te echen la culpa a ti. Si esa tía se ha muerto porque se ha pasado de la raya, no es culpa mía ni mi problema. No me entiendas mal, no es que no me preocupe la gente, pero a mí me echan las culpas muy rápido de todo.

—Ya, ya te entiendo. Entonces ha sido cuando has corrido en busca de un coche, porque tú no tienes móvil para llamar.

—Sí que tengo —metió la mano en su bolsillo y extrajo un aparato reventado, con más años a sus espaldas que un trilobites—. Lo que pasa es que me queda poco saldo y por las noches las llamadas son más caras, que me lo dijeron.

—Ah... —Pilar no sabía qué contestarle ya—. Resumiendo, que has visto a la chica al escuchar ruidos y has corrido para buscar ayuda. ¿Esos ruidos podrías describirlos? ¿Gritos, quizá?

—Yo qué sé. Ruidos. Cosas...

—Pues muchas gracias, Miguel. Me has sido de gran ayuda.

Pilar se levantó y volvió junto al resto, que la miraban expectantes.

—Éste no nos va a servir de mucho. Me ha contado todo, pero no se ha enterado de nada, porque estaba colocado. Así que es mejor pasar a otra cosa.

—Gracias, Egea —dijo el capitán jefe—. El forense nos iba a contar las circunstancias en las que está el cuerpo antes de su levantamiento. Díganos.

Pilar miró hacia su lado. Ni se había percatado de que el hombre estaba ahí, pues ella iba sumida en sus pensamientos. Lo miró expectante.

—Bien: está tirada en posición de decúbito supino. Tiene la pierna doblada y, por lo imposible de la posición, me atrevería a aventurar que presenta una fractura abierta en el fémur izquierdo. Observo un fuerte traumatismo en la cabeza, pero no tengo claro que sea debido a la caída desde la parte alta. Las condiciones no son las idóneas para manipular el cuerpo, por lo que no puedo determinar si presenta rigidez cadavérica para hacer una estimación. Así que pienso que lo mejor es trasladarla al IML para que allí se pueda estudiar como es debido. ¿Señoría?

—Adelante.

Dicho esto, el forense se alejó para dar instrucciones a los auxiliares que le acompañaron para proceder a meter a la chica dentro de una bolsa mortuoria y preparar su traslado.

—¿Qué opina? —preguntó el juez dirigiéndose al capitán.

—Que necesito saber más para opinar. Pero la cosa no pinta bien. ¿Qué cree usted, sargento?

Martín iba a hablar, aunque de pronto se vio salvado porque iba a decir que quería creer que todo formaba parte de una macabra casualidad, pero los técnicos de laboratorio se acercaron hasta el grupo quitándose parte de su atuendo y con bolsas para indicios en la mano.

—Necesitamos parar un poco, que trabajar con esta luz artificial es agobiante.

—¿Qué tienen ahí? —quiso saber el capitán, olvidando que esperaba una respuesta del sargento.

—Puede que tengamos suerte, mi capitán, porque hemos encontrado tanto la funda de un preservativo como éste último lleno de semen. Teniendo en cuenta que está tirado a la intemperie y que presenta cierto pringue todavía, me atrevería a decir que se ha usado esta misma noche.

El capitán tomó la bolsa y la miró, como si observando el preservativo fuera a sacar el culpable de inmediato.

—Perfecto. Mañana que salga para Sevilla a toda leche y a ver si conseguimos que prioricen.

Necesitamos una muestra del *colgao*. ¿Señoría?

El juez, que entendió lo que le pedía el capitán, se limitó a asentir.

Pilar trató de no negar con la cabeza, tal y como le pedía su cerebro, al entender que, aunque era protocolario, no encontrarían nada por ahí. Aquel chico estaba limpio en ese sentido.

—Por cierto —intervino Martín—, hablando de priorizar, ¿podríamos adelantar la autopsia a hoy mismo, por la mañana?

El juez tampoco se pensó demasiado esto.

—Por mí, vale. Cuanto antes acabemos con esta locura, mejor.

Estuvieron intercambiando durante un rato más impresiones mientras los técnicos del laboratorio volvían para continuar con la inspección ocular.

Pasado un tiempo, decidieron que lo mejor era irse de allí y dejarlos hacer. Su presencia ya no aportaba nada.

De camino al coche que los había llevado a ese punto, Pilar no pudo evitar lanzarle la pregunta a su hermano.

—Te conozco como si fuera tu hermana, así que sé que sigues pensando que los dos crímenes no tienen nada que ver entre sí.

—Pues sí que parece que me conoces, sí.

—Obviando que no tienes ni puta idea, ¿me puedes explicar entonces porque no has querido dejar las veinticuatro horas de rigor para la autopsia?

—Precisamente por eso. Porque te veo a ti, al capitán, al juez... a todos; os veo con la tontería y os la quiero quitar cuanto antes. Me da igual lo que haya pasado aquí. Si acaso esto fuera un asesinato, que no lo sabemos, son dos casos distintos y que no tienen nada que ver. Ya veréis como me acabáis dando la razón.

Pilar fue a responderle cuando la voz del capitán se lo impidió. Venía detrás de ellos con paso apresurado.

—¡Sargento!

Martín se paró en seco. Su hermana lo imitó.

—¿Sí, mi capitán?

—Tengo ahora —miró su reloj—, en una hora, un puto operativo con los de antidroga. Nada demasiado allá, pero tengo que intervenir. Después de eso, necesito que vaya a mi despacho con la mayor urgencia posible.

Martín se quedó mirando fijamente a su superior. No eran sus palabras, era su cara la que le preocupaba.

—Capitán, me está usted asustando.

—Más asustado estoy yo. No falte.

Y continuó andando hacia el coche que lo había traído, dejando a Martín con un nudo en el estómago y a Pilar mirando a su hermano muy preocupada.

# Capítulo 10

*Miércoles 27 de junio. 10:36 h. IML. Almería..*

Nada más abrirse la puerta del ascensor, Pilar tomó aire.

Como siempre hacía ante cualquier gesto que pudiera ser interpretado como una pequeña debilidad, miró por el rabillo del ojo a su hermano para ver si se había percatado de éste.

Ella nunca le había hablado de su claustrofobia. En realidad, ni a él ni a nadie. Siendo justos, tampoco es que lo considerara un problema mayor, ya que el grado en que la padecía no era demasiado elevado. No en comparación con esas personas que no montarían en un ascensor ni por todo el oro del mundo.

No, no era así.

En su caso lo pasaba mal. Los pensamientos de que la puerta no se abriera, de que ella se quedara ahí dentro y de que el aire se agotara en un par de minutos rondaban por su cabeza, aunque al menos podía introducirse en aquellas cajas metálicas sin terminar por arrancarse todo el cabello de la cabeza. No recordaba el momento exacto en que comenzó a pasarlo mal en espacios cerrados; sin embargo, lo que sí tenía claro es que no siempre había sido así, porque en Leganés vivían en un quinto y de pequeña subía sin ningún reparo en un diminuto ascensor destartalado todos los días. No pudo evitar pensar en un dicho que su tío lanzaba cada vez que tenía oportunidad y que no podría ser más acertado:

«Según nos hacemos mayores, nos volvemos más gilipollas».

Hacían falta más tazas con esa frase y menos con eso de que la vida es bella.

Cuando quiso darse cuenta, ya estaban entrando en la antesala de autopsias. La doctora Naera los esperaba con esa sonrisa que llegó a pensar que estaba esculpida en su rostro, pues no recordaba a nadie que sonriera tan expresivamente y tan bonito, todo había que decirlo.

Su hermano no sonreía. De hecho, Martín había estado casi callado desde que abandonaron el lugar del crimen. Después de esto, fueron directos a un bar a tomar algo para desayunar en miras de ir para la Comandancia acto seguido, pues era una tontería regresar a casa. Todavía no era la hora de entrar a trabajar, pero faltaba poco.

Al llegar no cambió la cosa, qué va. Él se fue directo hacia su despacho, donde cerró la puerta, y no volvió a salir hasta que fue a buscarla para decirle que había llegado la hora de ir al Instituto de Medicina Legal. Iba a comenzar la autopsia.

Pilar, que lo conocía demasiado bien, sabía que estaba comido por los nervios tras las últimas palabras del capitán jefe. Y, claro, que el operativo que se preveía corto se estuviera alargando tanto y su superior todavía no hubiera llegado a Comandancia cuando ellos montaron en el coche, no ayudaba a que decreciera el estado nervioso del sargento.

Hacía mucho, demasiado quizá, que no lo veía así. Puede que la lucha interna que llevaba entre lo que quería creer y lo que de verdad apuntaba el caso, le estuviera pasando factura.

Aunque esto último no lo entendía demasiado bien.

¿Qué más daba que los crímenes fueran independientes entre ellos o que los hubiera cometido

una misma persona?

Su papel era el mismo: detener al o a los delincuentes. Punto. Además, que tampoco ella intentaba decirle que pensaba que estaban ante un asesino en serie. Ni mucho menos. Eso eran palabras mayores y tenían que darse una serie de factores que probablemente no se acabarían dando. No todo era negro o blanco. Había muchos tonos de gris y Pilar estaba convencida de que su hermano caminaba sólo por los extremos.

En cuanto pudiera, hablaría con él. Ahora lo importante era conocer los detalles que rodeaban la muerte de la chica encontrada hacía sólo unas pocas horas. Quizá después de esto se quedara algo más tranquilo.

—Hola, guapísimos, menuda semana llevamos, ¿eh? —dijo a modo de saludo la sonriente doctora. Que también hablara así a Pilar les sorprendió a ambos. Aunque gratamente, la verdad.

—Hola, guapa —contestó su hermano. Al parecer no había perdido la capacidad para hablar—. La verdad es que sí. Aquí, lo mismo tenemos una muerte violenta cada dos meses que nos pasa esto... Adoro Almería.

—Ya, ya... Te veo preocupado. ¿Es por esto?

—Yo qué sé ya... puede que sí... Es que me mosquean mucho dos muertes similares en tan poco tiempo. Mi cabeza va de un lado para otro y ya no sé ni qué pensar.

—Vale, te entiendo. Algo parecido he sentido yo cuando he recibido la orden por parte del juzgado para que empecemos con la autopsia veinticuatro horas antes de lo habitual. Esto no suele pasar mucho si no es alguien de las altas esferas, y parece que en este caso no lo es. Pero, antes que nada, déjame tranquilizarte. He echado un vistazo así, por encima, y hay detalles que me han quitado ideas raras de la cabeza.

—Espera, espera —a Martín le cambió la cara, como si esas palabras de la doctora fueran justo las que necesitaba oír—. ¿Me estás diciendo que te has saltado tu regla de entrar virgen a la autopsia?

Ella rio abiertamente.

—¡Pues tú verás! Cuando una recibe un aviso de este tipo se caga entera. Me gustaría lo mismo que a ti tener un asesino en serie pululando por estas tierras, pero me temo que en este caso no es así. El chico ése de tu Comandancia ya ha hecho la IO bien temprano, por lo que ya podemos proceder.

Tras asentir el sargento, los tres se vistieron para entrar y lo hicieron.

Nada más pasar, Pilar se fijó en un detalle que le llamó mucho la atención. La doctora podía cantar misa, pero quitando que el otro cuerpo estaba bastante desfigurado y éste todavía no porque el tiempo transcurrido desde la muerte parecía mucho menor, ambas mujeres tenían un cierto parecido. Así acostada era difícil de decir, pero no mediría más de un metro sesenta. Su piel, a pesar de la evidente pérdida de color tras la muerte, se veía oscura, más de lo habitual y su pelo, enmarañado, se mostraba de un negro total, como en la anterior víctima. Como la mujer se encontraba en la parte baja del talud y la zona era un tanto impracticable, Pilar no la había podido ver bien hasta ahora y este detalle no lo sabía.

—Entiendo que estéis alucinando como me ha pasado a mí al verla —comenzó a hablar la doctora—. El detalle de que sean parecidas físicamente me ha puesto los pelos de punta en cuanto he entrado, lo reconozco. También es verdad que venía con las orejas tías y justamente llegaba buscando cosas como esta. Pero tranquilos, que sin querer meterme en camisa de once varas os cuento por qué pienso que son dos crímenes cometidos por personas diferentes. Venid.

Pilar y Martín obedecieron. La doctora los llevó a la zona en la que podían observar la parte

alta de la cabeza de la víctima. Su pelo aquí se veía más enredado y cubierto de un líquido negruzco.

—El cadáver presenta un traumatismo craneoencefálico severo, según observo. Podríamos pensar que se podría haber producido por el impacto de la caída, aunque, ¿veis esto de aquí? —ella le apartó ligeramente el cabello dejando al descubierto la imponente herida—. Esto son signos de vitalidad. Evidentemente es hablar por hablar, porque tengo que hacer un estudio microscópico de los tejidos, pero se ve con mucha claridad. La herida se produjo cuando aún estaba viva.

—¿Y no pudo caer estando viva y darse el golpe durante la caída? —quiso saber Pilar.

—Claro que podría, bien visto, Pilar. Te puedo llamar Pilar, ¿no? Aunque si prefieres de otra forma...

—No, no. Sin problema. Pilar está bien.

—Bien, pues como te decía, el cuerpo presenta además otro tipo de heridas típicas de la caída, como se puede ver aquí, aquí y aquí —señaló con un bisturí que no le vieron agarrar en ningún momento—. Al igual que con la otra, todo son apreciaciones y tendré que someterlo a estudio, pero estas otras heridas ya no presentan esa vitalidad que refleja la de la cabeza. Se produjeron cuando estaba muerta.

—¿En la espalda tiene? —preguntó el sargento.

—¿Te refieres a heridas de arrastre? —preguntó, a su vez, la forense—. Las tiene, y tampoco presentan vitalidad. Sé que eso también coincide con la anterior víctima, pero sigo pensando en que no la mató la misma persona.

—¿Por lo de la cabeza? —dudó Martín.

—En realidad por eso y por lo más evidente, que no me lo habéis preguntado todavía y me estáis decepcionando. ¿Os habéis fijado en su cuello?

Martín y Pilar lo hicieron. Enseguida comprendieron lo que quería decirles la doctora.

—Hostia, es verdad. No tiene marcas... —comentó el sargento.

—Ni marcas, ni petequias, ni cianosis... No murió por asfixia, como la anterior. Sé que me repito más que el ajo, pero insisto: tendré que mirar muchas cosas más, aunque me atrevería a decir que murió por el impacto en la cabeza, por el traumatismo. Faltará ver con qué le dio; sin embargo, yo tengo pocas dudas ya...

—A ver, vamos a calmarnos —dijo Martín, mostrándose todavía un poco escéptico—, entiendo que la forma de matarlas es distinta, pero es que, míralas: son igualitas, coño.

—Sí, sí. En eso estoy de acuerdo, pero vamos, que tiene que ser una casualidad. A ver, Pilar, Martín me dijo que habías estudiado Criminología. ¿Es así?

Pilar entonces sí que no pudo ocultar su sorpresa. ¡Su hermano le había hablado de ella a la doctora! Eso podría ser considerado como algo bueno, ¿no? Rápidamente se alejó de todos estos pensamientos y contestó a la forense.

—Sí, estoy graduada en Criminología y Psicología.

—Mejor todavía. ¿Qué nos indica una asfixia con las propias manos en el cuello?

—Afecto. Se suele asociar al vínculo afectivo, aunque no siempre es así.

—Pero sí en general.

—Sí, así es.

—¿Y qué más?

—Bueno, por lo general la muerte por estrangulamiento manual se atribuye a un acto premeditado por parte del agresor.

—Correcto, Pilar. ¿Y qué es todo lo contrario a este tipo de actos premeditados?

—Uno impulsivo.

—¿Como por ejemplo?

Pilar se quedó parada. Ya sabía a lo que se refería la doctora.

—Como por ejemplo un traumatismo craneoencefálico. Suelen ocurrir de manera improvisada y producto de algo tan simple como una fuerte discusión —se acercó a la cabeza del cadáver—.

Doctora, ¿este traumatismo podría haber sido causado por una piedra?

La forense se limitó a asentir. No es que le estuviera diciendo que había sido así, sino que podría.

Pilar miró a su hermano.

—Mi sargento, la doctora tiene razón. El asesinato del otro día fue cometido por una personalidad fría, calculadora. No quiero decir que un psicópata, pero podría ser. Éste en concreto parece haber sido cometido por todo lo contrario, por alguien que se ha dejado llevar por un momento psicótico. Tampoco digo que la persona que lo haya cometido sufra de esto, pero que en el momento de la muerte sí se ha dejado llevar, parece que sin duda. No pueden ser la misma persona. Criminológicamente no se puede actuar de las dos formas.

Martín se sintió tentado a contestar por dónde se pasaba él lo criminológico, que se dejara de tonterías psicológicas y se centraran en los hechos *per se*, pero en el fondo algo le decía que su hermana no se equivocaba y que lo que le contaba tenía una lógica aplastante.

Así que decidió respirar tranquilo.

—Bien —dijo al fin—, perfecto. Partamos entonces de la premisa de que tenemos dos homicidas. ¿Hay algo que nos pueda acercar a ellos?

—Sabes que todavía no. Ahora nos queda un trabajo largo y tedioso. Todavía no tengo ni siquiera el informe definitivo de las muestras histopatológicas ni de tóxicos, ya que pedí uno completo en Sevilla y tardará unos días. Y con ésta, igual. Lo que sí te puedo decir es que, teniendo en cuenta el tipo de *rigor mortis* que presenta el cuerpo, podría estimar una hora de la muerte: rondaría entre la una y las tres de la mañana de la noche anterior.

Tanto Martín como Pilar se hicieron una composición mental aproximada, cada uno a su manera, de cómo había sucedido todo y de cómo había acabado esa chica ahí.

Lo cierto era que, aparte de lo que les acababa de contar la doctora, poco sabían de la nueva víctima y ahora tocaba averiguar cuanto pudieran acerca de ella. Con Carmen María no habían tenido demasiada suerte todavía, pero quizá con ésta sí que hallaran algo que les hiciera entender lo que le había sucedido. Sergio y Rafa ya deberían tener algo en firme sobre su identidad, tanto positivo como negativo.

*Miércoles, 27 de junio. 12:12 h. Comandancia de la Guardia Civil, Almería.*

Martín dio órdenes a Pilar de poner en conocimiento al resto del equipo las conclusiones obtenidas en el Instituto de Medicina Legal mientras él se dirigía a Laboratorio para saber qué tenían los técnicos, porque algo tendrían.

Cuando entró, se encontró con los dos hablando entre ellos. Por el gesto de sus caras, el sargento entendió que precisamente comentaban los datos obtenidos.

—Muy buenas, chicos —dijo a modo de saludo—. Sorprendedme.

—Buenos días, sargento —Rafa fue el que habló—. Supongo que lo más importante es la identidad de la víctima, así que pasamos directamente a eso. Las necros nos han arrojado un resultado positivo.

Martín echó la cabeza hacia atrás y respiró aliviado. Lo que parecía tan sencillo como tomar las reseñas dactilares a un finado y obtener una identificación positiva en la base de datos no era tan habitual como la gente solía pensar. Más que nada porque, al contrario que lo que muchos creían, las huellas del DNI no se podían usar a la ligera para buscar una coincidencia. El sargento se echó las manos a la cabeza la primera vez que le contaron que sí se podían usar en, por ejemplo, un accidente aéreo para identificar a los pasajeros fallecidos, pero no en un homicidio en el que no se conocía la identidad de la víctima. No, al menos, hasta que un familiar o testigo hubiera hecho una identificación visual positiva —casi nunca de manera directa con el cadáver, sino por sus ropas, tatuajes y otras particularidades— y se dispusiera de un nombre y apellidos concretos para poder hacer una comparación directa con la huella que se guardaba en el Documento Nacional de Identidad. Para él era injusto que muchas personas quedaran olvidadas en cámaras frigoríficas del IML durante equis meses para después ser enterradas en una fosa común por no haber podido ser identificadas debido a la legislación vigente. Pero en el caso de la víctima que ahora les ocupaba habían tenido suerte, al igual que con la anterior, ya que al parecer había sido fichada por haber cometido algún acto fuera de la ley. Por eso Martín, de manera muy exagerada, pensaba que a veces era mejor estar en esa base de datos, aunque no fuera algo honroso, para no acabar nunca olvidado, fueran cuales fuesen las circunstancias.

—¿Y de quién se trata?

—Se trata de Susana Heredia Carmona.

—¿Heredia Carmona?

—Sí, no queremos tirar de topicazos ni de racismo por sus apellidos, mi sargento, pero, en efecto, era de etnia gitana.

—¿Y estaba fichada por?

—Problemas de drogas, mi sargento. Siempre menudeos, aunque había sido denunciada en varias ocasiones ya. También por una pelea con otra prostituta en la zona de Pescadería.

—Aguanta, aguanta... ¿También era prostituta?

—Mi sargento, pensé que lo daba por hecho. Esto claramente lo ha hecho la misma persona que mató a la otra chica, ¿no?

—Pues según la forense no...

—Hostia, mi sargento, dos prostitutas que parecen hermanas gemelas, con problemas de drogas y en tan corto espacio de tiempo...

Martín, que venía convencido de que no era así tras lo que había visto en el IML, ya no sabía qué creer. Sin embargo, volvió esa punzada en el estómago que había sentido por la noche. Tanto Rafa como Sergio se fijaron en el detalle y continuaron hablando para sacar un poco del *shock* a su superior.

—Aparte de esto, mi sargento, tenemos algo interesante: en la parte superior del talud encontramos un preservativo de uso reciente, cerrado y con semen en su interior, además del envoltorio del mismo. Vamos a mandar por vía urgente la muestra a Sevilla para que extraigan el ADN y lo sometan a un cotejo.

—No está mal, pero esto nos puede servir para lo mismo de siempre: para nada.

—Seamos positivos, mi sargento. Llevamos dos de dos en identificaciones en nuestras bases de datos. Quizá...

—¿Había algo más? —le cortó de golpe Martín.

—No, mi sargento. No hemos encontrado la ropa de la víctima, por ejemplo, pero eso también nos pasó con Carmen María. Parece ser que la persona que les ha quitado la vida se la lleva para no dejar rastro.

—Pero sí se deja un preservativo con restos biológicos...

Ni Rafa ni Sergio supieron qué contestar. Martín tenía razón, aquello tenía muy poco sentido.

—Si no lo ve mal, nos vamos a dar otra vuelta por allí para volver a analizar el escenario. Estoy seguro de que no queda nada digno de mención, pero ya nos hemos encontrado otros casos en los que una segunda vuelta ha sido determinante.

Martín asintió.

—Id. Luego me contáis. Y en cuanto tengáis noticias de Sevilla me lo contáis también.

—Vale, mi sargento, pero por toda la prisa del mundo que les metamos, mínimo tardarán un par de días. Ya sabe cómo funciona.

—Sí, lo sé —afirmó malhumorado mientras salía del laboratorio.

Comenzó a andar por el pasillo con la cabeza loca con tanta ida y venida de ideas disparatadas que le rondaban. Tanto era así que había olvidado el requerimiento del capitán jefe de hablar con él en cuanto regresara del operativo, hecho que recordó cuando pasó por su puerta y la vio entreabierta.

Asomó la cabeza con cautela.

Su superior estaba sentado tras la mesa con las manos sobre la cabeza. Justo en ese momento soltaba una gran cantidad de humo de un cigarrillo que tenía a medio consumir sobre el cenicero.

Martín golpeó levemente con los nudillos.

Su superior levantó la cabeza, asustado, pero le instó a pasar al comprobar que era él.

—Toma asiento, por favor.

El sargento obedeció.

—¿Cómo ha ido el operativo, mi capitán? —preguntó Martín para romper el hielo, ya que el capitán se veía tenso de verdad.

—¿Eh? —respondió algo ensimismado.... Bien, bien... Al final se ha torcido un poco, pero nada que no hayamos podido solucionar sin pegar un tiro. Aunque si hubiera sido por mí...

—Capitán, le veo jodido por algo y me estoy empezando a asustar.

Él lo miró con unos ojos que el sargento nunca había visto antes. Eran algo así como una mezcla entre estar implorando y al mismo tiempo queriendo mantener el tipo de algún modo.

—La cosa está mal, Martín, muy mal.

Y tanto que debía estarlo para referirse a él por su nombre de pila de esa manera.

—Tengo que enseñarte algo —añadió al tiempo que se levantaba de su asiento y se dirigía a la estantería que tenía al lado de la mesa. En la parte inferior del mueble había dos armarios no demasiado grandes, pero sí lo suficiente como para guardar varias pilas de documentos.

Comenzó a hablar al tiempo que se agachaba y extraía de su bolsillo un manojo de llaves para poder abrir ese armario, pues estaba cerrado con pestillo.

—No sé si recuerdas al anterior capitán jefe, Martín.

—Claro, mi capitán, no sé qué fue de él, pero se llamaba Manuel *algomás*, ¿no?

—Sí, Manuel Pérez. Está jubilado. Era... bueno, es, porque sigue vivo, un hombre muy

reservado. Yo traté muy poco con él cuando me vine para acá. Apenas hablaba y se pasaba el día aquí encerrado. Pero eso no es lo que importa. Cuando llegó la hora del traspaso de despacho me dio esta llave en mano y me contó que aquí dentro había cosas importantes. En cuanto me instalé en el despacho, lo primero que hice fue echarle un vistazo. Y esto fue lo que me encontré.

Abrió el armario y dentro de él, entre otras cosas, Martín vio dos archivadores blancos de gran tamaño de los que asomaban cientos de papeles mal ordenados.

—Martín —el capitán se giró hacia él y lo miró a los ojos—. ¿Conoces la operación Índalo? El sargento negó con la cabeza.

—Pues prepárate, porque lo que te voy a contar te va a dejar sin habla. Y te voy anticipando que tenemos a un puto asesino en serie muy peligroso haciendo de las suyas.

# Capítulo 11

*Miércoles 27 de junio. 13:26 h. Despacho del capitán jefe. Almería..*

Después de la última afirmación del capitán jefe, Martín sentía que el aire no le llegaba a los pulmones como hacía un rato. No sabía en qué se basaba para lanzar semejante rotundidad, pero conocía lo suficiente a su superior como para saber que no iba a afirmar algo así de manera gratuita y sin estar seguro de ello.

Quizá por eso le temblaban hasta las pestañas.

¿Cómo que un asesino en serie?

¿Y eso cómo se comía?

¿Cómo se enfrentaba uno a un caso así?

Al contrario de lo que muchos piensan, en parte por culpa de la ficción, que un investigador se tope alguna vez en su vida con un asesino en serie es algo totalmente excepcional. Algo tan raro que Martín podía contar con los dedos de una mano los casos reales acontecidos en España en los último diez años y aún sobraría alguno.

Tragó saliva y esperó a que el capitán dejara sobre la mesa los dos grandes archivadores blancos. En el lomo de cada uno de ellos, escrito a boli de manera rudimentaria, se podía leer el nombre que hacía tan sólo un par de minutos le había revelado su jefe: *Operación Índalo*. No había nada más que indicara qué había en cada uno de aquellos cartapacios.

En un primer momento, Martín no quiso ni tocarlos. Era como si tuviera miedo de que se quemaran al sujetarlos entre sus dedos.

Fue el capitán quien, tras tomar asiento, cogió uno de los dos archivadores y extrajo la maraña de papeles que había dentro.

—Antes de nada, te advierto que lo que hay aquí, como ves, es un puto desastre. Yo lo he ordenado algo estos días, pero hay tanto que es imposible. Es todo lo que tenemos acerca del caso y es un maldito caos.

—Pero... ¿tanto papel? ¿Para qué tenemos los ordenadores?

—Mejor que empecemos por el principio, Martín. La operación Índalo no es una investigación reciente, por decirlo de algún modo. Si te fijas, todo está redactado con máquinas de escribir. Ocurrió durante la época de los 90.

La cara del sargento tras escuchar esto fue todo un poema.

—Sí —el capitán comprendía la extrañeza de su subordinado—. Lo sé. Hace mucho. De hecho, el primero de los asesinatos, que se sepa y esté confirmado, ocurrió hace más de treinta años, en 1989. Se cree que pudo haber alguno antes, pero los medios de entonces no eran los de ahora y no les era fácil relacionar unas cosas con otras, así que no se sabe. Voy a intentar contártelo bien: en el año 89, como te decía, se encontró el cuerpo sin vida de una muchacha, cuyas iniciales son M. C. H. A. En un primer momento no se dio demasiada importancia al caso, sobre todo cuando descubrieron a lo que se dedicaba la chica, que como imaginarás era a la prostitución y a la mala vida que parecía haber llevado hasta su muerte. Está mal, ya lo sé, pero antes no se tenía la misma

consideración con las víctimas que ahora. Estaba todo más... estratificado, por así decirlo. El caso es que la encontraron el 6 de agosto de 1989 en una obra en construcción cerca de una carretera en Vélez-Rubio. Estaba desnuda y no se localizó ninguna prenda de su ropa en las inmediaciones.

—Así es como hemos encontrado hoy a Susana Heredia Carmona...

—¿Así es como se llamaba la de hoy?

—Sí, no le he dicho nada, pero Sergio y Rafa ya la han identificado gracias a las necros. Sabemos, además, que se dedicaba también a la prostitución, posiblemente en Pescadería.

—Joder, macho. Eso no hace más que confirmar lo que te estoy contando. Déjame seguir y ahora vamos sacando conclusiones.

El sargento asintió.

—Bien. Como te decía, no se encontró la ropa cerca. Sus rasgos físicos eran: pelo moreno, piel morena también y un metro cincuenta y cuatro de estatura. Después se supo que había tenido varios problemas con drogas. Fue estrangulada. ¿Te suena?

—Claro, así encontramos a Carmen María.

—Exactamente.

—Hay una cosa que no entiendo. Coincido en que hay demasiadas similitudes, aunque la doctora Naera nos ha dicho hace un rato que por la forma de actuar podrían ser dos personas distintas las que han actuado, sobre todo por cómo murió ésta segunda.

El capitán jefe negó con la cabeza.

—El caso en sí ya debería preocuparme, pero ¿quieres que te relate cómo encontraron a la segunda víctima?

—Claro.

—Pasaron tres años. Esto ocurrió el 7 de marzo de 1992. El cadáver de una mujer completamente desnuda apareció en la parte baja de un talud de treinta metros de altura en una zona de apartamentos en construcción de la urbanización de Almerimar.

Al escuchar esto último Martín sintió que se le secaba la boca.

—Sus iniciales —siguió el capitán— eran M. J. M. B. y tenía veintiocho años de edad. Aunque era natural de Granada, en esos momentos vivía en Roquetas de Mar. Era de etnia gitana y se la describe con piel morena, pelo moreno y una estatura que rondaría el metro cincuenta y cinco. No se encontraron prendas, pero ¿sabes lo que sí había en la parte alta del talud?

—Por favor, mi capitán, no me diga que un preservativo porque me está entrando ahora mismo una fiebre terrible.

—Pues ya puedes ir tomándote algo, porque sí. Se encontró un preservativo con semen dentro, con su fundita al lado.

Martín no pudo decir nada más. No le salían las palabras. Los hechos hablaban por sí solos.

—Habéis estado en la autopsia, ¿verdad? —preguntó el capitán.

—Sí, mi herm... la guardia Egea —rectificó— y yo.

—¿La causa de la muerte ha sido un fuerte traumatismo en la cabeza?

El sargento movió la cabeza en señal de asentimiento a la vez que se mordía el labio. Aquello no podía estar pasando de verdad.

—Pues creo que no necesitamos más para empezar a comprender a lo que nos estamos enfrentando —sentenció su jefe—. A ver, no es que yo sea un lumbreras, qué más quisiera yo, pero desde el mismo momento en el que recibí la llamada advirtiéndonos de la primera muerte, lo vi claro. No es que me haya pasado todo este tiempo deseando que llegara un crimen como éste. En

todo caso he estado preparándome, por así decirlo; pero es que el puto primer día que puse un pie en este despacho como capitán me topé con estas carpetas y aluciné muchísimo. Aunque ¿sabes qué fue, sobre todo, lo que me hizo no poder ni parpadear mientras veía todo esto?

—¿El qué, mi capitán?

—Cuando llegué a la parte en la que se explica que el hijo de puta que sembró el caos durante aquellos años en Almería y que se cree que se cargó, nada más y nada menos, a diez prostitutas, nunca fue atrapado. De hecho, el caso cayó en el olvido y, de no haberme topado con esto aquel día, a instancias del anterior capitán, nadie sabría que había ocurrido.

—Pero ¿cómo es eso posible?

—No tengo ni idea. Por aquí —dijo señalando los papeles—, he llegado incluso a ver que se recibieron órdenes desde arriba para que se pasara del tema. Como ya te he dicho, por suerte ahora no es así, pero antes las cosas estaban demasiado estratificadas y había casos de primera, de segunda y de tercera. Creo que no es demasiado complicado entender que éste era del último tipo. ¿Qué más daba que murieran prostitutas? Eran poco más que la escoria de la sociedad, así que un problema menos. Además, para más *inri*, todas tenían problemas sociales, por lo que todavía se las tenía en peor consideración. He visto algunos recortes del periódico *El Caso* donde se hacía mención a estos asesinatos y apenas hubo ninguna otra referencia en la prensa de aquellos días. Creo que esa es la razón por la que nadie recuerda esto. Almería tuvo un asesino en serie bastante jodido y ya nadie se acuerda. Y eso que lo llamaron el Jack almeriense, por lo de que mataba sólo a prostitutas.

—Aquí veo —comentó Martín ojeando los papeles—, que también se le conoció como «el asesino de los barrancos», ¿no?

—Así es. Como ya vimos el otro día, arrojaba a sus víctimas por barrancos, o taludes, o lugares altos si así se prefiere, después de matarlas.

Martín se echó las manos sobre la frente mientras le daba muchas vueltas a todas las ideas que se le pasaban por la cabeza.

—¿Cómo es posible que durante todos estos años no se haya sabido nada de él y ahora, sin más, haya vuelto? A ver, no sé demasiado de este tipo de psicópatas, aunque sí lo suficiente como para saber que no podría estar en barbecho tanto tiempo y continuar ahora. Además, ¿treinta años después? Eso no puede ser, ¿no?

—Entiendo todas esas dudas. Yo llevo así varios días. No sería tanta la locura si cuando actuó la primera vez, en 1989, tuviera veinte años. Ahora tendría cincuenta y, joder, estaría en plenas facultades para seguir. Lo de tanto tiempo desaparecido sí que me escama, porque tienes razón en eso. Yo le he dado muchas vueltas y podría ser que se hubiera largado de Almería en 1996, que es el último crimen del que tenemos constancia. Eso significaría que podría haber seguido matando, que sería lo normal, sólo que en el lugar en el que se encontrara, que no sabemos cuál es. Voy a intentar cruzar datos para ver qué puedo rascar, pero ya has visto que ni esto lo teníamos informatizado, así que no sé yo...

—¿Y no se sospechó absolutamente de nadie?

—A ver, a pesar de que se recibían órdenes de que se pasara del tema desde arriba del todo, desde Madrid, aquí parece ser que por entonces había buenos compañeros que no lo dejaron y se dedicaron a seguir haciendo su trabajo. Se llegó a sospechar de un funcionario de prisiones de Granada, aunque ya digo, las presiones... Además de eso, se llegó a detener a un camionero alemán en el año 2006. Se dice que mató a varias prostitutas a las que montaba en su camión y se llevaba lejos para cometer estos asesinatos. Él mismo reconoció haber pasado por la zona; sin

embargo, lo que me escama del asunto es que admitió cinco crímenes, algunos de ellos en Cataluña, pero nunca llegó a reconocer éstos de Almería. ¿Por qué unos sí y otros no?

—Porque no fue él.

—Exacto. No estamos en posición de asegurarlo, aunque podríamos pensar que no lo fue. Sobre todo, si esto está volviendo a pasar.

El sargento tomó aire lentamente por la nariz para expulsarlo después por la boca.

—De todos modos, mi capitán, si me permite el atrevimiento, creo que la persona que está actuando ahora no es la misma que hace treinta años.

—¿Lo dices porque parece que, más que continuar, imita al otro?

—Así es.

—Sí, a ver, es otra de las hipótesis que he pensado. Y hasta podría ser la que más consistencia tuviera. Ése es nuestro trabajo ahora. Es verdad que no se ha hablado mucho del tema, pero de vez en cuando algún periódico ha lanzado de forma *online* algún reportaje que habla de estos viejos casos. En cierto modo está a disposición de todo el mundo en Internet, por lo que no sería tan descabellado que un descerebrado se hubiera puesto a imitar a aquel asesino, aunque hay un detalle que no me encaja.

—¿Cuál?

—Muchas cosas trascendieron en su momento y no es tan difícil conocer varios de los detalles, pero, por ejemplo, lo del preservativo es algo que únicamente está en nuestro atestado de inspección ocular. No salió en ningún medio. Y si conoce ese detalle es porque ahí hay algo más. Y eso es lo que tenemos que averiguar.

—Comprendo, mi capitán.

—Vale, pues aquí tienes toda la documentación del caso. El problema es que, de las diez probables muertes, sólo cuatro nos pertenecieron a nosotros. Las otras seis son de los maderos y no sé hasta qué punto querrán colaborar con nosotros. Cuando yo encontré el caso, me fui directo a ellos y se mostraron muy recelosos. Aunque de eso ya hace algún tiempo. Ahora hay otra gente y podrían ayudarnos. Bueno, que me voy por las ramas. Revisad todo lo que hay aquí y, por favor, encontrad a ese hijo de puta. Me da igual que sea el mismo de antes o un imitador, pero esto tiene que parar ya.

—A sus órdenes, mi capitán.

Martín se levantó y, cuando se disponía a tomar los papeles que había encima de la mesa para meterlos de nuevo en el archivador, fijó su mirada en uno de los documentos que resumía las muertes de las mujeres ocurridas en esa época. A lápiz, sobre la primera, que estaba escrita a máquina, había otra redactada a mano.

La leyó por encima y frunció el ceño.

—¿Ésa anotación a lápiz qué es?

—Creo que ésta la añadió el anterior capitán jefe. Supongo, no lo sé. El caso es que no está confirmada ni añadida oficialmente a la operación Índalo, pero él creyó que debía de ser así.

—¿Y si lo fuera?

—¿A qué te refieres?

—A que necesito comprobar una cosa. Aquí veo que fue encontrada un año antes, en 1988, en un vertedero de Purchena.

—Sí, eso pone.

—Pues creo que vamos a poder confirmar si se trata de un imitador y, en caso de ser así, de cuánto conoce el caso original. Me voy a ese vertedero, quizá nos llevemos una sorpresa.

*Miércoles, 27 de junio. 15:38 h. Terreras de la Campana, Purchena, Almería.*

No fue tan sencillo encontrar el vertedero en cuestión como en un primer momento supuso el sargento. El ayuntamiento de Purchena no le cogía el teléfono para darle la información y, cuando consiguió hablar con el Puesto de la Guardia Civil del municipio, al principio no obtuvo una respuesta para lo que necesitaba. Dio gracias a que el guardia que le atendió fue un poco avisado y acudió a buscar a uno de los veteranos, que en este caso sí que ayudó a Martín.

La razón de que el más joven no tuviera ni idea de lo que le hablaba el sargento se debía a que el vertedero al que se refería hacía muchos años que había cerrado como tal, por lo que ahora ni siquiera se conocía por su nombre a la zona donde había estado emplazado.

Esto, en principio, desanimó algo a Martín a la hora de seguir con su búsqueda, pero en su cabeza había un *nosabíaexplicarbienqué* que palpitaba y le advertía que tenía que seguir tirando de ese hilo.

¿Puede que fuera su intuición?

No lo creía, o no lo quería creer porque se suponía que él no gastaba de eso. Esas cosas eran más propias de Pilar. Él se ceñía a los hechos físicos, a los materiales, no a las corazonadas estúpidas que no solían llevar a ninguna parte. Pero el problema era que ese palpito cada vez resultaba más intenso, así que no lo pensó más y fue a buscar a la cabo.

Prefirió no decir a Pilar todavía nada sobre lo que había charlado con el capitán en su despacho. No era que no quisiera darle la razón con ese primer impulso que la llevó a asegurar enseguida que tenían «algo más» detrás del asesinato de la primera prostituta; era que necesitaba ordenar sus ideas antes de desatar el torbellino Egea en el que se convertiría su hermana.

Durante el trayecto le relató a Cayetana todos los detalles y ésta no pudo disimular su sorpresa. Y en alguien tan inexpresivo como ella aquello era mucho, muchísimo.

—¿Qué piensas? —quiso saber Martín después de contarle todo mientras iban a su destino.

—Pienso que todo esto es una maldita locura y que no voy a opinar hasta que vayamos viendo cómo evoluciona el caso.

Cayetana era de las suyas.

Al llegar al paraje, situado a la altura de la A-334, dos parejas de guardias los estaban esperando. Uno de ellos llevaba una gran cizalla en la mano y otro la orden emitida por el juez para que pudieran acceder a los terrenos municipales en cuestión sin problemas.

Nada más mirar la valla que rodeaba el lugar, corroída en casi todos sus puntos, con agujeros considerables en una buena parte y con trozos de alambre caído casi por completo en uno de sus lados, comprendieron que no les hacía falta la cizalla.

Cuando Martín y Cayetana miraron el antiguo vertedero, no entendieron demasiado bien en qué se diferenciaba de antaño, cuando se suponía que estaba en activo. De haber podido pesarlos, habrían comprobado que ahí había apiladas toneladas de escombros y de basura.

—Mucha gente viene todavía por aquí a tirar su mierda —dijo uno de los guardias al acercarse

a los dos investigadores—. Esto se pena bajo multa, pero a la gente le suda la polla todo. ¿Puedo preguntarles en qué podemos ayudar, mi sargento?

—Lo que les voy a comentar es algo extraño, lo sé, pero buscamos el cuerpo de una mujer.

La cara de los cuatro guardias cambió por completo. Habrían esperado cualquier respuesta excepto esa.

El que había tomado la voz cantante fue el que habló.

—Perdone, mi sargento, esta es una demarcación tranquila, casi nunca tenemos problemas. No pongo en duda lo que dice, pero...

—Pues si no lo pone en duda, vamos a dejarnos de chácharas y al lío.

No dijeron nada más y se dispusieron a rastrear la zona. Cuando Martín se hizo una composición mental acerca de cómo podría ser el terreno, no imaginó que el antiguo vertedero abarcaría tanto. Como eran seis personas, lo ideal era dividirse para poder cubrir más zonas. Y así lo hicieron.

El método elegido, y que coordinó el sargento, fue el de rastreo lineal. Se solía usar tanto en inspecciones oculares complicadas como en búsqueda de cuerpos en casos de personas desaparecidas y con sospecha de accidente.

Como el terreno era amplio, se separaron lo suficiente como para que cada uno tuviera un espacio considerable a rastrear. A la orden de Martín, los seis comenzaron a caminar lentamente mirando el suelo en todas direcciones, como si cada uno tuviera decenas de ojos en la cara.

El suelo que pisaban se complicaba o mejoraba con cada metro andado. Bolsas de basura con más años que el propio sargento se entremezclaban con trozos de construcción derribada y con la vegetación que había ido creciendo allí con el paso de los años. A esto ayudaba el nivel de descuido que sufría el lugar.

Martín caminaba con cuidado de no caerse en aquel terreno tan irregular por tener ocupada la cabeza con tantos asuntos que no se reconocía a sí mismo. Las ideas lógicas pugnaban a muerte con las disparatadas en una lucha interna que no recordaba haber sufrido jamás. Por momentos sentía el impulso de largarse de allí, pues empezaba a parecer que estaba haciendo el canelo, ya que no había nada en firme que le indicara que ese lugar volvía a ser escenario de un crimen. El caso ya era suficientemente escabroso como para que él lo fuera retorciendo mucho más.

Por todo lado, había cierto sector de su cerebro, ni idea de cuál, que lo mantenía alerta para hallar en cualquier momento algo que le indicara que estaba en lo cierto y que de vez en cuando había que hacer caso a las corazonadas. Ese sector de su cerebro no tenía tanta fuerza como lo que él consideraba el pensamiento racional, pero sólo el hecho de sentirlo, cuando nunca antes en la vida se había visto a sí mismo implicándose emocionalmente de aquella forma en un caso, ya era suficiente para su desazón.

¿Sería el principio de un cambio en su dinámica?

¿Dejaría de lado esa apatía con la que afrontaba cada día su jornada laboral?

¿De verdad necesitaba algo tan macabro para sentirse interesado por la labor que desempeñaba?

Imbuido en estos pensamientos, no se dio cuenta de que ya habían analizado, por decirlo de algún modo, la mitad del terreno a cubrir.

Y como la lógica le decía, allí no aparecía nada fuera de lo común.

Evidentemente, ya que se ponía, no iba a dejarlo estar, aunque no hallara nada en un primer vistazo. Movilizaría los recursos necesarios para que se hiciera una inspección más minuciosa, pues el cuerpo podría estar enterrado bajo un montón de escombros y eso dificultaría su hallazgo.

Pero esta inspección la tenía que hacer sí o sí para calmar su conciencia.

Aun sabiendo que se podía partir los dientes por no mirar por dónde pisaba, giró la cabeza y observó a Cayetana. Martín quizá le tenía tan alta estima porque le parecía una extensión de sí mismo, sólo que mucho más profesional que él, ¿dónde iba a parar!

En todo lo demás, se parecían muchísimo. Y muchas veces, cuando no sabía ni él mismo qué pensar, le gustaba mirarla porque lo que ella reflejara en el rostro expresaba muchas veces lo que él sentía. Así que quizá ahora, mirándola, viera escrito si estaba haciendo bien o no al empeñarse en esa búsqueda. Pero ella estaba inexpresiva. Si acaso, concentrada en no dejarse nada sin registrar de todo lo que sus ojos eran capaces de recorrer.

El sargento volvió a centrarse en lo suyo, cada vez con la idea más apagada de que estaban haciendo algo productivo para el caso.

Un grito hizo que esa parte del cerebro preparada para reaccionar ante cualquier alarma se activara de golpe.

Miró hacia su derecha.

—¡Aquí, mi sargento!

Martín olvidó que el terreno que pisaba era propenso a invitarle a besar el suelo e intentó correr torpemente hacia la zona en la que el guardia agitaba los brazos como si se hubiera vuelto loco.

Cayetana lo imitó. Los otros no reaccionaron del mismo modo, pero quizá fue porque ni sabían lo que podía significar el hallazgo del cuerpo en ese antiguo vertedero.

No sin dificultad, tanto el sargento como la cabo llegaron al punto desde donde el guardia les reclamaba. Él no estaba justo al lado de su hallazgo, más que nada porque en un acto bastante inteligente prefirió no acercarse al lugar concreto: si el sargento estaba en lo cierto, aquello se iba a convertir en el escenario de un crimen y el guardia no quería contaminar más aquello con su presencia. Ya era bastante complicado trabajar allí.

Pero sobre todo no se acercó porque no hacía falta hacerlo para contemplar con toda claridad que ahí había algo que no debía estar.

El sargento tomó aire por la nariz sin poder dejar de mirar hacia el punto.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo y buscó en el registro de llamadas el teléfono del capitán jefe.

Apenas un par de tonos y su superior contestó.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó a modo de saludo.

—Me temo que sí, mi capitán. Avise usted a la comisión judicial y prepárelos para un cadáver en avanzado estado de descomposición. Esto es la hostia, mi capitán.

## Capítulo 12

*Miércoles 27 de junio. 17:59 h. Comandancia de la Guardia Civil. Almería..*

Martín vio lo de no tener ganas de comer como lo más normal del mundo.

Era imposible que su estómago se pronunciara después del día que llevaba.

Cayetana fue tajante en este asunto y él no pudo rechistar. Una vez más, se volvió a preguntar quién era subordinado de quién, pues le resultaba imposible negarse cuando ella fruncía el ceño de esa forma.

Así que comió un bocadillo de tortilla de patata con pimientos.

No pudo dejar de reconocer que le sentó bien hacerlo. Su cuerpo quizá no mandara esos avisos rutinarios, pero estaba claro que seguía su ciclo independientemente del estado de su mente. Y eso sí que era un caos. El más absoluto de todos.

Entre las órdenes que el sargento toleraba de la cabo también se encontraba la de no pronunciar una palabra acerca del caso que les ocupara mientras comían, así que seguía sin poder rebajar lo más mínimo el atropello de ideas incongruentes que sufría dentro de su cabeza. En el fondo tenía ganas de reunirse con el equipo para soltarlo todo y darse cuenta él mismo de que la mayoría de cosas que pensaba eran una locura absoluta.

Y allí estaba por fin. Sentado con Cayetana, Héctor, Mariola, Pilar, Sergio y Rafa.

Los cinco últimos lo miraban expectantes. No hacía falta que lo conocieran al nivel de su hermana para entender que la cosa estaba más que bien jodida a juzgar por la expresión que mostraba el sargento en su rostro.

A pesar de que deseaba hacerlo, a él le costó empezar a hablar. No estaba acostumbrado a vivir situaciones de tanta tensión como la que atravesaba en estos momentos, y ese desconocimiento le impedía afrontarla como era debido.

Elevando el estupor de los presentes, decidió levantarse y dirigirse hacia la esquina de la habitación. Allí había una máquina que servía agua caliente o fría, según demanda. Tomó uno de los vasos de plástico y vertió agua fría en él. Se la bebió de un trago y sólo entonces fue consciente de que tenía la garganta completamente seca.

—Estamos muy jodidos —comenzó a hablar al fin, confirmando lo que ellos ya temían—. No sé ni yo mismo cómo contaros esto, pero por más que hemos querido huir de la realidad nos toca lidiar con ella llamando a las cosas por su nombre: tenemos a un puto asesino en serie entre nosotros.

Los rostros de los presentes empezaron a tornarse en gestos que reflejaban muy bien la situación a la que iban a enfrentarse.

Pilar agachó la cabeza y miró hacia la mesa sin poder pestañear.

Su hermano comenzó a relatarles, de forma pormenorizada, todos los detalles que conocía acerca del caso. Para apoyarse en ellos, colocó sobre la mesa los dos cartapacios gigantescos que habían salido del armario del capitán jefe.

Los miembros del equipo, después de escuchar al sargento, tardaron unos instantes en

reaccionar como debían. Lo primero que hicieron, incluso antes de hablar y como si todos hubieran llegado a un consenso, fue comenzar a hojear los papeles de aquellos viejos archivadores para ir haciéndose una idea de lo que había en ellos y de a qué se podían enfrentar.

—Como veis, esto es un caso sin precedentes para nosotros como equipo; sin embargo, ya se ha vivido en esta misma Comandancia. Es difícil de asimilar, aunque cuanto antes lo hagamos, mejor para nosotros y, sobre todo, para las víctimas. La parte positiva, por decirlo de algún modo, es que parece que nuestro homicida está recreando metódicamente los crímenes ya sucedidos, por lo que tendríamos que saber adelantarnos a sus movimientos.

—Pero eso no es del todo cierto, ¿no, mi sargento? —preguntó Mariola para luego seguir—. Si tenemos en cuenta el estado en que dice han encontrado a la mujer de esta tarde, podríamos pensar que murió hace ya un tiempo, ¿no?

—Sí, y es justo como esperaba encontrarlo, según ese resumen de ahí —el sargento señaló con su dedo el papel que había visto antes en el despacho de su superior—. Hace treinta y un años sucedió así también; fue el primero, por lo que está claro que está imitando.

—No, si a eso me refería también yo —insistió Mariola—. Que teniendo en cuenta eso, situándolo cronológicamente sería el primero. Es decir: que el primero lo ha calcado y el tercero también. Pero el segundo, no. ¿No os habéis dado cuenta de este detalle? —preguntó mientras recorría la mirada de sus compañeros.

Todos salvo Pilar, que seguía mirando hacia la mesa sin moverse, pusieron cara de comprender lo que quería decir la guardia Fernández. Tenía razón. Había imitado perfectamente dos de tres, lo que convertía el caso en algo todavía más raro y anormal.

Entretanto, el detalle de que su hermana estuviera como ausente no pasó inadvertido para Martín, que la miraba de reojo de vez en cuando y dudaba de si debía preguntarle en qué pensaba o no.

Si su tío estuviera cerca le habría dicho que no se lo pensara más y que lo hiciera. Y a su tío, por lo general, había que hacerle caso. En casi todo. Pero él no estaba y a cambio sí tenía muy presente el convencimiento de que Pilar la iba a acabar liando cuando le diera por decir que había que entrar en la mente del asesino para *blablabla*.

Estaba perdido y las caras de sus compañeros no es que mostraran la seguridad que él necesitaba en esos momentos.

Así que no lo pensó más.

—¿Quieres aportar algo, Egea? —preguntó, mirando directamente a su hermana.

Ella le devolvió la mirada sorprendida. Claro que quería. Lo que no le apetecía era comerse otra charla de su hermano cuando salieran de allí por haberse, según él, extralimitado en el caso. Aunque él parecía mirarle de una forma sincera, como si de verdad estuviera completamente perdido y necesitara su ayuda.

—Creo que puedo responder a la pregunta lanzada por Mariola —comenzó a hablar—. Lo del segundo crimen puede deberse a dos factores. Uno, que fuera la primera puesta en escena del psicópata, como una prueba para él en la que lo único importante era que el cuerpo se hallara y hacer ruido. Como una tarjeta de presentación. Después de eso se ha ido perfeccionando con la confianza ganada al verse a sí mismo cometiendo ese acto y que de pronto no se le echen encima ni la poli, ni nosotros, ni nadie.

—Pero ya sabemos que eso no es posible —intervino Héctor Espí—, porque el cuerpo del vertedero está allí desde antes de la semana pasada, según describe el sargento.

—A eso iba. Que como no puede ser esa la explicación, tendrá que ser la opción b, que pasa

por que ese segundo asesinato contenga algún tipo de mensaje implícito. Cuando el psicópata es un imitador, roza la obsesión en cuanto a sus puestas en escena. Sobre todo, cuando muestra cierta desenvoltura a la hora de cometer un crimen. Porque la muestra. ¿O me equivoco, Sergio y Rafa?

Ellos negaron con la cabeza. Fue Sergio el que habló.

—Reconozco que esta madrugada he tenido mis dudas cuando hemos encontrado el condón con la funda tirados en el suelo. Pensé que debía ser un tipo bastante torpe para dejar eso ahí, pero entre lo de estos informes que describen justo lo mismo que hemos hallado y que, aparte del semen, el preservativo no tiene ni un solo indicio del que podamos tirar, pues ya lo tengo bastante más claro: el tipo sabe lo que se hace.

—¿No hay nada, ni huellas ni nada en él? —preguntó extrañada la cabo.

—Nada. Absolutamente nada. Y ya me diréis cómo se ha colocado o quitado eso del pene sin tocarlo.

—Por lo que queda demostrado lo que comentaba —dijo una triunfal Pilar, procurando que no se le notara demasiado—. Lo de recrear los escenarios roza lo obsesivo y es lo que se espera frente a este tipo de psicópatas. De ahí que, si la segunda muerte se sale un poco de la escenografía esperada, es porque el acto en sí encierra algún tipo de mensaje oculto.

Todos la escuchaban con atención. Quizá su hermano el que más. Aunque no creía demasiado en las suposiciones que se marcaba Pilar, porque estaban basadas simplemente en lo que otros habían hecho antes alguna vez, reconocía que tenían su aquel y que podían ser dignas de tenerse muy en cuenta.

Pero su lado racional pugnaba contra esta concesión. Algo le decía que, más que un psicópata, lo que buscaban era a una persona con ganas de tocar las pelotas y que, desde luego, a él se las estaba retorciendo a base de bien.

Sin embargo, siendo pragmático, no pensaba decantarse por ninguna de las dos corrientes. Necesitaba tener todas las opciones activas, aunque estuvieran enfrentadas, sobre todo para no dar nada por sentado y meter la pata hasta el fondo. Aunque cada vez se sentía más intrigado por lo que contaba su hermana.

—¿Cómo sabemos que no son dos personas las que están actuando? —preguntó al fin.

—Porque no es nada habitual en este tipo de crímenes. No digo que sea imposible, pero sí muy raro.

—Bueno, si ya hay una posibilidad... —intervino Héctor.

—La hay —sentenció Pilar—, pero para no perder más tiempo en gilipolleces, creo que deberíamos centrarnos e ir a lo seguro.

Martín la miró inquisitivamente. Ella comprendió al instante que se había pasado al expresarse, aunque no pediría perdón.

—Como decía —continuó hablando la guardia—, tenemos que partir de la base de que un tipo, porque creo por su forma de actuar que es un tipo, está recreando el que podría ser uno de los episodios más negros de la historia de Almería. Que ya ha matado, que sepamos, tres veces y que ya nada lo va a detener hasta que consigamos pararle los pies. Que puede ser importante que investiguemos el entorno de las víctimas, pero no crucial, pues sólo las elige por su constitución física: morenas, bajitas y de piel oscura.

—Y con problemas de drogas —añadió Cayetana.

—Y con problemas de drogas —repitió Pilar.

Martín consideró la situación.

—No quiero sonar políticamente incorrecto, pero eso no es que descarte a muchas de las

prostitutas que tenemos aquí, en la provincia... –dijo.

—Lo sé, por eso creo que deberíamos jugar a la prevención basándonos en los movimientos que imita.

Martín fue a responder lo que pensaba, aunque Pilar se adelantó:

—No digo que sólo tengamos que fiarnos de esto. No creáis que es la primera vez que me miran así cuando trato de que se tengan en cuenta los aspectos psicológicos del crimen en una investigación, pero es que siempre os pensáis que esto significa que todo se vaya a basar en eso y sería imposible. El correcto funcionamiento está sujeto a que conviva la investigación policial de toda la vida junto con estos otros aspectos. Ésa es la manera ideal para poder llegar al trasfondo. Si por una vez nos dejamos los prejuicios de lado y hacemos uso de todas las armas disponibles, podremos acabar con esta locura.

Tras las palabras de Pilar, ninguno de los allí presentes fue capaz de decir nada. Al menos de manera inmediata. Como era él quien tenía el bastón de mando, Martín fue el que tuvo que decidirse a hacerlo.

—Está bien. Egea, creo que tienes razón.

—Gracias, mi sargento –respondió sorprendida.

—Bien –continuó hablando su hermano–, actuaremos así: Cayetana y Pilar se ocuparán de los aspectos psicológicos del caso.

—Pero, mi sargento... –objetó la cabo.

—Por favor, no quiero que nadie rechiste porque esto es importante –respondió mirándola a los ojos y observando después que ella acataba aun sin estar demasiado de acuerdo–. Mariola, Héctor y yo nos ocuparemos de lo puramente físico. Lo que hemos hecho siempre, vamos. Sergio y Rafa, me parece que no tengo que deciros nada. ¿Hay alguna posibilidad de que se nos haya pasado algo por alto?

—Mi sargento, claro que puede haberla. Nosotros hemos hecho las cosas lo mejor que hemos podido, pero ya sabemos cómo funciona esto.

—Por eso lo digo. Por favor, revisadlo todo de nuevo y confirmadme que no se nos ha pasado nada.

Ambos asintieron.

—Pues, hala, a trabajar. Sacad las copias del caso que os hagan falta para que todos dispongamos de la máxima información posible. Nos ponemos en marcha.

*Miércoles, 27 de junio. 23:42 h. Cerca de la carretera N-332, Almería.*

Konstyantyn miró hacia el cielo y observó el avión que estaba a punto de efectuar la maniobra de aterrizaje en el aeropuerto de Almería. Pocos sabían que una de las situaciones que le provocaban auténtico pavor era montarse en uno de esos infernales aparatos alados. No tenía del todo claro el origen de su fobia, pero para una persona como él, que había tenido que subirse a distintas aeronaves por necesidad en incontables ocasiones, desde luego era una debilidad un

tanto extraña. Y era algo que no decrecía con el paso de los años y el aumento de las experiencias vividas. Algunas de ellas hasta se podría decir que un tanto demenciales. Lo sabía porque, cada vez que veía uno surcando los cielos, sentía que las piernas le flaqueaban y parecían incapaces de sostener el peso de su robusto cuerpo. Y esto no le pasaba con nada. Ni con nadie.

Quizá por ello le gustaba quedar cerca del aeropuerto cuando su cita se empeñaba en no hacerlo en su lugar de confianza, que no era otro que su club. Puede que, al sentir la amenaza de aquellos siniestros aparatos voladores, sintiera que sus sentidos iban a estar mucho más alerta y así se viera preparado para afrontar cualquier contratiempo que pudiera surgir.

Y, aunque no es que temiera que la persona con la que iba a reunirse pudiera perder los papeles hasta ese punto, lo cierto es que sabía que el sujeto estaba bastante encabronado y era mejor prevenir que curar.

El setenta por ciento de esa prevención se llamaba Denys Holub y estaba a su lado.

Su acompañante le había insistido en que se quedara dentro del Audi A5 hasta que llegara el contrario, pero Konstyantyn no quería mostrarse como un tipo amedrentado que necesitara esperar a resguardo hasta ver que todo estaba controlado.

Si su cita tenía huevos, que intentara algo.

No creyó que estuviera tan loco como él.

Denys miró a su amigo (y jefe) y lo vio sonreír mientras dirigía su atención hacia un punto concreto.

Al girarse comprendió que lo que seguían sus ojos eran las luces de unos faros que se acercaban por la carretera a una velocidad moderada. El giro para meterse hacia la zona en la que ellos estaban sólo le confirmó lo que ya esperaba.

El BMW de color azul oscuro y de líneas majestuosas se detuvo y de él bajaron dos personas. Una de ellas era Mariano el Medialengua, que andaba con su habitual cojera. La otra se dirigió directa hacia el Ruso. En circunstancias normales, Denys se habría interpuesto para que guardara las distancias con su jefe, pero tenía órdenes explícitas de no hacerlo. Konstyantyn sentía mucha curiosidad por cómo se iban a desarrollar los acontecimientos.

El hombre se detuvo frente a él y miró al empresario de la noche directamente a los ojos.

—¿No me estrechas la mano? —preguntó Zalenko extendiendo su brazo.

—Tengo miedo a dártela, que saques un cuchillo y me la cortes de cuajo, Ruso. De ti ya no se puede fiar uno —contestó Francisco García.

Konstyantyn sonrió.

—Si quisiera hacerte algo, sería mucho más ingenioso, querido amigo.

—No me llames amigo.

—Vaya... detecto cierta... hosi... hos... —hizo una pausa para pensar—. ¿Cómo se dice? —preguntó mirando hacia Denys Holub.

Éste se encogió de hombros.

—Hostilidad —dijo Francisco—. Se dice hostilidad. Y si la detectas es porque la hay. ¿Pero tú qué pollas te has creído!?

—¡Eh, eh! —exclamó Zalenko levantando los brazos—. Esa boca. No creo que quieras que se me hinchen los cojones y ponga en marcha la imaginación y, por ejemplo, te saque un ojo con la pluma que llevo en uno de los bolsillos.

—Hazlo si tienes cojones.

—Vaya, nos ha salido gallo el de los mármoles. ¿Cómo te pones tan valiente habiendo venido acompañado por esa mierda? —preguntó, señalando al Medialengua—. ¿Es que entre tus amigos no

había *yonkis* que dieran menos risa que él?

—¿Amigos? ¿Me hablas de amigos? ¿Tú no fuiste el que me dijo en nuestro último encuentro que nosotros lo éramos y que por eso nos íbamos a respetar?

—Yo es que confundo mucho el idioma, todavía no lo entiendo bien. Pero volviendo a eso... ¿Tú me hablas de respeto? ¿Tú?

—¿Qué se supone que he hecho yo?

—Salir de tus mierdas de drogas y meterte en mi terreno. Las putas son cosa mía y tú sigues con tus polvitos blancos y tus camellitos llenos de granos repartiendo hachís. ¿Qué coño te creías? ¿Que no me iba a enterar?

—Mira, rusito, en tu puto país podrías ser el número uno, pero aquí eres una mierda más. ¿Quién te protege frente al gobierno provincial?

—¿Por conseguirme unos contactos crees que te debo algo?

—Di quién te protege.

—No estires tanto la cuerda, Francisco, que se rompe.

—¡DILO!

Al ver que aquel mierda le plantaba cara, Konstyantyn se abalanzó hacia él consumido por la ira. Denys, que estaba preparado por si algo así ocurría, se interpuso entre ambos hombres en un rápido movimiento, a pesar de saber que, fácilmente, Konstyantyn podría perder la cabeza del todo y, en un arrebato, matarlo también a él sin ninguna contemplación. Pero del mismo modo que se había exaltado, su jefe se calmó de repente y comenzó a reír como un demente.

Lo hacía mientras miraba a Francisco, que se había quedado pálido como un papel.

—Paz... —dijo al fin el Ruso, levantando los brazos—. Tú estás aquí porque yo te he quitado un camión, pero tú sabes que estaba lleno de chicas y eso tienes que pagarlo. Yo te ofrecí entrar en mi negocio, yo te daría chicas y tú comprarías. Si tú traes de otro lado, tú me faltas el respeto a mí y te quito la vida. Es muy sencillo.

—¡Yo no he traído chicas!

—¿Y en tu camión entraron solas? ¿Te crees que soy tonto?

—Alguien me ha tendido esta puta trampa. Alguien que quiere que pase lo que está pasando ahora. ¿Es que no lo ves? Te dije que no quería tener nada que ver con las putas y lo mantengo; que con mi tráfico de drogas vivo de puta madre. ¿Por qué coño iba yo a querer jugarme el cuello?

Zalenko no respondió. Sólo lo miraba, sin decir una palabra. La sonrisa había desaparecido de su rostro y ahora hacía un tremendo esfuerzo por encontrar algo de mentira en las facciones de Francisco. Pero, o era demasiado buen actor, o decía la verdad.

Después de considerarlo durante unos segundos más, claudicó.

—Está bien —dijo—. Pues necesito saber qué coño está pasando. Nadie me toma el pelo, ¿está claro?

—Tan claro como a que a mí tampoco. ¿Qué pasó con el conductor? No he vuelto a verlo y me gustaría tener unas palabras con él.

—No había conductor. Unos guardias civiles encontraron el camión abandonado cerca de mi club y rápidamente me dieron aviso a mí. Pago bien para estas cosas.

—¿Y las chicas?

—Las tengo a buen recaudo. Trabajarán un tiempo para mí y después volverán al puto agujero del que han salido. Durante el tiempo que trabajen, aprenderán por qué no pueden contar nada de lo que ha pasado.

Ahora volvía a sonreír.

Francisco no lo hacía. De hecho, sentía lástima por esas chicas, aunque aquello ya no fuera cosa suya.

—Está bien —dijo el empresario del mármol—. Ahora lo que importa es saber quién pollas está intentando enfrentarnos. No me hace ni puta gracia que un día aparezcan dos tipos altos y rapados en mi casa y me maten mientras duermo por cosas en las que yo no tengo nada que ver.

—Si tú me das palabra de que tú no traicionas, yo te creo.

—Mi palabra la tienes —le tendió la mano Francisco.

—¿Somos amigos? —preguntó Konstyantyn mientras la aceptaba.

—No sé, ¿no eras tú el que confundía el idioma?

Ahora sí, ambos rieron bajo el amparo de la noche.

## Capítulo 13

*Viernes 29 de junio. 15:07 h. Comandancia de la Guardia Civil. Almería.*

Dos días.

Dos, desde esa jornada de locos que Martín recordaba como una de las más intensas, por no decir la que más de toda su carrera en la benemérita. Dos, desde que había comprendido que lo que tenía delante no podía compararse a ninguno de los casos en los que había trabajado hasta entonces. Y se podía decir que, pese a su edad, ya habían sido unos cuantos.

Pero en esos dos días y, a pesar de lo que se esperaba viendo cómo les fue el miércoles, apenas había pasado nada digno de remarcar. Nada que se considerara extraordinario, porque todo lo habitual en el curso de una investigación sí había sucedido.

Durante el día anterior tuvo lugar la autopsia de la víctima encontrada en el vertedero, que había sido la primera. De ella extrajeron pocas conclusiones. La doctora Naera apenas pudo concretar detalles debido al estado de descomposición en que se encontraba el cuerpo. Una de esas pocas deducciones era que la chica –porque fue de lo primero que se comprobó: que fuera una chica– llevaba muerta al menos unos cuatro meses. Esto databa el asesinato, más o menos, en febrero. Porque otra suposición en firme fue que se trataba de un asesinato, pues se podía observar un fuerte golpe en la cabeza que debía ser la causa de la muerte. Demasiado intenso para ser accidental.

A Martín le habría llamado la atención que la muchacha estuviera vestida, al contrario que las otras dos, si no fuera porque el cadáver que se encontró en el año 88 en el mismo lugar también lo estaba. Cada vez que pensaba en estos detalles tan cuidados, Martín necesitaba acariciarse el puente de la nariz con los ojos cerrados. No entendía la razón con exactitud, pero lo hacía.

Y ya está. Nada más.

De las cosas que no se sabían, y quizá podrían ayudar en el transcurso de la investigación, estaban, por ejemplo, su identidad. Cuando se encontraba un cadáver en sus condiciones, no se podían servir de las reseñas dactilares para obtener una identificación, así que el asunto se entorpecía bastante. Desconocían que fuera prostituta o no, pero como todo apuntaba a que sí lo era por las similitudes con el caso de hacía treinta años, lo daban por hecho. Esto, lejos de ser positivo, no hacía sino complicarlo porque, entre el hermetismo del gremio y que, muchas veces, nadie las echaba en falta, esta vía se convertía en un imposible; la identificación por la ropa que vestía también se antojaba demasiado difícil.

Un escollo más.

Pero Martín, quizá siendo un tanto injusto con la víctima en su manera de pensar –aunque era consciente de serlo–, creía que aquello no importaba porque su identidad parecía no tener una relación directa con poder o no detener al infractor; así que, sintiéndolo mucho, no consideraba prioritario encontrar esa identificación.

Pilar se había pasado toda la tarde anterior recordándole que era un cínico de mierda por actuar así. No la culpaba por pensarlo, pero creía que estaba bastante equivocada en sus

acusaciones. Claro que le importaba la identidad de la víctima, porque sentía que de algún modo tenía que hacer justicia, pero precisamente esto último era lo que le empujaba a priorizar los pasos a dar para detener a la persona que estaba sembrando tal caos.

Aunque, a decir verdad, no sabía muy bien cuáles eran los pasos a dar.

Lo único que había podido hacer era rendirse a la evidencia de que, de momento, el asesino seguiría imitando muertes.

No tenía todos los datos referentes a los próximos asesinatos porque, al menos cuatro de ellos, pertenecían a la demarcación de la Policía Nacional y en la época a que se remontaban los crímenes aquellos datos no estaban centralizados como ahora. Había pedido a la Comisaría Provincial de Almería que le enviaran lo que tuvieran en cuanto pudieran, pero, mientras tanto, sólo podían centrarse en las muertes que la Guardia Civil habían investigado y en las que –por fortuna para el sargento y su equipo– eran las primeras en el orden resultante de unir cronológicamente las de la Benemérita y la Policía Nacional.

Volviendo a éstas, y habiendo revisado decenas de veces las diligencias, lo único que Martín sabía es que el asesino intentaría actuar en la playa del Pocico, junto al Seminario de Aguadulce. La primera sugerencia de Pilar fue proponerle que le pidiera al juez (a través de su capitán o del teniente si hacía falta) que cerrara esa playa al público y que la llenara de efectivos en una vigilancia intensiva. Se basaba en que era un arenal de baja ocupación por no tener un acceso tan cómodo como otros. Pero antes de mandar a paseo a su hermana, asegurando que lo único que haría el juez sería reírse de ellos por tal petición –tenía muy claro que nadie iba a cerrar una playa a punto de empezar el mes de julio–, trató de convencerla de que tal vez no actuara allí y lo hiciera en otro sitio. O que tal vez esperase a que todo estuviera más calmado para continuar matando. Sin dejarse convencer, Pilar insistía en que si conseguían frustrar parte de sus planes puede que el asesino siguiera actuando, sí, pero tendría que hacerlo de una manera atropellada, tal vez desconcertado por no haber podido recrear a su gusto su fantasía. Y quizá fuera esa la mejor forma de inducirlo a cometer un error.

Y como era posible que Pilar tuviera cierta razón, a Martín no le quedó más remedio que contarle que el juez los iba a mandar a tomar por culo. Que una puta no valía el cierre completo de una playa almeriense, le doliera a su hermana o no. Y a él le dolía muchísimo, así que pudo suponer cuál sería la intensidad de la frustración de Pilar.

Eso sí, el número de efectivos patrullando por la zona había aumentado considerablemente, por lo que una parte de su trabajo, la que podía, sí la iban realizando.

El otro frente que tenía abierto, el del análisis del ADN del semen encontrado dentro del preservativo cercano a la escena de la víctima del talud, seguía sin arrojar resultados.

Siendo realista, no los esperaba. Esto no era ninguna serie americana en la que se enviaba una muestra al súperlaboratorio que se tenía en las propias instalaciones para que un brazo robótico hiciera todo el trabajo mientras que el especialista de turno entretenía a los compañeros con sus friki-gracietas. Nada de eso. Aunque había muchos laboratorios privados dentro del territorio nacional, en lo público –en lo oficial– sólo unos pocos operaban a nivel territorial y, en el caso de la Comandancia de Almería, dependía completamente del ubicado en Sevilla. Martín había estado una vez allí y comprobó que los técnicos encargados de hacer los análisis no eran nada divertidos. Ni graciosos. Ni frikis. Y ya el colmo de los colmos había sido comprobar que obtener una muestra, digamos, «buena» de ADN para analizar no era ni de lejos tan sencillo como lo pintaban en la tele. Y, sobre todo, los ansiados resultados no se obtenían en segundos a partir de una gigantesca base de datos en la que parecía que toda la población estuviera fichada por el mero

hecho de haber nacido.

La inmensa mayoría de veces esas muestras se quedaban huérfanas de nombre y apellido, muy lejos de poder ser identificada a pesar del esfuerzo porque la base datos no arrojaba ninguna correspondencia. Y más las de ADN, en las que sólo se incluían a quienes habían cometido un delito grave, digno de ser considerado para entrar en esa base tan específica. Vamos, que si habías robado unos Donettes no te iban a incluir en ella.

En realidad, la espera de estos resultados era lo único que tenía, así que, si normalmente ya vivía pegado a su teléfono móvil, ahora ni le quitaba ojo por si sonaba de un momento a otro. Aunque, por otra parte, se tenía que en cuanto lo hiciera sería para contarle lo de siempre: muestra sin nombre ni apellidos.

Ensimismado en sus pensamientos, no fue consciente de la hora que era. Tampoco de que había pasado toda la mañana ahí dentro, sentado en su despacho, encerrado y absorto. Ni siquiera había comido aún a pesar de lo tarde que se había hecho.

Esto no habría sido raro hacía sólo un par de semanas, pero ahora, con la que estaba cayendo, no se había imaginado que pudiera recuperar gran parte de la desidia que antes lo dominaba. Puede que fuera ese parón en las novedades después de que hubiera pasado tanto en tan poco tiempo. No sabía bien si era por eso, pero se sintió tremendamente mal al creer que necesitaba que sucediera algo malo para reaccionar.

Y lo peor es que, de pronto, sus deseos se vieron cumplidos.

Una llamada a su teléfono móvil lo sacó de golpe de todos sus pensamientos.

No era del laboratorio de Sevilla. Ojalá. Era del capitán jefe.

—¿Sí? —preguntó con cierto temor.

—Martín, baja. Tenemos lío.

*Viernes, 29 de junio. 15:42 h. Playa del Pocico, Aguadulce, Almería.*

Condujo su capitán. Durante el trayecto, los dos se dedicaron a elaborar diferentes conjeturas que ambos sabían que no servirían para nada. Sobre todo, lo que no podían explicarse era cómo había podido suceder si sabían que, aunque lógicamente no era una de las playas más concurridas de la provincia de Almería, sí iba bastante gente —y más habiendo entrado de lleno ya en el verano—.

Además, tenían a una patrulla paseando constantemente por allí para intentar disuadir al asesino de actuar en aquel arenal.

Sin embargo, lo había hecho.

Martín, un tipo que hacía poco no se involucraba emocionalmente en los casos en los que trabajaba, notaba un sudor frío recorriéndole la espalda. ¿Cómo no estaría su capitán si él sentía aquello? Prefirió no saberlo, aunque el rostro de su superior delataba parte de la sensación que, sin duda, compartían.

Bajaron del coche.

El acceso a la playa no es que fuera imposible, aunque no era tan fácil como en la mayoría de la ribera almerienses. Con el coche no se podía acceder. Había que hacer uso de la pista que une Torre García con Cabo de Gata por el sendero homologado como tal y conocido como El Pocico-Las Marinas.

Tras recorrerlo en silencio, llegaron.

Durante el camino se cruzaron con unos efectivos del SAMUR que sólo fueron capaces de negar con la cabeza cuando el capitán jefe se identificó frente a ellos.

Allí había cuatro guardias uniformados que sudaban la gota gorda a pleno sol mientras mantenían a raya a un montón de curiosos que se agolpaban cerca del cordón que ellos mismos habían levantado.

Esto llamó poderosamente la atención de ambos investigadores, pues se suponía que en aquella playa no había, habitualmente, demasiada gente, y en aquel momento parecía justo lo contrario.

Muy extrañado, antes incluso de dirigirse a la zona en la que había aparecido el cadáver, Martín se dirigió a uno de los guardias que mantenían alejada a la gente que, móvil en mano, intentaban captar alguna imagen de lo que había sucedido.

—Sargento Martín Egea —se identificó—. ¿Y esto? —preguntó mirando hacia el gentío.

—Buenas tardes, mi sargento. Esto son los convocados a una fiesta estudiantil que tenía que celebrarse aquí precisamente hoy. La mayoría están borrachos ya y se están poniendo realmente pesados. Son todos de la Universidad de Almería. Creo que celebran el fin de exámenes o algo parecido.

—Me cago en la puta. ¿Han sido ellos los que la han localizado? —quiso saber mientras se giraba y señalaba con la cabeza en dirección a unos matojos entre los que se distinguía el cuerpo sin vida de la mujer. Al hacerlo, comprobó que su capitán ya estaba con su labor habitual de ampliar al máximo el cordón policial. También vio que habían llegado Sergio y Rafa, y ya se estaban ataviando para trabajar en la inspección ocular.

—Han sido ellas, mi sargento. Esas dos chicas de ahí —indicó el guardia con la mano. Martín las miró. Parecían divertirse de lo lindo mientras se hacían *selfies* con la macabra escena de fondo—. No creo que haya que tener en cuenta su actitud, mi sargento. Como digo, están todos muy bebidos; también ellas. Y, aunque vamos a pedirles cuentas por organizar esto aquí, mucho me temo que eso no es lo importante. Al parecer las chavalas iban a orinar junto a los matojos y se la han encontrado.

—¿La han tocado?

—Le han dado unos golpecitos con el pie porque pensaban que era una de las estudiantes de la fiesta, que se había retirado «algo perjudicada», como han dicho ellas. Como ve, son demasiados y no creo yo que se conozcan todos. Fíjese cómo van, que ni se han dado cuenta que la muchacha muerta está desnuda, mi sargento.

Martín cerró los ojos al escuchar este dato.

Se acarició la zona del puente.

—¿Se han asustado al menos al comprobar que estaba muerta? —preguntó seco.

—Uno de los chicos, ahora no sé decirle cuál, que parece un poco más lúcido, me ha contado que ha sido él quien ha llamado al escuchar un grito. Eso supongo que querrá decir que sí, que se han asustado. Pero mírelas ahora...

Martín lo hizo a pesar de que no quería enfadarse más por la actitud de las jóvenes. Entendía que la intoxicación etílica las llevaba a tener semejante comportamiento. Pero no eran sólo ellas,

claro; el desmadre era generalizado. Aun así, no pensaba que su actitud distara demasiado de la que, posiblemente, tuvieran a diario. No juzgaba a nadie, o al menos lo intentaba, pero sí era cierto que a su entender la sociedad actual, sobre todo los más jóvenes, mostraban una falta de respeto acuciante hacia todo y hacia todos que le repugnaba.

Y de pronto vio reflejado a su padre en sus pensamientos y el que sintió repugnancia de sí mismo fue él.

Agradeció la ayuda al guardia y se acercó hasta su capitán, que observaba cómo Sergio y Rafa lo fotografiaban todo.

—No entiendo nada, mi capitán—dijo nada más llegar a su posición—. ¿Cómo es posible que haya sucedido esto?

—Pudo ser por la noche, Martín. Los accesos a la playa son los que son y no hemos tenido apostados guardias las veinticuatro horas en ellos. Sólo han estado rondando.

—Eso es lo habitual, ¿no? Yo creo que no lo hemos hecho mal.

—Claro. Si hubiéramos impedido esas entradas, podría haber buscado una un tanto menos oficial, por decirlo de algún modo. Creo que nada ni nadie iba a detenerlo. Y una cadena humana de guardias no podíamos poner.

—¿Cómo se pueden tener los cojones de hacer esto con los nuestros tan cerca?

—No lo sé, Martín, pero me asusta bastante.

Los dos se quedaron un rato embobados viendo a los técnicos trabajar. Ambos se afanaban en trazar un camino de paso seguro para que el forense pudiera hacer parte de su labor. Forense que, por cierto, no tardó en llegar acompañando al juez y al secretario judicial que rara vez daba la cara, aunque ahí estaba. El juez sudaba más que cualquier persona que jamás hubiera visto Martín. Con un pañuelo de seda se limpiaba la cara casi a cada paso que daba. Cuando llegó hasta la posición en la que estaban los investigadores, el forense de guardia pidió permiso de inmediato para acercarse al cadáver. El juez se lo concedió.

El capitán, que conocía a Martín lo suficiente como para saber que algo no andaba bien dentro de él por cómo se reflejaba en su rostro, decidió alejarse unos pasos con el juez para intercambiar opiniones con él. Nunca había sentido la necesidad de dejar a su subordinado a su aire, pero ahora parecía necesitarlo.

El forense se acercó al cuerpo por la zona que le indicaron Sergio y Rafa. Extrajo una grabadora y comenzó a hablar. Martín no oía nada de lo que decía. Una posibilidad de por qué no lo escuchaba era el bajo volumen en que hablaba el experto. La otra, la más probable, era que su cabeza estaba en otro lugar. Pensando en sólo él sabía qué.

La sensación de que esa chica estaba ahí tirada por su culpa le apretaba fuerte en el pecho. Este ahogo era nuevo para Martín, que nunca había sentido parecida tensión. Jamás. Pensar que no lo había hecho bien desechando tan pronto la idea de Pilar, aunque el juez la hubiera desestimado, le hacía sentirse todavía mucho peor. Era como saber que esto que había pasado iba a suceder y, aun así, no haber intentado nada para evitarlo. A sabiendas de que, aunque hubiera puesto cualquier vigilancia, habría resultado insuficiente.

Veía moverse al forense mientras comentaba sus cosas con Sergio y Rafa. Miró hacia su izquierda y vio que también el capitán jefe seguía a lo suyo con el magistrado, aunque de vez en cuando lo miraba de reojo, seguramente porque lo notaba raro.

Acto seguido levantó la mirada al cielo, pidiendo un poco de clemencia. El sol pegaba como nunca: los termómetros marcaban la no desdeñable cifra de treinta y tres grados que a él, vestido y sofocado como estaba, le parecían cincuenta.

El sudor recorría su frente, pero donde más lo notaba era en la espalda. El problema es que no se trataba del sudor de siempre. No. Era uno más frío que le provocaba una extraña sensación. Una sensación que venía acompañada de palpitaciones exaltadas y una más que evidente dificultad para respirar.

¿Aquello era un ataque de pánico? ¿De ansiedad? ¿Qué coño le estaba pasando?

Ahora no era momento de eso. No sabía cómo dominarlo sin que se notara, aunque una voz le machacaba por dentro repitiéndole una y otra vez que aquella chica había muerto por su culpa. No supo si se le notaba o no, pero al ver acercarse al forense con cara de preocupación se obligó a buscar en lo más profundo de sí un aplomo que tenía que tener por algún lado para aferrarse a él y mostrarlo por fuera.

—Menuda está cayendo hoy, sargento —comentó el médico al verlo sudar.

—Así es, y si esto es así a finales de junio, no me quiero imaginar el agosto que nos espera —contestó tratando de disimular. Al ver que el forense no variaba el gesto pensó que lo estaba consiguiendo—. ¿Qué me cuenta?

—Primero, que no se ve bien desde aquí porque está entre esos matojos, pero me aventuraría a decir que la causa de la muerte es un fuerte traumatismo en la cabeza. Incluso hay una enorme piedra ensangrentada al lado del cadáver, aunque la zona de su cuello también presenta una ligera coloración, así que puede que la haya intentado estrangular. Pero esto no es lo que más me preocupa.

—Le escucho.

—Evidentemente, habrá que estudiar el cuerpo con mucho más detalle, sobre todo teniendo en cuenta el calorazo de hoy, que lo único que hace es acelerar los signos cadavéricos. Aun así, me atrevería a decir que esta chica acaba de morir.

Martín sintió que se le helaba la sangre.

—¿Cómo dice?

—Creo que voy a tomarle la temperatura por vía rectal para comprobarlo, pero ya digo, dada la temperatura ambiente, no sería un dato demasiado fiable. Sinceramente, dudo que apenas haya perdido un grado o dos y eso sólo significaría que acaba de morir.

Martín se giró y miró hacia los jóvenes, que a su vez miraban sin pestañear hacia donde estaba él, expectantes. Supuso que era una locura, pero entre aquellas miradas esperó ver la de alguien con cara de muy malo sonriendo condescendentemente. ¿Cómo era posible que esa chica hubiera muerto hacía poco? ¿Cómo se había atrevido a actuar tan a la luz del día en un lugar abarrotado de gente? ¿O es que, precisamente, era eso lo que quería, lo que había buscado?

Sin haber recuperado todavía el norte sintió cómo una mano le tocaba el hombro. Pensó que sería su capitán que, alertado por su estado, había acudido para saber qué narices le estaba pasando. Pero en su lugar se encontró a Sergio, que se había quitado la mascarilla y echado hacia atrás la capucha del traje blanco estéril.

Era la enésima vez que alguien lo miraba muy preocupado en los últimos diez minutos, aunque cada uno por distintas razones.

La de Sergio no se quedaba atrás.

—Acabo de recibir una llamada desde Sevilla, tienen una coincidencia en el cotejo de los alelos del ADN al cien por cien.

En eso sí que no confiaba Martín. Tenía todas sus esperanzas puestas en que ocurriera un milagro, sí; pero no era más que eso, la espera de un milagro.

—¿Y bien?

—No se lo va a creer, mi sargento, el ADN pertenece a Francisco García.

—¡Hijo de puta! —gritó sin importarle que la gente se fijara en él todavía más.

Al escuchar el exabrupto, el capitán y el juez se acercaron a toda velocidad hacia el punto en que se encontraban Sergio y Martín.

—¿Qué pasa? —preguntó un alterado capitán.

—Que ese hijo de puta nos ha tomado el pelo como a pardillos. El análisis de ADN ha lanzado una coincidencia con Francisco García.

—¿El de los mármoles de Macael?

—¡No, no! —intervino Sergio—. Es que no me ha dado tiempo a decírselo todo, mi sargento. Ha salido que el ADN es de Francisco García, pero no del padre, sino del hijo.

Ninguno de los allí presentes fue capaz de decir una sola palabra.

## Capítulo 14

*Viernes 29 de junio. 22:23 h. Afueras del night club “La Cangrejera II”.*

No era su primer operativo de detención de un sospechoso.

No, porque siendo guardia ya se había comido unos cuantos. Ahora bien, sí que era cierto que en su papel como sargento no había realizado ninguno. ¿Para qué? La Guardia Civil no dista de cualquier otro trabajo del mundo en el que cada uno tiene sus funciones muy definidas.

Resumiendo: había otros que tenían que encargarse de esto.

Lo malo –o bueno, según a quién le preguntaras, como por ejemplo a su tío– es que su forma de ver su propio trabajo había cambiado radicalmente en los últimos días. Puede que nunca antes se hubiera sentido engañado o manipulado, por decirlo de algún modo, por el malhechor al que trataba de atrapar. Una cosa era que, después de que los indicios hablaran y les llevaran a atrapar al individuo, éste mintiera como un bellaco y negara a diestro y siniestro la autoría de los hechos. Pero otra bien distinta era que se estuvieran riendo de él en su puta cara, dejándole fiambres programados y haciendo que diera vueltas sobre sí mismo como un perro que se muerde la cola.

Esto ya le tocaba mucho las narices.

Puede que el Martín de la desidia se hubiera marchado para siempre. Puede que, como buen español, acabara olvidando los motivos que le habían llevado a un punto concreto de su vida y dentro de un tiempo volviera a ser el mismo pasota de antes. No tenía ni idea de qué pasaría después. Sabía, eso sí, que ahora iba sobrado de rabia y tenía unas ganas tremendas de estampar la cabeza de ese malnacido contra la barra del puticlub y apretar bien fuerte hasta que acabara cantando.

Pero aquello no podía ser. Tendría que conformarse con poder echarse sobre él y, al menos, acabar de raíz con aquella locura que se había montado.

Miró al capitán jefe. Evidentemente él no se iba a perder un operativo, ya que nunca lo hacía. A pesar de haber participado en cientos, se le veía nervioso. Respiraba pausadamente por la boca mientras reubicaba a cada uno de los efectivos que se iban apostando en la puerta del club del Ruso.

Estaba a rebosar, a juzgar por la cantidad de coches que había en ese *aparcamiento* que daba la sensación de estar oculto por una torpe lona verde pero que en realidad mostraba con casi total claridad la marca, modelo y matrícula de los coches aparcados.

El capitán miró a su subordinado, a lo que Martín respondió con un leve asentimiento de cabeza. Estaban preparados para entrar.

El alto mando dio la orden y todos asaltaron el local, arma en mano y con los ojos apuntando en todas las direcciones posibles con la finalidad de localizar a Francisco García.

Sabían que estaba allí. Puede que fuera un sanguinario asesino en serie, pero, a juzgar por unos tironcillos de orejas que habían dado durante aquella tarde a algunos confidentes, también habían averiguado que era un animal de costumbres: desde las nueve y media hasta la una de la madrugada, más o menos, solía ir allí a despilfarrar el dinero ganado –de manera ilícita o no– por

su padre. El guardia que infiltraron a las nueve y cuarto de la noche les confirmó que el sujeto ya estaba babeando tras el culo de varias rubias del este. Ahora, ese mismo guardia los acompañaba con el rostro cubierto, al igual que los demás, para preservar su identidad como una carta de juego necesaria en próximos operativos.

Martín alzó la cabeza y lo buscó. Sólo veía las caras de unos viejos asustados, más preocupados por que sus nombres no salieran en lo que fuera que estuviera sucediendo, que en conocer el motivo de aquella irrupción. No fue difícil percatarse de que Francisco García no estaba entre ellos: habría destacado considerablemente por la diferencia de edad respecto del resto de la clientela.

Sabiendo que el sospechoso tenía que seguir en el tugurio, pues su hombre se había quedado vigilando hasta que ellos llegaron –lo que supuso apenas unos minutos, pues estaban escondidos cerca esperando la orden–, la única solución viable si no querían poner el local patas arriba, era preguntar dónde se escondía. Sin embargo, las camareras, asustadas, no iban a servir de mucho: de sobra sabían todos que, si algo olía a uniforme, para ellas imperaba la ley del silencio. Así que Martín pensó que su mejor opción era ir directamente a por el rey y olvidarse del resto de figuras en el tablero.

Estaba donde siempre. Verlo tan impasible, sin modificar en absoluto su compostura ni el rictus de su rostro, hizo que el sargento se encabronara un poco más de lo que ya estaba. Ese maldito proxeneta no se iba a reír de él porque no le daba la gana.

—Señor Zalenko –empezó a decir cuando apenas le quedaban centímetros para llegar a su reservado—. ¿Le importaría decir, a quien quiera que se ocupe de ello, que baje esta música de película porno de mierda?

Konstyantyn ni se inmutó, aunque Martín no esperaba que lo hiciera sabiendo como ya sabía de la flema del empresario. Tardó unos segundos en contestar.

—¿Usted ve porno, teniente?

—Es sargento, y no le importa en absoluto si yo veo porno o no. No le incumbe.

—Perdone, sargento –hizo énfasis en la palabra a propósito, como para remarcar que la equivocación con su rango había sido premeditada con la intención de reírse de él—. Lo digo porque usted no tiene cara de ver porno. No digo que sea capaz de saber si una persona lo hace o no sólo por su rostro, pero sí es cierto que usted se aleja por completo del tipo.

—Déjese de monsergas y mande bajar la puta música.

Ahora el Ruso sí sonrió. Le gustaba que sus interlocutores soltaran tacos delante de él porque significaba que los estaba sacando de quicio. Lo hacían para demostrar un falso aplomo que estaban perdiendo muy a su pesar. A la mayoría se les notaba por un evidente temblor de voz. Al sargento un poco menos, pero en sus palabras se vislumbraba un pequeño atisbo de inseguridad que divertía al empresario ucraniano.

Levantó el brazo y, con un simple gesto de su mano izquierda, la música bajó considerablemente su volumen hasta quedar en un suave susurro.

—¿Mejor? –preguntó.

—Mucho mejor, sí. Necesito hacerle unas preguntas, señor Zalenko.

—¿Otra vez preguntas? No soy un sabio, sargento. Sólo empresario de la noche.

—Ya, ya... De hecho, me temo que no va con usted del todo. Estoy buscando a Francisco García.

Por primera vez en sus dos encuentros Martín vio algo de expresividad en la cara de Zalenko. Algo parecido a la sorpresa, pero que no se atrevía a confirmar pues fue un gesto que apenas pasó

rozándole el rostro.

—Aquí no encuentra a Francisco, él nunca viene por aquí. ¿Es por lo que dije? Porque creo que hay malentendido.

—No, no. Busco a Francisco García, hijo. Perdona por no haberme expresado mejor.

—Ah, el putero de su hijo. ¿No está por ahí? —levantó la cabeza y echó un ojo advirtiendo que no era así—. Si no está, se habrá largado. Es buen cliente, mucho dinero en chicas y en bebida. Un poco tonto, pero no le importa dejarse dinero aquí.

—No ha salido, señor Zalenko. Y necesito encontrarlo cuanto antes.

El Ruso pareció dudar, aunque apenas fueron unos instantes. Levantó su brazo otra vez y con otro gesto de la mano su hombre de confianza, Denys Holub, se acercó hasta él. El empresario le susurró algo al oído y éste se alejó rápido. Martín seguía la jugada por el rabillo del ojo. No quería perder detalle de los movimientos que se estaban sucediendo, pero, al mismo tiempo, tampoco pensaba apartar la mirada del Ruso y perderse cualquier posible señal que enviara al ucraniano. No se fiaba en absoluto de él y, a juzgar por las terribles cosas que le habían contado sobre su persona, hacía bien.

Denys se había acercado a hablar con una de las chicas. Martín no era de juzgar a nadie por su aspecto, sin embargo, de haberlo hecho, la habría identificado como una especie de encargada. No sabía decir bien por qué, pero el aplomo con que esa chica —o mejor dicho, mujer— permanecía erguida, la forma y la naturalidad con la que hablaba con el mastodonte, unido a que él hubiera ido a buscarla precisamente a ella, le indicaba que así podía ser.

Holub volvió sin prisa pero sin pausa al reservado de su jefe y amigo. Se agachó y le devolvió el susurro al oído. Zalenko asintió.

—Al parecer está arriba, con Kathia, en una de las habitaciones.

—Bien, vamos a por él.

—¡Sargento! —el Ruso se levantó bruscamente de su asiento logrando que Martín se detuviera en seco, muy sorprendido por tal reacción—. Como comprenderá, necesito una explicación, ¿cómo se dice...? Consistente... para poder dejarle interrumpir algo tan privado.

—Traemos una orden judicial, así que, si no le parece bien, deténganos y a ver qué pasa.

—Por favor —insistió Zalenko que a su modo comenzaba a atar cabos.

—Francisco García es sospechoso de una serie de asesinatos. ¿Nos va a dejar hacer nuestro trabajo o...?

—Habitación Diamante —dijo sin más.

Martín se giró veloz y dio las órdenes precisas a los guardias que lo acompañaban para que se prepararan a subir con él. Se acercó al capitán a contarle lo que había averiguado y al instante obtuvo el consentimiento de su superior, sorprendido —y encantado al mismo tiempo— de que su subordinado hubiera tomado las riendas de forma tan decidida.

El improvisado operativo de captura se inició con Martín a la cabeza, que no se lo pensó demasiado al subir las escaleras seguido de sus hombres. Todos empuñaban sus armas reglamentarias. Cuando el sargento llegó al último escalón se detuvo en seco y, con cautela, asomó la cabeza al pasillo que se presentaba. No es que fuera el colmo de la iluminación, pero sí había suficiente luz como para poder deambular por él sin perderse o tropezar. Y, sobre todo, lo que más importaba a Martín, como para saber que allí no había nadie.

Se giró e hizo una señal con la cabeza a los suyos. Iba a seguir.

Vigilando que cada uno de sus pasos hiciera el menor ruido posible para no advertir a nadie de su presencia, fue caminando, dejando atrás habitaciones con nombres tan dispares como

«habitación Naranja», «habitación Oasis», «habitación Merengue» o «habitación Oro». La siguiente era la que buscaba.

Dispuso a los guardias para entrar.

Supuso que la puerta podría tener un pestillo, por lo que agarró el pomo muy despacio y comenzó a girarlo con el mayor cuidado del mundo.

Maldijo su suerte: efectivamente, el pestillo estaba echado.

Miró a uno de los guardias, el más corpulento de todos. Ya lo tenían previsto, así que un leve asentimiento bastó para que éste se colocara delante de la puerta y se echara, al mismo tiempo, un paso hacia atrás. Estaba tomando impulso. Levantó su enorme pierna y, sin pensarlo más, arremetió contra la madera. No la abrió de una primera patada, pero la puerta cedió bastante. Tanto que sólo necesitó de una segunda para abrirla del todo.

El fuerte olor que inmediatamente golpeó en la nariz de los presentes fue algo inesperado. Al menos, ese tipo de olor ferroso. Como si hubieran aparecido en una carpintería metálica. Un olor que habría sido aún más intenso de no ser porque la ventana del dormitorio estaba abierta de par en par.

Varios guardias se quedaron pálidos de la impresión. Martín tampoco podía moverse de su sitio. Sólo miraba.

Necesitaba hacer algo. Pegar varios gritos para que su capitán acudiera desde abajo y se encargara de la situación fue lo primero que se le pasó por la cabeza. Aunque no le salía la voz.

Sacar su teléfono móvil mandarle unas fotos al juez de guardia para mostrarle lo que estaba presenciando fue su segunda opción. Pero no conseguía moverse.

Llamar a su equipo de científica para que empezara de inmediato con la inspección ocular de la dantesca escena del crimen que había montado delante de sus ojos fue la tercera. Quizá la más sensata, pero tampoco pudo.

Sólo podía mirar. Sólo podía contemplar la desmesurada cantidad de sangre derramada. No conseguía apartar la vista de ese impresionante reguero de muerte. Por su parte, los hombres que lo acompañaban no habían podido evitar bajar la mirada hacia sus pies.

Entonces, se abrió la puerta de la habitación Oro. Una cabecita menuda de cabello rubio se asomó.

Ninguno de los guardias reparó en ella.

La muchacha cerró los ojos y lloró en silencio sin hacer ningún ruido.

Metió la cabeza y siguió llorando en la habitación.

Estaba sola.

Sabía que iba a pasar eso.

Porque él se lo había dicho.

## Capítulo 15

*Viernes 29 de junio. 23:42 h. Night club “La Cangrejera II”. Almería.*

Pilar volvió al interior después tomar un poco el aire.

Era algo tan rutinario como necesario porque allí dentro apenas se podía respirar. El dueño, ese ucraniano de gesto frío, dijo que se había roto el aire acondicionado, así, de repente, pero Pilar tenía muy claro que lo único que hacía era tocar las narices para dificultar más y más la investigación que se había abierto al convertirse su antro de perversión en la escena de un crimen.

De hecho, esta no era la única prueba de su empeño por incordiar. No hacía mucho que ella había llegado al club –a pesar de las reticencias de Martín, que había insistido en que no era necesario– y ya había observado un par de extravagancias por parte del dueño. Extravagancias por llamarlas de algún modo suave.

La primera fue cuando Pilar apenas llevaba un par de minutos en el local. El hombre se le acercó y le franqueó el paso. Ella, lejos de amedrentarse, lo miró directamente a los ojos.

—¿Cuándo podré seguir con la actividad en el club? –preguntó de sopetón.

—Señor Zalenko –respondió la guardia jugando a su mismo juego de no mover ni un músculo de la cara–, no sé si es consciente de la carnicería que ha ocurrido ahí arriba con o sin su consentimiento, pero ahora su local es el escenario de un asesinato. Y no de uno cualquiera. Así que, si es tan amable, apártese y déjenos hacer nuestro trabajo.

En esta ocasión el Ruso se apartó sin más.

La segunda había sido menos de diez minutos atrás, cuando ella decidió salir a respirar un poco de aire menos viciado después de que alguien apagara deliberadamente el aire acondicionado. No tenía pruebas, pero tampoco dudas. Una vez más la eligió a ella para intentar alterarla. Para empezar, Pilar no entendía qué hacía ese hombre allí arriba si se suponía que tenían guardias apostados en la parte baja de las escaleras, precisamente para que no subiera nadie ajeno a la investigación; pero no era de su incumbencia echar la charla a dos compañeros de su mismo rango. Dejando esto de lado, la conversación que mantuvo con Zalenko tenía bastante miga.

—Señorita guardia civil –dijo él en un evidente tono despectivo–. ¿Por qué no cierran la puerta, trabajan dentro y yo puedo seguir con mi club en marcha?

—No estará usted hablando en serio.

—¿Por qué no? Aquí ya no se puede hacer nada y minutos perdidos son euros perdidos para el bolsillo.

—¿Usted no piensa en otra cosa? ¿Es que no ve lo que ha sucedido ahí adentro?

—Lo que haya pasado ahí no es asunto mío, yo no tengo nada que ver. Yo dado voluntariamente muestras de todo para que me descarten de inmediato como sospechoso. Yo sólo quiero que mi club siga funcionando. Si yo no doy chicas a mis clientes, ellos buscan otro club donde... ¿Cómo decirlo de un modo suave?

—No hay modo suave, señor Zalenko. Follar. Ellos lo que quieren es follar. Y deje de llamarlos clientes y llámelos por su nombre, que son puteros.

—Da igual cómo los llamemos. Lo que necesito es seguir. ¿Cuándo se van de aquí?

—¡Cuando acabemos!

La mayoría de los allí presentes se giraron hacia Pilar. No es que se avergonzara de su bramido, pero sabía que no debía haberse dejado llevar. Ese hombre era un manipulador nato y con ella estaba desplegando todo su juego. Por mucha predisposición que él hubiera demostrado entregando muestras de lo que le diera la gana, no podían ni debían bajar la guardia con él. Este tipo de personas eran las más peligrosas que uno podía encontrarse.

Martín, que no se había percatado de la presencia del dueño hasta oír el grito de su hermana, fue directo hacia él y lo acompañó de nuevo abajo. Pilar los siguió segundos después con la intención de tomar un poco de aire fresco. O al menos sin oxidar.

Y ahora ya estaba de nuevo dentro.

Abajo, varios guardias uniformados tomaban declaración a los presentes. Trabajadoras y clientes estaban separados en dos grupos entre las mesas y la pista de baile del club. Pilar no se fijó en los hombres; no le importaba la cara que tuvieran aquellos malditos puteros. En cambio, con las chicas sí lo hizo. En condiciones normales quizá no se habría fijado en el detalle, pero tenía los sentidos alerta debido a lo peliagudo del caso y notó algo que le obligó a fijar su atención en una chica en concreto.

Una menuda, bastante mona —y por la que rezó sin creer en dios para que tuviera edad legal suficiente para estar allí— la miraba de un modo un tanto peculiar. Pilar no supo explicar qué había en su mirada, pero lo que fuese consiguió que una suerte de alarma se activara en su cerebro.

La chiquilla tenía el pelo rubio y largo, además de una cara pequeñita.

Sumida en sus pensamientos, ascendió de nuevo las escaleras. Al llegar arriba del todo no halló el caos que cualquiera pudiera imaginar tras encontrar un asesinato de las características de aquél. No. Para empezar, porque aquello no se parecía al camarote de los hermanos Marx que muchos esperarían. Para nada. Arriba sólo estaban su hermano —que hablaba con el capitán jefe de sus cosas— y el forense, que todavía esperaba a que Sergio y Rafa le despejaran el camino para acceder al punto en cuestión. Y es que aquello era un desastre en cuanto a salpicaduras de sangre. El juez también había subido ya, pero en esos momentos hablaba por teléfono con alguien en un extremo del pasillo. Seguramente al acabar se acercaría al sargento y a su capitán para seguir intercambiando información.

Ella se plantó frente a la fatídica puerta que se había descolgado de una de las bisagras tras el patadón que le había propinado el guardia. Para que no molestara demasiado, habían decidido quitarla del todo. Se pegó junto a la pared de atrás. La escena se veía demasiado clara desde la posición en la que estaba. No podía entrar, pero tampoco lo habría necesitado para distinguir con claridad el terrible percal.

Sobre la cama yacían sin vida los cuerpos de Francisco García hijo y Kathia, de momento sin apellido. La sangre contaminaba todos los rincones de la habitación. Aquello era trabajo del forense, claro, pero la primera impresión que daba al ver la escena era que el asesino había sesgado ambos cuellos y los dos habían muerto desangrados. Lo verdaderamente extraño era que había sangre incluso donde no debería haber atendiendo a la posición en que se encontraban las víctimas. Esto significaba, seguramente, que ambas debían estar de pie cuando ocurrió todo.

Puede que para alguien este dato tampoco fuera un detalle importante, pero a Pilar le pareció que, si los habían degollado estando de pie, de ningún modo habrían podido caer de forma tan correcta, casi perfecta, sobre la cama. Lo cual significaba que el asesino se había tomado la molestia de acostarlos después de matarlos y antes de huir.

¿Por qué?

Evidentemente no lo sabía, aunque el detalle de no haber escapado sin más –al parecer por la ventana abierta– y haberse molestado en colocar así a las víctimas demostraba que la puesta en escena tenía algún sentido. Al menos para él.

Sin embargo, esto no era lo único que le preocupaba. De algún modo esa persona los había llevado allí a propósito, hasta Francisco. Había una serie de detalles en esta afirmación capaces de provocar verdaderos escalofríos en cualquier persona.

¿Cómo había obtenido esa muestra de semen? A ver, la imaginación daba para mucho teniendo en cuenta que estaba dentro de un preservativo; pero, aun así, ninguna de las explicaciones que le venían a la mente le parecía coherente.

Por otro lado, ¿cómo sabía que el CODIS arrojaría un resultado positivo en la identificación de esa muestra de ADN? A Pilar sólo se le ocurría que Francisco, como era tan bocazas, le hubiera contado en algún momento a su asesino que había sido detenido por agresión sexual y que éste hubiera deducido que figuraría en la base de datos.

¿Quién tenía esa clase de conversaciones? ¿Fue con alguien con quien tenía extrema confianza o era que, simplemente, Francisco sufría incontinencia verbal cuando llevaba varias copas de más?

Pilar apostaba por lo segundo. Eso sí, sin descartar del todo lo primero.

Otra cosa más que le ponía el vello en punta era pensar que, de algún modo, el sospechoso tenía conocimientos policiales y forenses. ¿Cómo, si no, iba a saber que tardarían un par de días en obtener resultados para actuar justo ese día, cuando fueran a por él?

Aunque puede que esto se tratara de una casualidad, no podía saberse con certeza.

Preguntas y más preguntas.

Ojalá tirando un poco de la lengua de todos los que había ahí abajo se lograra averiguar quién era la persona que se había pegado a Francisco y había provocado aquel desastre.

Porque de cámaras de seguridad no podían tirar. Tampoco es que esperasen tener demasiada suerte en este frente, pero Zalenko ya les había confirmado que bajo ningún concepto se le pasó nunca por la cabeza la idea de instalar una cámara de esas en su negocio. Alegaba que valoraba demasiado la confianza y el anonimato que, sin duda, buscaban sus clientes y que por ello no las había instalado.

Adiós a la identificación por este método.

Esperar. Sólo esperar y bailar al compás del asesino.

Menudo plan.

Miraba ensimismada cómo los técnicos hacían su trabajo en la escena. Tanto que no advirtió que su hermano se acercaba hasta ella. Por suerte, cuando le habló el susto no fue mayúsculo.

—¿Qué piensas? –quiso saber él.

—Que nuestro tío tiene razón.

—¿Cómo?

—Que el mundo es un lugar jodido lleno de gente mala.

—Bueno, ese tampoco es que sea su lema. Sólo lo dice cuando mira por el ordenador lo que cobra de pensión cada mes.

—Ya, pero en el fondo tiene razón. ¿Sabes? Me metí en esto justo para dar caza a gente capaz de hacer estas cosas. Y ahora que de verdad estoy frente a un caso así, me siento muy chiquitita y me veo incapaz de aportar ni un solo granito de arena.

—¡Huy! ¿Estamos de bajón?

—Un poco...

—No creo que quieras que te dore la píldora, ¿verdad?

—Podrías hacerlo, aunque fuera por una sola vez en la vida.

Martín la miró sin pestañear. Pilar estaba mal de verdad. No era algo raro, al fin y al cabo. El caso con el que le había tocado estrenarse estaba resultando demencial. Al mirarla, de pronto, la vio otra vez como a una niña de ocho años. Él era el hermano mayor y, sin embargo, en el patio del colegio parecía serlo ella, pues nunca tuvo reparo alguno en defenderlo del par de imbéciles que le hacían la vida imposible en los recreos. Porque sí. Porque sin más la tomaron con él. Pilar se colocaba ante a su hermano y los miraba desafiantes. Ellos, al ser una chica, se envalentonaban, pero lo único que lograban es que Pilar se creciera más y más y que no le temblara la mano a la hora de arrearles un guantazo a cada uno. Las veces que hiciera falta.

Martín espabiló con el paso de los años y nunca más nadie volvió a meterse con él de aquella forma, aunque ahora mismo no veía ni rastro de esa Pilar echada para adelante que se forjó en aquellos días de chiquillerías y que había perdurado hasta la actualidad. La notó rota de verdad.

—Perdona —dijo al fin—. Puede que sea cierto que te meto un poco de caña.

Ella lo miró sorprendida.

—Vale —admitió él—. Un poco más de caña que al resto incluso, pero es que sé de lo que eres capaz y por eso te exijo más.

—¿De verdad me vas a saltar con el típico discurso de: «te agobio porque sé que eres buena»?

—Es que es verdad, Pilar. Tú ya me conoces y sabes que para ciertas cosas soy muy cerrado...

—¿No me digas? —preguntó con ironía.

—Que sí, que lo pillo, soy más cerrado todavía que algo muy cerrado. Por eso quiero que aprecies que, a pesar de lo poco que creo en la psicología criminal, estoy consintiendo en que tú me abras la mente en cierto modo.

—No te lo crees ni tú.

—De verdad, te lo juro. No te quiero mentir y puede que sea también un poco fruto de la desesperación al dar palos de ciego, pero te quiero más cerca que nunca porque creo que sólo gracias a tus conocimientos en este campo lo vamos a poder atrapar. He dejado que los indicios hablaran. Los indicios me decían que Francisco García había sido el autor del crimen de la chica del otro día. Pues Francisco García está aquí muerto. Ese cabronazo que ha hecho esto nos ha traído aquí en el momento preciso, tal y como quería que sucediera. Yo no soy capaz de comprender qué mueve a una mente a hacer cosas así. Tú sí. Así que haz el favor de sacar todo ese conocimiento para fuera y darme una explicación más o menos lógica de lo que ha pasado y de lo que va a pasar.

Pilar se quedó mirando a su hermano. No sabía qué contestar. No es que nunca lo hubiera visto sincerarse de esa forma, aunque sí era cierto que le había pillado totalmente desprevenida. Ella estaba atravesando una especie de crisis existencial laboral, por llamarlo de algún modo. Por suerte era reciente, porque sólo llevaba unos días pensando que no aportaba nada en el grupo al que ahora pertenecía. Y pensó que era una suerte, porque tras las palabras de su hermano su cerebro hizo un clic.

No tenía las respuestas necesarias para llegar hasta la persona que había cometido un acto tan deleznable, pero al menos con ese ánimo podía comenzar a plantearse las preguntas requeridas.

Su hermano, al ver que no reaccionaba como esperaba, insistió.

—Pilar, necesito que me digas qué ha pasado aquí.

—Está claro que la persona que ha hecho esto es una manipuladora nata. Nada nuevo bajo el sol en este tipo de alteraciones de la conducta, aunque sí sorprendente por lo mucho que se obsesiona por las cosas. Ese grado de manía me podría llevar a pensar que ha sufrido algún tipo de trauma a lo largo de su vida, el cual ahora intenta tapar con sus actos. No quiere demostrar que está por encima de nadie, sólo quiere callar esas voces que le recuerdan lo vivido.

—¿Crees que no trata de reírse de nosotros mareándonos?

Pilar se quedó pensando durante unos instantes. De pronto lo comprendió.

—No. Es más práctico que otra cosa. ¡Mierda! ¿Cómo moría la siguiente víctima?

Martín hizo memoria.

—Creo que era en otro acantilado, cerca de la carretera que bordea el túnel de la Parra. La tiran por ahí después de estrangularla, ¿puede ser?

—¡Pues tenemos que ir ya!

Y echó a correr.

Martín, sin saber demasiado bien qué estaba pasando, salió disparado tras ella.

Pilar bajaba los escalones de dos en dos ante la mirada estupefacta de los presentes. La sorpresa no disminuyó cuando vieron bajar trotando detrás de ella al sargento Egea.

La guardia salió del local. Martín, que ya comenzaba a recuperar el control de sí mismo tras haber salido corriendo sin saber muy bien por qué, le pegó un grito que hizo que ella se detuviera de golpe.

—¡Para, coño!

Pilar obedeció con el rostro descompuesto.

—¿Me quieres decir que está pasando? ¿Has perdido la puta cabeza o qué?

—Nos está distraendo. No quiere reírse de nosotros. Como ya te he dicho, es una persona muy práctica y sabe que ya estamos encima de él. Necesita llevar a cabo sus actos según los ha planificado o se pondrá muy nervioso, así que ha sido astuto y nos ha plantado un señuelo de un modo muy inteligente.

—Pilar, eso es...

—Martín, ¿confías en mí?

Él dudó unos instantes. No se trataba de confiar o no, era más bien una cuestión de rectitud, de formalidad, y ahí no las había por ningún lado.

—Martín —insistió ella—. ¿Cuál es la mejor forma de asegurarse impunidad para cometer sus crímenes en un lugar donde sabemos que lo hará tarde o temprano?

El sargento lo meditó. Ahora sí lo vio claro.

—Teniéndonos ocupados, con el foco puesto en otro asunto. ¡Joder, me cago en la puta! ¡Monta! —exclamó señalando el coche en el que había llegado con el capitán.

Ambos corrieron a él. Justo cuando iban a subirse apareció, como de la nada, una figura menuda que les dio el susto de sus vidas.

—¡Mierda! —gritó el sargento de la impresión mientras miraba a la muchacha que los observaba apenas a unos centímetros del capó—. ¿Tú qué haces ahí? Aparta, que tenemos que salir pitando.

Ella pareció dudar. Estaba asustada. Muy asustada. Quería hablar, pero era como si no le salieran las palabras. Pilar la reconoció. Era la chica menuda que un rato antes le había llamado la atención de entre las prostitutas que había en el club. La que la miraba de forma especial.

—¿No me has oído? —insistió Martín.

—Yo vi asesino —dijo, con un fuerte acento ruso.

Pilar y Martín se miraron muy sorprendidos. Fue la guardia habló.

—Pues monta en el coche y nos lo vas contando, porque tenemos que salir pitando. Quizá podamos salvar la vida de una muchacha.

## Capítulo 16

*Sábado 30 de junio. 01:55 h. Llegando a La Parra. Almería.*

Martín estuvo a punto de batir un récord de velocidad en el trayecto Almería-La Parra. Los casi setenta kilómetros que separan una ubicación de otra apenas se habían notado gracias al pie de piedra maciza con que el sargento pisaba el acelerador.

La chica todavía no había hablado una sola palabra a pesar de la insistencia de los dos guardias civiles. Parecía atravesar algo muy parecido a un ataque de ansiedad. Las presiones de Martín contrastaban a todas luces con los intentos de Pilar por calmarla. Al final optaron por dejarla a su aire por si así recuperaba la compostura y les contaba eso que les había anunciado fuera del coche.

Ahora parecía respirar mejor.

Martín fue a hablar. Pilar colocó su mano sobre la de su hermano, que descansaba sobre la palanca de cambios del vehículo. El sargento comprendió que había que encontrar las palabras exactas para sonsacar a la muchacha y su hermana estaba más ducha en esos menesteres.

—¿Estás mejor? —preguntó con el mejor tono que fue capaz de encontrar.

Ella se limitó a asentir con la cabeza. Mejor parecía estar, pero calmada del todo desde luego que no. Era como si hubiera estallado al entrar al coche, pues cuando la vieron fuera no parecía encontrarse tan alterada.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman Olga.

—¿Te llaman? ¿No es tu verdadero nombre?

—Mi nombre quedó atrás en Madre Patria.

Ahora se veía cierto aire melancólico en su rostro. No es que fuera bueno en sí, pero de algún modo también se apreciaba algo más de relajación.

—Entiendo —contestó Pilar—. No quiero presionarte más. Si lo que nos has contado es cierto, entiendo que estés muy nerviosa, pero también quiero que comprendas lo importante que es que me cuentes con pelos y señales qué es eso de que has visto al asesino.

—Hombre viene no mucho tiempo. No hace ruido, no mucho dinero en mano como otros para mostrar poder, más tranquilo. El chico muerto hoy se acerca a él e invita a copa. Él hace con todos, es de esos dinero en mano. Ellos caen bien y beben varias noches juntos. Yo miro mucho y veo que hombre no bebe, finge beber, pero chico muerto bebe mucho. En muy poco tiempo, grandes amigos. Hace unos días hombre pide trío con chico muerto. Chico muerto siempre dice sí a todo. Hombre le dice que quiere sea conmigo, me lo dice chico muerto. Mucho dinero, yo acepto. Con viejos que vienen aquí todos días, ellos son regalo. Antes de pasar, con chico muerto ya dentro de habitación, él hombre para. Me dice en el pasillo que quiere guardar condón chico muerto y que como diga algo matará. Matará a mí, a mi hijo...

—Un momento, un momento... —intervino Martín—. ¿Él sabía que tenías un hijo? ¿Cómo podía saber eso?

—Ya te dije que es muy metódico, la habrá estudiad...

—No es difícil saber, aquí todas tenemos hijo. Todas trabajamos por hijo. Me da igual si sabe si verdad o no hijo, yo tengo miedo y no quiero problemas. Yo hago dice y ya está. Siempre hago dicen. Hicimos trío, pero él apenas participa. No polla dura y sienta en sofá. Yo sigo con chico muerto. Después le doy condón él quiere.

—¿Por qué no se lo dijiste a Zalenko? Estoy seguro de que un hombre como él jamás hubiera permitido que amenazaran a una de sus chicas.

—Porque él misma mirada que Konstyantyn y eso asusta. Él hombre malo como Zalenko, pero más callado, menos demostrar. Eso hace mucho más peligroso. Da miedo. Viendo cómo acaba chico muerto, yo razón. Sabía malo. Muy malo. Demonio.

—Joder... Pues ya tenemos una explicación de cómo tenía un condón con el ADN de Francisco García —le dijo Pilar a su hermano—. Ahora viene lo más complicado —habló dirigiéndose de nuevo a la que llamaban Olga—: ¿Podrías describirlo?

—Él guapo, chico normal, alto, delgado, pero músculo, piel no blanca del todo.

—¿Pelo?

—Poco largo de aquí —se tocó la cabeza—. Y negro.

—¿Ojos?

—Marrones y... no sé, normales.

—¿Alguna característica que pueda llamar la atención de él?

Ella negó con la cabeza.

—Joder, vaya —dijo Martín—. Entonces tenemos sólo a mil millones de sospechosos. Genial.

—Gracias, Olga —intervino Pilar para calmar los ánimos—. Ahora quiero que me escuches bien, nosotros vamos a participar en algo muy complicado. ¿Quieres que te dejemos en un lugar seguro y pedimos que venga una patrulla a recogerte?

—No, este coche normal, si Konstyantyn sabe que yo en coche policía con luz me mata sin preguntar por qué estoy ahí.

—Vale, vale —comentó Pilar.

—Pilar, también podemos pedir que vengan del parque móvil con uno sin distintivos. No debemos llevarla con nosotros hasta el final...

—Martín, hazme caso, no perdamos el tiempo en esto. Que espere en el coche. Porque lo hará sin moverse de aquí, ¿verdad?

La chica asintió sin pensarlo desde la parte de atrás. La idea de ir no sabía dónde con esos dos guardias civiles no le hacía demasiada gracia, pero una vez había cometido la temeridad de montarse en el coche con ellos, a sabiendas de que su propia vida podría estar en peligro si el Ruso se enteraba, tocaba llegar hasta el final.

Pocos minutos después, y con los nervios a flor de piel, llegaron al lugar marcado por ellos mismos como posible escenario elegido para el siguiente crimen por aquel psicópata de pelo poco largo, moreno y normal en todos los aspectos.

Martín, poco antes de alcanzar el punto, ayudado por una magnífica y reluciente luna ya menguante pero lo suficientemente grande todavía como para aumentar la visibilidad, optó por apagar las luces del vehículo y aparcar muy despacio.

Pilar se giró hacia el asiento trasero mientras sacaba su arma y se llevó el índice a la boca, advirtiendo a la chica que a partir de ese momento debía imperar el silencio.

Martín acababa de pedir refuerzos a través del COC. No quería que de ningún modo llegara un operativo antes que ellos para no espantar al asesino si todavía merodeaba por allí. Podía sonar a

maniobra arriesgada, y probablemente lo fuera, pero había que detenerlo de una vez por todas y comprendía que, sin ser fiable, aquella era la única opción viable para conseguirlo. No sabía cuánto tardarían en llegar esos refuerzos, aunque ellos dos no los iban a esperar.

Salieron del coche. No echaron los seguros, pues tampoco querían que la chica se agobiara estando totalmente encerrada. Tocaba confiar en que todo iba a salir bien dejándola ahí.

¿Un comportamiento poco profesional?

Puede.

Sin embargo, no estaban para detenerse a pensar en esas gilipolleces. Ahora debían actuar con aplomo para acabar con aquella locura.

Martín miró a su hermana. Sentía cierta aprensión al verla a su lado en algo tan arriesgado. No el tipo de miedo de no confiar en sus capacidades, no era eso. Era lo que todo hermano o hermana mayor siente al ver a alguien tan querido expuesto de esa forma. Eso que le llevaba a pensar que estaba dispuesto a recibir cualquier tipo de daño con tal de que ella no sufriera lo más mínimo. Tampoco es que necesitara sentirlo, pero le reconfortó tener ese tipo de pensamientos en un momento así.

Quería a su hermana con todas sus fuerzas y, aunque nunca se lo decía, el mero hecho de pensarlo le hacía sentirse bien consigo mismo.

Ambos echaron a andar.

No estaban demasiado lejos de la entrada del túnel. Justo pasaban por una señal que anunciaba el nombre del lugar en el que se encontraban, acompañada de otra que anunciaba el peligro de desprendimientos. No es que aquello pareciese estar iluminado por mil bombillas, pero la luna sí iluminaba lo suficiente como para caminar con cierta tranquilidad, ya que nada indicaba que algo anduviera mal.

Eso era bueno.

Pilar y Martín continuaron andando arma en mano. Sus corazones latían a un ritmo frenético. El de los dos. El bombeo de sangre era tan endiablado que hasta parecía que la notaran correr por sus venas. Esto también lo consideraron bueno, ya que les confería una suerte de seguridad saber que tenían los sentidos al doscientos por cien de sus capacidades.

Sin perder detalle al dar cada paso, llegaron a la zona en la que comenzaba el túnel. La decisión de elegir ese punto y no haberse situado en la salida se basaba en que, en el año 96, cuando ocurrió el crimen de referencia, el asesino lo había cometido en ese punto exacto. Los dos estuvieron de acuerdo en que, en caso de imitarlo, lo tendría en cuenta. Una vez en el inicio, miraron por el barranco. Ahí ya no se veía tan claro como desde la carretera; aun así, no parecía haber nada fuera de lugar. Pilar fue la primera en apartarse del saliente y observar a su alrededor. Todo tranquilo. Martín no quitaba ojo a lo que podía distinguir en el fondo del barranco, por si acaso, aunque nada le llamaba la atención.

Era posible que sí tuviera previsto actuar en el lugar, pero que todavía no hubiera llegado. O puede que ya lo hubiera hecho y, simplemente, desde donde estaban, no se viera el cuerpo de su víctima. Fuera como fuese, el aviso ya estaba dado y en cuanto llegaran los compañeros, iniciarían una búsqueda más concienzuda por si acaso.

Martín guardó su arma decepcionado porque su hermana no hubiera estado en lo cierto al sospechar que el asesino los estaba distraendo para actuar a sus anchas. No porque Pilar se hubiera equivocado, estaba claro que era una predicción difícil y arriesgada –aunque por otro lado lógica, y él la había aceptado como posible–; más bien porque tenía la íntima esperanza de llegar y encontrar a aquel desalmado con las manos en la masa. Se veía a sí mismo reduciendo a

ese hijo de la gran puta a punta de pistola. Porque en sus cavilaciones no presentaba resistencia al saberse vencido.

Aunque al parecer esa victoria todavía estaba lejos.

—¿Volvemos? —dijo él.

Su hermana se limitó a asentir. Apenas había movido la cabeza cuando un fuerte sonido los paralizó. En un primer momento no supieron de qué se trataba, pero enseguida lo identificaron con algo así como unas ramas rompiéndose.

¿Un animal?

Podría ser.

Sin embargo, pensando en las circunstancias que los habían llevado a aquel lugar aquella noche, prefirieron no dar nada por sentado y extrajeron de nuevo sus armas. Otra vez el ritmo cardíaco infernal y el bombeo de sangre demencial.

Martín se asomó de nuevo apuntando con su arma por delante. El ruido parecía provenir del barranco. El lugar no invitaba precisamente a una exploración aunque, siendo realistas, se podía pasar y rastrear con mucho cuidado.

Así que, sin mediar palabra, cruzó el quitamiedos de la carretera. Pilar lo imitó.

Una simple mirada de «lleva cuidado» bastó. Se la enviaron ambos.

Antes de dar un solo paso, oyeron otro crujido. Éste les puso el vello en punta, pues se asemejaba muchísimo al de alguien o algo corriendo. O andando de prisa.

Martín no lo pensó más y, aunque había evitado encender la linterna que llevaba consigo en la parte trasera de su cinturón, la extrajo y la puso en marcha. Ya le daba igual que el asesino supiera que estaban ahí porque, en caso de que sus sospechas fueran ciertas, probablemente ya lo sabía.

Apuntó con la linterna hacia la zona de la que parecía provenir ese sonido. Matojos, arbustos y árboles de no demasiado tamaño, además de piedras, de todas las formas y colores, sin salir de lo común del marrón y el gris, componían el terreno que alcanzaba a distinguir. Nada acerca de la fuente del sonido, así que tocaba avanzar para asegurarse. Martín comenzó a descender primero por tres razones: porque era el superior, porque llevaba la linterna y porque sí.

Sus pasos eran todo lo firmes que podían ser en semejante terreno. Quizá la adrenalina del momento no le dejaba pensar en lo jodido que sería dar un pequeño paso en falso y despeñarse por aquel barranco. Mejor así, porque caerse podría caerse igual, pero al menos no lo habría estado pensando todo el tiempo. Pilar tampoco perdía el tiempo en presentimientos de este tipo. Su concentración estaba totalmente enfocada en observar cualquier movimiento anómalo. Deseaba con todas sus fuerzas ver a un conejo salir corriendo porque eso significaría que seguramente habría sido él el motivo de su desazón. Aunque menudo conejo tendría de ser, porque aquel sonido había retumbado como si su autor pesara más de ochenta kilos.

Continuaron avanzando hasta que Martín creyó ver algo tirando en el suelo.

La parte positiva es que parecía moverse. Poco, pero se movía.

La negativa, que no sabían lo que era.

—¡Alto, Guardia Civil! —gritó el sargento sin pensarlo un segundo más.

Pero el objeto, o lo que fuera, seguía moviéndose. Parecía retorcerse de dolor.

Pilar se sentía como ausente de allí. Nunca había vivido, en toda su vida, una situación tan tensa como aquella y jamás pensó que la reacción de su cerebro sería esa. Como si todo aquello no fuera con ella. Como si su cuerpo fuera una entidad y su mente otra diferente. De hecho, escuchaba a su hermano gritar a lo que se movía como si estuviera muy lejos, a pesar de haberse detenido apenas un par de pasos detrás de él.

Así que necesitó de unos instantes para comprender lo que decía su hermano.

—¡Pilar! —gritaba.

—No estoy sorda —acertó a decir.

—Pues responde, hostia. Cúbreme, porque necesito comprobar qué es eso.

Ella asintió tratando de recuperar el control sobre su cuerpo. Intentó dejarse de historias y centrarse en lo que importaba.

Martín continuó descendiendo sin dejar de apuntar, con linterna y pistola, hacia el objeto. Según se acercaban más y más, los dos iban teniendo claro que aquello era una persona. Y cuando apenas les quedaban un par de metros, supieron que se trataba de una mujer.

Al instante volviendo a lo positivo: se movía.

Martín guardó rápido su arma y corrió hacia ella. Pilar lo cubría frente a un más que probable sobresalto, girándose nerviosa hacia un lado y otro a la vez que apuntaba con su pistola. Cuando el sargento llegó hasta la chica no dudó en tirarse al suelo para socorrerla. Se retorció de dolor y tosía del modo más áspero que Martín hubiera escuchado toser a nadie jamás. Pilar tenía un ojo puesto en la muchacha y el otro en los trescientos sesenta grados que era capaz de abarcar gracias a sus giros constantes de cabeza. Allí no parecía haber nadie aparte de ellos, al menos en ese momento, pero hacía muy poco que había estado alguien más, a juzgar por la situación que tenían delante. La chica era morena, aparentaba la misma altura que el resto de víctimas y, a pesar de la oscuridad, se podía observar el cierto tono tostado de su piel que bien podía denotar, si también se atendía a sus rasgos faciales, que era de etnia gitana.

Entre tanto retorcimiento, Pilar fue capaz de advertir un movimiento que le llamó poderosamente la atención, y es que no sin esfuerzo la mujer lograba levantar el brazo y señalar con su dedo hacia una dirección en concreto.

—¡Me voy a buscar a ese hijo de la gran puta! ¡Todavía tiene que estar por aquí cerca! ¡No te muevas de su lado!

Martín quiso decir que la que no tenía que moverse de allí era ella, que aquella era una situación demasiado peligrosa y que no dejaría nunca a ninguno de sus subordinados exponerse de aquella manera sin refuerzos. Y si no lo haría con sus subordinados, menos con su hermana. Lo quiso. De verdad lo quiso. Pero encontró algo en los ojos de Pilar que le indicó que mejor se quedara callado, junto a la que pudo haber sido víctima y no lo fue, para cuidarla mientras llegaban esos ansiados refuerzos. Quiso decirlo, pero en vez de eso le salieron estas palabras.

—Métele un puto tiro entre ceja y ceja, Pilar. ¡Méteselo!

Ella asintió y echó a correr en la dirección que había indicado la chica. El terreno era irregular y resbaladizo en algunos tramos; sin embargo, nada de eso importaba a la guardia que corría por allí como si aquello fuera una pista de atletismo. Reconoció que tuvo suerte al no pisar mal una piedra y quedarse sin dientes. No se recordaba a sí misma moviendo las piernas a la velocidad que ahora desarrollaba. Seguía una senda que no parecía llevar a ninguna parte y que, a su vez, ofrecía diferentes posibilidades de bifurcación que decidió desechar. Porque sí, porque su instinto le decía que el camino recorrido era el correcto. Salvaba los desniveles con una maestría inaudita para ella y, sobre todo, su resistencia le estaba dando la mejor noticia de todas, porque no se resentía por el cansancio. No lo hacía en absoluto. Puede que fuera el subidón de adrenalina, puede que fuera algo más. Pero sus piernas no se detenían. Siguió el camino que ella iba dando por bueno hasta que, sin darse cuenta, se vio a sí misma saltando el quitamiedos otra vez de regreso a la carretera. Estaba bastante lejos del coche en el que habían llegado hasta allí.

Pero ahí no había nadie. Ni rastro de que una persona hubiera pasado por aquel sitio.

En uno de sus giros, desconcertada y sin saber qué hacer, vio varias luces de focos acercándose. Le habrían parecido coches normales si unas luces azules no hubieran destellado encima de cada uno de los vehículos que se aproximaban.

Miró su mano y vio que llevaba la linterna que hacía unos minutos portaba su hermano mientras buscaban la fuente del extraño sonido. No recordaba en qué momento la había tomado de la mano de Martín. Decidió usarla en su favor y la movió airadamente para que las patrullas advirtieran de su presencia. Pasaron unos quince segundos hasta que tres coches con distintivos de la Guardia Civil se detuvieron en el punto en el que Pilar seguía haciendo señas. Ella explicó la situación y, aun sin tener el poder para hacerlo, ordenó a uno de los coches que diera media vuelta y recorriera todo el camino por si veía a alguien sospechoso deambular o esconderse por allí. Envio a la segunda patrulla a recorrer a pie, con las mismas indicaciones, el tramo que había entre donde estaban y donde habían aparcado su propio vehículo y se montó en el coche de la tercera para regresar, precisamente, hasta ese punto inicial. Había que socorrer a la muchacha.

Nada más montarse, pidió por el COC una ambulancia medicalizada y pusieron rumbo hacia la boca del túnel, que en coche apenas estaba a unos minutos.

En cuando llegaron, Pilar bajó del vehículo a toda velocidad con la intención de correr hasta donde habían encontrado tirada a la muchacha, pero no hizo falta porque en aquel instante vio a su hermano salir de entre la vegetación camino del quitamiedos que lo separaba de la carretera con la herida a remolque. La buena noticia era que, aunque con ayuda, caminaba por sí misma. Eso sí, no se quitaba las manos del cuello, señal de lo que estaba haciendo el asesino justo en el momento en que lo habían espantado con su llegada.

Pilar se acercó a ambos. Quiso sonreír al verla caminar. No le salía.

—No lo he encontrado. Puede estar por ahí escondido —dijo malhumorada.

—Pilar, ahora mismo eso no me importa, le hemos salvado la vida la chica.

—Ya, pero...

—Le hemos salvado la vida a la chica —repitió—. Ahora pediremos muchos más efectivos y organizaremos una batida, aunque dudo que lo encontremos. Seguramente tendrá la ventaja de haberse estudiado el terreno y ya estará lejos de aquí. Sé que no hemos acabado con esta puta locura, hermanita, pero hemos salvado la vida a la chica. No podemos pedir nada mejor.

Pilar asintió. Su hermano tenía razón.

En cuanto lograron pasar a la carretera, los dos guardias del vehículo en que se había montado Pilar se hicieron cargo de la muchacha. Martín se pasó los dedos por los ojos.

—Me tiemblan mucho las piernas —dijo sin más.

—No eres el único —respondió ella—. Creo que no he estado tan tensa en mi vida.

Pilar miró a su hermano para ver su rostro. Y lo vio, pero no era la cara de alguien que escucha. Al contrario, miraba hacia el coche en el que habían venido y había perdido el color.

—¿Y la rusa? —preguntó mientras echaba a correr.

Pilar lo imitó y trató de volar hacia el coche.

Martín abrió la portezuela, muy nervioso, ante la mirada estupefacta de los dos guardias que intentaban, a su vez, socorrer y consolar a la desquiciada chica malherida.

Dentro del coche no había nadie.

—¡Me cago en la puta, lo que faltaba ya! —rugió desesperado.

Pilar no podía hablar, sólo respiraba rápido y daba vueltas con la esperanza de verla aparecer dando a entender que había sido una confusión, un susto, un desatino, y que ella estaba bien. Pero no la veía.

—¿Cómo coño se la ha podido llevar? ¿Se la ha echado al hombro o qué? —Verbalizó sin entender qué narices podía haber pasado.

Un ruido se dejó oír entre los arbustos. De ellos asomó Olga, que se colocaba la falda en su sitio. Pilar no sintió ganas de llorar, directamente soltó un par de lagrimones en cuanto la vio con cara de no entender nada.

—Yo mear —dijo sin variar su gesto de sorpresa ante tanta expectación.

—Me cago en tu puta madre —dijo Martín sin medir sus palabras—. Monta en el coche y estate quieta, que solo me falta que desaparezcas tú ahora para que me dé un puto infarto.

Ella obedeció y se metió en el vehículo sin decir ni palabra.

Martín y Pilar respiraron aliviados. Aunque no lo dijeron en voz alta, el plan a seguir a continuación estaba claro: esperarían a que llegara la ambulancia. Entre tanto verían si, con mucho tacto, la herida podía contar algún detalle del agresor o de la agresión que acababa de sufrir, aunque, a juzgar por el estado de su sistema nervioso, la cosa iba a ser algo complicada. Una vez se hubieran asegurado de su bienestar, dejarían a la rusa con una de las patrullas y volverían a casa para lanzarse sobre sus camas y no abrir los ojos hasta que no fuera estrictamente necesario. La jornada siguiente sería otra y en cuanto tuvieran el testimonio de la muchacha puede que se esclarecieran y cambiaran muchas cosas.

El problema de los planes es que la mayoría de veces no salen como uno desea. Y ésta iba a ser una de esas ocasiones. Porque ellos ya soñaban con descansar un poco por fin, pero el destino les tenía preparada la madre de todas las sorpresas. Aquel caso estaba destinado a terminar aquella misma noche. Para bien o para mal.

Sábado 30 de junio. 08:39h. ¿¿???. Almería.

Resumir cómo fueron las últimas seis horas era un ejercicio tremendamente complicado. Ya no por lo frenético y reciente de los acontecimientos vividos, qué va. De hecho, pasarían los años y Martín todavía no lograría contarlo todo de un modo más o menos coherente. Y es que los hechos acaecidos aquella aciaga noche eran dignos de una serie líder en audiencias en cualquier plataforma de *streaming*. Pasó de todo. Pasó demasiado deprisa. Ellos lo vivieron, pero pese a todo se sintieron como meros espectadores de un *show* que nunca imaginaron. Que no previeron.

Martín se limpiaba la sangre de las manos todavía en *shock*. La veía escaparse por el sumidero del lavabo, guiada por el agua de un grifo a medio abrir, todavía sin creer que aquel líquido entre rojizo y negruzco hubiera salido del cuerpo de hermana.

SEIS HORAS ANTES

# Capítulo 17

*Sábado, 30 de junio. 03:12 h. Comandancia de la Guardia Civil. Almería.*

Martín llegó a Comandancia, al parque móvil, casi sin darse cuenta del tiempo que había estado conduciendo. No fue demasiado, eso seguro. Iba tan absorto en sus pensamientos que entre subirse al coche en La Parra y bajarse ya en el aparcamiento hubo como una especie de período ausente de la realidad. La sensación de Pilar no fue distinta en este aspecto. Ninguno de los dos se dirigió la palabra, no por nada, sino porque el flujo de ideas que avanzaba a una velocidad demencial por sus cerebros no les dejaba hacerlo.

Era tarde y no habría habido ningún problema en que Martín hubiera decidido aparcar el coche en su propia calle, cerca de su casa; sin embargo, tenía la extraña manía de no hacer uso de los vehículos oficiales fuera de un requerimiento y prefirió dejarlo donde debía y dar un pequeño paseo a casa junto a su hermana para despejar un poco sus mentes. No sabía si ella lo necesitaba tanto como él, pero tanto más le daba, porque el corto trayecto hasta la vivienda de su tío le iba a venir de perlas para dejar un poco atrás la tensión acumulada.

Al menos eso pretendía.

Ni siquiera habían salido todavía del parque móvil cuando el teléfono de Pilar comenzó a sonar.

Miró el terminal, asustada por si la llamada era de su tío. No lo era. En la pantalla se veía un número demasiado largo. Sólo necesitó de un par de segundos para comprender que, en realidad, eso era peor.

Contestó.

—¿Sí?

—Egea –no le costó reconocer la voz de la cabo Ríos–, ¿le puedes preguntar al sargento de mi parte, con el mayor respeto posible, para qué cojones lleva encima un teléfono móvil?

Ella no supo reaccionar en un primer momento porque no esperaba algo así, pero cuando lo hizo, instó a su hermano a comprobar su terminal. Cuando éste lo miró se dio cuenta de que, en efecto, lo tenía apagado. La explicación era sencilla: solía cargar el teléfono cada día porque la batería no daba para más y aquella noche, debido a los acontecimientos, no lo había hecho.

—Ya le he echado la bronca, cabo. ¿Qué necesita?

—¿Dónde estáis?

—Estamos aquí abajo, mi cabo, en el parque móvil. Acabamos de llegar y estábamos dejando el coche.

—Pues volved a él, yo bajo enseguida y nos marchamos para El Puche.

—¿Ahora? –preguntó incrédula.

—Ahora. Han encontrado muerto al padre de Carmen María Rodríguez.

—¿Perdona? ¿Pero muerto normal o muerto asesinado? –preguntó Pilar torpemente.

Se escuchó un suspiro en el otro lado de la línea.

—En fin, que bajo.

Pilar miraba el terminal sin entender nada. Martín, que había escuchado perfectamente la conversación, entendía menos.

*Sábado, 30 de junio. 03:40 h. El Puche, Almería.*

Los tres guardias civiles tenían claro que, sin duda, El Puche era de esos barrios que no descansaba ni siquiera a altas horas de la madrugada. Esto lo sabían, pero lo que encontraron al llegar se asemejaba más a una zona de guerra que a un barrio popular almeriense. Las calles estaban repletas de gente. El problema en sí no eran los que cuchicheaban entre ellos comentando casi seguro cualquier aspecto de lo que parecía haber ocurrido, el problema eran aquellos que increpaban sin cesar a los guardias civiles que trataban de mantener controlada a la turba. Se escuchaban gritos como «Aquí matan gente casi todos los días, ¡por fin tenéis los cojones de aparecer!» o «¡La puta droga se está cargando este sitio y os da igual!» junto a otros más graves, en los que niños menores de edad amenazaban de muerte a los guardias tapándose la cara con una camiseta, que eran de todo menos esperanzadores.

Martín, Pilar y Cayetana no estaban para eso. Cuando bajaron del coche, que aparcaron lo más cerca posible del lugar de los hechos, sólo pensaban en que el gentío tenía razón en lo de que era un barrio en el que solían pasar desgracias. Quizá no tan a menudo como gritaban, aunque sí con más frecuencia de la que a cualquiera le gustaría, pero el caso que les ocupaba parecía alejarse demasiado de los ajustes de cuentas y reyertas a los que estaban habituados. Era demasiada casualidad que esa noche hubieran asesinado al padre de una de las víctimas de un caso que ya había sobrepasado todos los límites de la barbarie.

Por narices tenía que haber algo más.

Tenía que haber una relación.

Antes de pasar al inmueble, Martín echó un vistazo rápido entre los compañeros que se habían desplazado para cubrir el incidente. Buscó al capitán con la mirada. No lo encontró. Quizá todavía estuviera en el puticlub o en cualquiera de los otros frentes que tenían abiertos.

¿Qué clase de noche era aquella?

Según iba transcurriendo, le apretaba la insensata certeza de que de un momento a otro se iba a despertar. Porque aquello tenía pinta de ser una horrible pesadilla. ¿Qué otra cosa, si no? Pero mientras no despertara le tocaba seguir adelante, por si acaso no lo era, así que sin más se acercó hasta la ambulancia que había detenida a pocos metros de la casa. Según le había contado Cayetana durante el trayecto, la que se había encontrado el percal era la vecina con la que ellos habían hablado días atrás. Poco más sabía del asunto ya que las informaciones eran muy confusas. Alguien, no sabía si un médico o un enfermero, la estaba atendiendo en ese momento. Parecía fuera de sí, a juzgar por cómo respiraba con la mano apostada sobre su pecho. Movía la cabeza en señal de negación hacia un lado y otro. Le tomaban la tensión en el brazo libre.

El sargento dudó si abordarla o no. Esa indecisión venía dada por su propio proceder en la escena de un crimen. Él era más de ver cómo había quedado la escena y, a partir de ahí, analizarla

como era debido. Puede que fuera por la influencia de Pilar, puede que fuera porque el peso del caso le empujara a actuar de otro modo, ahora sentía la necesidad de acercarse a la testigo y querer saber cuanto antes en qué circunstancias había encontrado el cuerpo. Quizá en esos detalles radicaba el poder adelantarse un paso al asesino, o no. Y, teniendo en cuenta la tremenda distancia que los separaba, era la mejor idea.

Así que se acercó todo lo que pudo a la mujer.

—¿Puedo hablar con usted? —preguntó sin andarse con rodeos.

El sanitario que la atendía levantó la mano sin perder la concentración en lo que estaba haciendo. Martín no estaba para seguir perdiendo el tiempo. Ya no le quedaba nada de paciencia.

—¿Me recuerda? —insistió—. Hablamos hace unos cuantos días en su casa, ¿podría hablar con usted?

El de emergencias puso mala cara, pero no dijo nada al ver que ni un meteorito habría detenido al sargento, por lo que pensó que lo mejor era dejarlos un rato a solas dado que la mujer sólo estaba alterada.

Ella lo miró bien. De arriba abajo. Quizá fue un efecto secundario del *shock*, pero no lograba identificar al individuo que le hablaba.

—Señora, vinimos mi compañera y yo —señaló a Cayetana—. Queríamos hablar con Manuel, pero él se negó a recibirnos y usted nos invitó a pasar a su casa. Nos contó varias cosas. ¿Lo recuerda ya?

Ella hizo el amago de hablar, pero finalmente se conformó con asentir con la cabeza. Ahora sí los recordaba.

—¿Puedo pedirle, por favor, que me cuente qué ha pasado? —Martín suavizó tanto sus palabras que hasta se sorprendió a sí mismo.

La mujer tomó aire antes de hablar.

—No duermo bien. El médico me mandó unas pastillas, pero yo no quiero tomarlas. Cuando se pierde a gente por la maldita droga a una le da miedo hasta tomar algo cuando tiene fiebre. Me paso las noches con los ojos abiertos. Hoy he escuchado unos ruidos raros. Manuel será como sea, pero no da follón por las noches. Me he asomado y he visto sombras raras moverse dentro de la casa y se escuchaba bastante jaleo. Después he oído gritar a Manuel como a una gallina cuando le... Perdón... no debería haber dicho eso...

—No se preocupe, lo está haciendo muy bien.

—Yo lo pienso ahora y no sé qué mierda se me ha pasado por la cabeza para salir de casa a ver qué pasaba. Si lo mejor es estarse una quietecita y a salvo, pero se me ha ido el seso y he venido a mirar. Me he encontrado a alguien rebuscando en un cajón. He girado la cabeza rápido y he visto a Manuel ahí, tirado en el suelo, lleno de sangre el pobre... He gritado como una loca y ese hijoputa ha salido corriendo. Me ha dado un empujón que casi me mata a mí también. Me he estampado contra la pared, aunque no me he hecho nada.

Comenzó a llorar.

—Pero Manuel estaba ahí... Yo... ¿Por qué?

Pilar dio dos pasos adelante y se plantó junto a la mujer.

—Tranquílcese. Entendemos lo que siente ahora mismo, pero usted ha hecho lo mejor que podría hacer. Porque ha sido usted misma la que ha llamado a emergencias, ¿verdad?

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Es una valiente —Pilar continuó ensalzándola. Martín, que ya comenzaba a entender cómo hacía su hermana las cosas, sabía que sin ser demasiado descarada trataba de que la mujer

recuperara parte de su autoestima para que su cerebro se esforzara más al contestar la pregunta que estaba a punto de hacerle—. Y, dígame, ¿ha conseguido ver a la persona que estaba haciendo eso?

Momento de silencio.

A la mujer, quizá, se le pasó rápido. A Martín, Cayetana y Pilar les pareció eterno.

Al final ella negó con la cabeza.

—¿De verdad que no llegó a verlo bien? —volvió a preguntar una incrédula Cayetana.

—No, ha sido todo demasiado deprisa. Yo se lo he contado despacio, pero ha pasado todo en medio segundo. He visto a alguien alto, eso sí, pero rápidamente he mirado hacia Manuel y ahí ha sido cuando ese hijoputa me ha empujado y ha salido. No he podido.

—No se preocupe —dijo Pilar, tratando de disimular la decepción en su rostro.

Martín avisó al sanitario para que continuara con su labor. Los tres investigadores comprendieron que de allí no iban a obtener nada más y que lo mejor era entrar a ver el panorama.

Como Sergio y Rafa todavía estaban ocupados en la escena anterior, a ésta había tenido que venir otra unidad de Policía Judicial. Y trabajaban a destajo, al parecer. Nada más entrar en la casa se encontraron con un amplio salón. Bastante destartado, sí, pero amplio como no podía imaginarse uno en aquel barrio. No se habían personado para inspeccionar la vivienda y el cadáver estaba tirado justo en medio de la primera estancia, encima de un enorme charco de sangre, así que inevitablemente sus ojos se dirigieron hacia él. Tumbado boca arriba yacía el cuerpo de Manuel. Al verlo aparecer por el umbral de la puerta, los técnicos encargados de la inspección ocular se acercaron rápido al sargento.

—Buenas noches, mi sargento —dijo uno de ellos—. Soy el cabo Martínez y él el guardia Antón, sabemos quiénes son ustedes porque estamos siguiendo de cerca la investigación que llevan entre manos. Menuda se ha montado aquí —dijo dándose la vuelta sobre sí mismo.

—Necesito que me saques de la cabeza el primer pensamiento lógico —dijo Martín al cabo de la Judicial.

—¿Que se trata de un robo por lo que se deduce de lo que cuenta la testigo? Pues ya nos lo confirmará el forense, pero parece que hay demasiada rabia contra la víctima para tratarse de un simple robo.

Martín miró detenidamente el escenario. Desde donde estaba él no se veían demasiado bien los detalles; aun así, tenía pinta de que lo que le decía el cabo era cierto. No es que dudara tras escuchar la versión de la mujer, pero era algo que necesitaba confirmar porque muchas veces las cosas no son lo que parecen.

—Supongo que el cajón que dice la mujer es ése... —medio afirmó señalando con su dedo.

—Debe de ser. No hemos accedido a él todavía, como entenderá, es más importante establecer una zona de paso segura y nos está costando.

—¿Tienen un traje estéril para mí?

—Claro... —contestó el cabo sin entender—. En el coche.

—En realidad necesito tres —añadió señalando con la mirada a los dos miembros de su equipo.

—Está bien... Vengan conmigo.

Salieron para volver a los pocos minutos ataviados con los monos de rigor. El cabo sudaba más de lo habitual porque la petición del sargento era demasiado comprometedor para él. Aunque en el fondo no podía negarse por más que en su mente los viera destrozando la escena del crimen con sus pisadas torpes y sus manazas. Sobre todo, teniendo en cuenta el cariz de la

investigación.

Tras el agradecimiento del sargento, que no significaba más que una orden para que continuara a lo suyo, el cabo Martínez se alejó de los tres.

Martín miró hacia el mueble y, cuidando de cada uno de sus pasos, comenzó a andar hacia él. En línea recta. Poniendo un pie justo por delante del otro. Mirando concienzudamente para tratar de no provocar un desastre que desmontara una posible acusación futura. Tanto Cayetana, que lo seguía, como Pilar, que cerraba el grupo, lo imitaron.

Tras unos metros que parecieron eternos, se plantaron frente al mueble. Era una cajonera ancha, de madera muy antigua, en unos tonos que oscilaban entre el gris oscuro y un marrón peculiar.

—Pilar —comenzó él a hablar—, haz tu maldita magia y dime qué estaba buscando ese hijo de la gran puta. Necesito que me digas qué puede haber aquí tan importante como para hacerle eso de ahí a una persona.

Ella lo miró muy extrañada. ¿Cómo que hiciera su magia? ¿Quién pensaba que era, David Copperfield? Optó por no contestarle con una bordería. La situación era bastante peliaguda.

—Lo que está claro es que no es un objeto demasiado grande. Al menos de alto —dijo, señalando la evidencia de que los cajones eran anchos, pero bajitos—. Se me ocurre dinero, papeles, fotografías, incluso prendas de ropa...

—Suponiendo que supiera que lo que venía buscando estaba aquí. Porque no sabemos si se ha lanzado a buscar donde primero ha pillado y enseguida ha sido descubierto por la señora de ahí fuera —puntualizó Cayetana.

—No —sentenció la agente—. Buscaba aquí. Tenemos que pensar en cómo ha ido actuando hasta ahora. Fue preparando el terreno con cada una de sus víctimas, incluyendo a Francisco García, y me atrevería a asegurar que a Manuel también. No deja nada al azar, eso le pondría muy nervioso. Si ha entrado ha sido con la clara intención de buscar algo concreto en un sitio concreto. Esto lo demuestra la forma en la que parece haber matado a Manuel. No ha sido práctico, se ha ensañado. Siente rabia contra él.

—¿Y cómo sabemos si ha encontrado o no lo que buscaba? No creo que haya dejado incompleta su misión y se haya marchado. Si ya había reducido a la mujer, habría vuelto a por lo que buscaba.

—Porque insisto en lo mismo, lo tiene todo muy estudiado. Es una persona tan insegura que necesita hacerlo todo del modo previsto. Si algo no sale como él piensa, se bloquea y ya no sabe qué hacer. Si hubiera sido dueño de su mente en ese momento, os aseguro que la mujer no habría vivido para contarlo. Pero su repentina presencia fue algo que se escapaba de su plan y de su control. No podemos esperar que todos estos psicópatas actúen con una frialdad extrema. Puede que no tengan remordimientos, aunque sí que pueden ser seres extremadamente inseguros y nerviosos. Y nuestro hombre lo es. No sé si se ha llevado lo que buscaba o no, pero lo mejor que podemos hacer es mirar qué narices hay aquí.

Martín asintió y, con sus enguantadas manos, comenzó a sacar cosas de un cajón. Lo primero, lo que estaba arriba del todo y se veía, fueron unas servilletas muy horteras —o eso les pareció a los tres, sin distinción— que colocó sobre la parte superior del mueble. El sargento iba despacio, como si estuviera estudiando al milímetro cada uno de sus movimientos. No quería fastidiar un posible indicio o, simplemente, el objeto que buscaba.

No necesitó ser demasiado minucioso para darse cuenta de que, en el primer cajón, aparte de aquellos trapos no había nada más.

Con cuidado extrajo el segundo cajón del mueble. Despacio, como si fuera tan delicado que un mal movimiento pudiera hacerlo añicos.

Lo primero que vieron fue más servilletas feas. El sargento comenzó a extraerlas como había hecho con las anteriores. Llevaba sacadas cuatro cuando encontró algo que le llamó la atención. Era un sobre con aspecto de esos antiguos que daban en las tiendas de fotografía cuando se llevaba a revelar un carrete. Dentro conservaba unas cuantas instantáneas.

—¿Podría ser esto? —preguntó retóricamente Cayetana.

Martín sólo pudo encogerse de hombros mientras giraba el paquete de fotos hacia un lado y hacia otro. Como si quisiera encontrar algún tipo de distintivo en él que le indicara que era el objeto correcto, el que el asesino buscaba.

Sin perder ese cuidado con que lo había manipulado todo, extrajo las fotografías del sobre dejando éste encima del mueble, al lado de las servilletas.

¿Cómo saber qué buscaban en concreto, en caso de ser eso lo que el asesino quería?

No tenía la menor idea, pero la incógnita sólo podía resolverse revisando las imágenes una a una.

Todas eran fotografías intrascendentes. En algunas se veía a un Manuel bastante más joven, sin el aspecto deplorable que presentaba el día que los recibió. Incluso se podía decir que tenía otra mirada. Sonreía en muchas de ellas. En la primera aparecía levantando un pez de grandes dimensiones, probablemente un atún, por la forma. Martín se fijó en el tipo que lo acompañaba. Sonreía al igual que Manuel; puede que fueran amigos. En otra posaba enseñando un botellín de cerveza y riendo abiertamente. Salía solo. En la siguiente se le veía en una parcela sin construir y a un perro corriendo hacia él. Era negro y al parecer muy grande. Cuando miró la cuarta, no tuvo más remedio que detenerse. Manuel salía en el centro. Hacía un gesto extraño hacia la cámara, como si estuviera diciendo algo muy gracioso. Martín pensó esto porque junto a él, a cada uno de sus lados, aparecían dos personas más, riéndose. Una de ellas era el mismo tipo que salía en la foto junto al pez. Pero medio segundo después de la primera ojeada, el sargento ya había puesto todo su foco sobre el otro individuo porque le sonaba muchísimo su cara y conseguía recordar por qué.

Fue Pilar quien lo identificó.

—¿Ése no es el de los mármoles?

Una simple frase bastó para que el cerebro del sargento asimilara toda la información de golpe y entonces lo viera claro. Por supuesto que era él. Ahora estaba más gordo, su cabeza llena de canas y su gesto poco tenía que ver con el del joven sonriente de la vieja instantánea, aunque no había dudas de que era él.

—Espera, espera —intervino Cayetana—. ¿Me estáis diciendo que Francisco García padre y Manuel, el padre de una de las víctimas, eran amigos? ¿Y que además Manuel acaba de ser asesinado por alguien que buscaba, muy probablemente, estas fotos para vete tú a saber qué?

La pregunta no necesitaba respuesta, pero pese a ello los otros dos se hicieron un rápido esquema mental que los llevó a una única conclusión.

—¡Vamos! ¡Al coche! —gritó Martín—. ¡Si Francisco García no es el asesino, será el siguiente!

Antes de salir de puntillas de la casa, Pilar no pudo apartar la mirada de la siguiente foto. La quinta y última. En ella aparecía la esposa de Manuel junto a él. Pero no fue su gesto serio lo que le llamó la atención de la instantánea.

## Capítulo 18

*Sábado 30 de junio. 06:14 h. Exterior casa Francisco García. Macael. Almería.*

El camino a Macael fue el más largo de su vida. O, al menos, él lo percibió así.

Viajaba con asiduidad a la capital, por lo que la distancia recorrida ya le era familiar. Pero nunca tuvo que hacerlo tras el *shock* recibido en la peor noche que recordaba.

Francisco García recibió la llamada a eso de las once y media de la noche. Quizá eran las doce. La primera de sus normas era que nadie lo podía llamar a esas horas salvo que fuera algo tan urgente que no hubiera más remedio que comunicarse con él. La segunda, que no contestaba llamadas de números desconocidos una vez hubiera terminado su jornada laboral. La del trabajo legal, por supuesto.

Todo se fue al garete al comprobar que quien lo hacía se refugiaba detrás de un número oculto y, para qué mentir, eso hizo que le picara la curiosidad.

Sinceramente, hubiera apostado a que se trataba del Ruso con cualquiera de sus tonterías y que por eso ocultaba el número, por pura paranoia; no era así. Cuando contestó, comprobó que la llamada provenía de la Comandancia de Almería. Lo primero que hicieron fue disculparse con él, porque solían resolver este tipo de cuestiones en persona, pero el volumen de trabajo que tenía el cuerpo armado aquella noche obligaba a hacerlo por teléfono. No le desvelaron demasiados detalles de por qué se le reclamaba en el *Night Club* La Cangrejera II. Se le habló de un accidente y poco más.

Francisco, que de tonto tenía poco, dedujo que el asunto tenía que ver con su hijo, aunque, sinceramente, pensó que se trataba de una simple pelea: probablemente su primogénito le habría roto una botella en la cabeza a cualquier tipo que le hubiera llevado la contraria y ahora él tendría que arreglar el entuerto. No era la primera vez que ocurría.

Por desgracia, nada tenía que ver con algo así. Ojalá.

Ni siquiera supo explicarse cómo aguantó el tipo cuando le comunicaron lo sucedido. No, porque de pronto solo tenía unas ganas tremendas de estampar su lujoso vehículo contra cualquier árbol y acabar con todo en aquel preciso instante. Pero no lo hizo. Condujo hasta su casa. Le habían dicho que hasta el amanecer no practicarían la autopsia a su hijo y, por tanto, no podría velar su cuerpo, así que, ¿qué mierda iba a hacer quedándose allí?

Conmovido por la barbarie de lo ocurrido, Zalenko olvidó eso de que «en público no se conocían de nada» y le ofreció a García todo su apoyo y un lugar donde quedarse por si no quería regresar a Macael. Francisco lo declinó. Quería estar solo. Necesitaba tiempo en silencio para pensar dónde coño encontraría las palabras para que, cuando su mujer descolgara el teléfono, relajada y alejada de todo en Marbella, pudiera contarle que algún hijo de la gran puta le había arrebatado la vida a su hijo. A su pequeño. Porque él había renegado en demasiadas ocasiones de sus tonterías y de que se comportara como un auténtico imbécil, pero no dejaba de ser su pequeño. Ese niño que el día de su nacimiento sostuvo en brazos sin acabar de creerse que a partir de entonces sería padre para siempre. Ése al que, por su trabajo y sus chanchullos, apenas vio crecer

y al que, a pesar de ello, nunca le negó nada. Ése que emprendió su propio camino de rebeldía y al que nunca echó nada en cara. Había sido un chaval malcriado con un padre entregado a hacer dinero y una madre centrada en cómo gastárselo.

Y ahora ya no estaba. Alguien se lo había quitado. Y lo peor es que tenía una ligera idea de quién podía haber sido. Llevaba unos días dándole vueltas a un viejo recuerdo a partir del feo asunto de las putas. Eso le trajo a la memoria algo que había sucedido algunos años atrás y en lo que él, de algún modo, había estado involucrado.

¿Sería posible? Manuel se había alejado de él con la promesa, hecha sin coacción, de que no contactarían nunca. Ahora sería un viejo, como lo eran él, y además ¿cómo iba a reaparecer con la determinación necesaria para llevar a cabo semejante carnicería? Por muy borracho y colocado que estuviera su hijo, se necesitaba bastante más que un tipo de sesenta años, que a saber qué vida habría llevado, para hacerle lo que le habían hecho. Y, lo más importante, seguramente estuviera muerto. Francisco ni siquiera podía creer que Manuel siguiera vivo. Era imposible.

Pero, entonces, ¿quién narices estaba sembrando tal caos?

Imbuido en esos pensamientos, que de algún modo lo alejaban durante unos segundos del verdadero dolor que sentía por dentro, llegó de nuevo a su casa.

La iluminación en los alrededores del inmueble, alejado de todo y de todos, siempre había brillado por su ausencia, pero en la claridad de la noche, reforzada por los potentes focos de su vehículo, pudo ver que había un coche aparcado ante la entrada.

No era la primera vez que se encontraba con algo así. Debido a la ausencia de luz y a lo lejos que estaba el acceso del resto de viviendas en aquella urbanización, muchas veces se encontraba con un coche en el que los dos jóvenes de turno follaban como conejos. Empezaba a estar harto de que consideraran aquel lugar retirado como un picadero y se propuso darles el susto de sus vidas. Tenía la cabeza él para pocas tonterías en esos momentos.

Se bajó del vehículo y fue directo hacia el lado del conductor. Pero el sorprendido fue él al ver, sentado ante el volante, a un muchacho de no más de treinta años, al parecer solo dentro del coche. No es que fuera algo extraordinario que alguien fuera hasta allí para hacerse una paja a solas, pero a juzgar por su gesto no había aparcado allí para eso. Cuando el joven separó las manos del volante y salió despacio del vehículo, Francisco pudo verle la cara y lo reconoció.

Era uno de sus conductores.

¿Podía ser el que supuestamente había aparecido con el camión repleto de putas que había abandonado en mitad de la carretera y que casi le cuesta un disgusto con Zalenko?

Apostaría sus manos a que sí.

En circunstancias normales le habría agarrado por la cabeza y se la habría estampado varias veces contra el capó del destartado coche que conducía. Pero, quizá aletargado por el *shock* del brutal asesinato de su hijo, no fue capaz de reaccionar como lo habría hecho en cualquier otro momento y prefirió dejar que el chico hablara.

—Don Francisco, perdone que me presente a estas horas —comenzó a decir el joven con un tono que sonaba desesperado—, pero necesitaba venir cuanto antes para darle una explicación sobre lo que pasó. No quiero líos y tengo que contarle mi versión cuanto antes.

Francisco tomó aire por la nariz, lo aguantó durante unos segundos en sus pulmones y después lo soltó por la boca, despacio. Meditó bien su respuesta.

—Chico, ahora no es el momento. Necesito estar solo y despejar mi cabeza. Vuelve mañana y hablaremos; te prometo que no te pasará nada. No tengo ahora el capullo para tonterías.

—No me entiende, don Francisco. No es que no le tenga miedo, pero en esta ocasión no me

refiero a usted. Tengo miedo del loco ese del ucraniano, que me dijo que como me fuera de la lengua me mataría y antes se cargaría uno a uno a toda mi familia.

El empresario lo miró sin saber qué decir. ¿Eso era cierto? ¿El Ruso se la había jugado y había tenido los santos cojones de mentirle de aquella forma? Fue increíble la cantidad de preguntas que de pronto cruzaron su cabeza, pero la que más se repetía era si no estaría también ese maldito psicópata tras la muerte de su hijo. Si le había traicionado de aquella manera, ¿habría matado también a su pequeño? Y lo más importante: ¿por qué?

Mientras pensaba todo eso, el chico se echó las manos a la cara y comenzó a llorar desesperadamente. En un primer momento Francisco no reaccionó, no se lo esperaba, pero enseguida su instinto actuó por él y se acercó a ofrecer consuelo al chaval. Para bien o para mal, era uno de los suyos y no permitiría que ese maldito loco de Europa del Este le hiciera nada.

Para su sorpresa, quien sí lo hizo fue el chico que, en un rápido movimiento y aprovechando que Francisco se había acercado desprevenido, le asestó tal puñetazo en la cara que el empresario perdió de inmediato el conocimiento.

El chico miró a uno y otro lado escrutando el entorno.

Silencio y soledad, tal y como esperaba y tal y como a él le gustaba que ocurriera para poner punto final a su actuación.

Se agachó y cogió a Francisco García por los pies, no sin antes quitarle las llaves de casa que encontró en uno de sus bolsillos. Lo arrastró hacia el interior de la vivienda y al traspasar la puerta volvió a comprobar a su alrededor. Nadie.

Nada.

*Sábado 30 de junio. 06:37 h. Exterior casa Francisco García. Macael. Almería.*

Últimamente, lo de hacer los trayectos en silencio se había convertido en algo parecido a una norma no escrita. Puede que el flujo de pensamientos de cada una de las cabezas que ocupaba el interior del vehículo fuera la causa de esto. Sin embargo, en este viaje en concreto, la regla se había roto por completo y la conversación no cesó desde el instante justo en el que se montaron los tres en el coche para salir a toda velocidad hacia Macael en dirección a la casa del empresario Francisco García.

Los refuerzos ya estaban pedidos y hasta iría el capitán, que por fin había logrado despegarse del juez que insistía en que el incidente del puticlub tenía algo que ver directamente con el dueño del negocio mientras el guardia civil se mantenía firme en que nada más lejos.

Volviendo a la conversación que se mantenía en el coche, el tema estrella, lógicamente, era aquella foto que habían encontrado en la que aparecían Manuel, Francisco García y un tercer tipo del que desconocían la identidad. Diversas teorías se lanzaban a razón de, al menos, un par cada cinco minutos. Si en algo parecían estar de acuerdo era en que, muy probablemente, ese tipo que aparecía junto a ellos podría ser la persona que actuaba ahora. Tendría una edad avanzada y quizá era esto lo que les echaba algo para atrás en sus elucubraciones, pero ¿qué otra explicación se le podía dar? Además, ¿por qué el asaltante y asesino de Manuel buscaba esa foto? Porque si de algo no tenían dudas era de que la buscaba. Demasiada coincidencia que, además, apareciera

Francisco García en ella.

En realidad, todo el peso del debate lo sostenían el sargento y la cabo, ya que Pilar apenas abrió la boca. Miraba por la ventana y pensaba sin cesar en la última foto, la que ella vio y sus dos compañeros no. No podía sacarse de la cabeza el rostro de la mujer que aparecía en ella. Bueno, más que el rostro, su oscuro cabello y su piel morena. Evidentemente, no podía hacerse una idea exacta de la estatura de la mujer viendo sólo su imagen, pero apenas mediría unos pocos centímetros menos que Manuel. Y por lo que podía deducir tras ver su cadáver en el suelo, el tipo rondaría más o menos el metro sesenta.

Esto clarificaba algunas cosas en su cabeza a la vez embrollaba otras tantas. Puede que más de lo segundo que de lo primero.

El vómito de palabras le subía por el esófago y en más de una ocasión se vio tentada a contar lo que se le estaba pasando por la mente, pero logró controlarse y no decir nada por una razón. Una que era muy suya y con la que estaba decidida a seguir hasta el final.

Para saber si podría llevar a cabo el plan que había ideado en silencio necesitaba saber el estado de los acontecimientos. El capitán les había contado que el empresario García había abandonado el *Night Club*, minutos antes de que ellos salieran desde El Puche, para tratar de descansar hasta que comenzara la autopsia de su hijo y pudiera conocer más detalles acerca de su muerte. Por muy mafioso que fuera, todavía se hacía valer gracias a su dinero y su influencia, pues pocas familias tendrían acceso a la información que él iba a manejar casi de inmediato sin haber pasado, al menos, un par de semanas.

Esto apenas importaba a la guardia.

Ella iba tan centrada en lo que pretendía hacer si se daban las circunstancias que lo único que hacía era organizar sus posibles movimientos.

Y llegaron.

Puede que, en circunstancias normales, haber encontrado el cochazo de Francisco García aparcado fuera de la casa a horas tan intempestivas no hubiera sido motivo de alarma. Ahora lo era. Lo normal habría sido meterlo dentro. Pero, sobre todo, lo que más provocaba en ellos esa punzada en el estómago era la presencia del destartado vehículo estacionado al lado de tan magnífico modelo. El contraste era importante.

La primera decepción llegó cuando fueron conscientes de que todavía estaban solos y no habían llegado los refuerzos. La explicación de Cayetana fue totalmente convincente.

—No me extraña, coño, si has adelantado a Fernando Alonso hace dos o tres curvas, mi sargento.

Tenía razón, y cualquier otra noche Martín se habría reído ante un comentario tan socarrón, pero la tensión que acumulaba en el cuerpo le paralizaba los músculos faciales. Tendrían que esperar para montar rápido el operativo de intervención. Visto lo visto, cada segundo contaba y jugaba en su contra, así que por el bien de quien fuera que estuviese ahora en peligro, más valía que llegaran pronto.

Como él tenía el móvil apagado y quería consultar cuánto le faltaba al capitán para llegar, se giró para pedírselo a su hermana, pero para su sorpresa —mala, pues casi se le para el corazón al no verla junto a él— Pilar ya no estaba con ellos.

¿Dónde demonios se había metido?

*Sábado 30 de junio. 06:48 h. Interior casa Francisco García. Macael. Almería.*

Saltar el muro no fue demasiado difícil.

Pilar sabía que las cámaras que apuntaban hacia todos los ángulos posibles eran más falsas que un billete de tres euros. Más que nada, porque por muy empresario y muy forrado que estuviera, el coste de mantenimiento de un equipo tan extenso y sofisticado costaba una pasta innecesaria. Y Francisco parecía ser más de los que se protegen el cuello con matones que con aparatitos electrónicos.

De todos modos, aunque hubieran funcionado, dudaba de que el empresario estuviera como para andar pendiente de ellas.

Una vez franqueado el muro, se dejó caer sobre una zona de césped blandito que agradeció. Ya no por lo duro del golpe, sino porque la amortiguación de la hierba evitó un ruido mayor que, quizás, la habría delatado. Se incorporó rápida y, tras echar un vistazo a su alrededor, echó a correr arma en mano.

No era momento de fijarse en la decoración, de eso no tenía duda, pero le fue inevitable observar la de detallitos horteras que tenía el jardín alrededor de una imponente piscina de agua cristalina. Desde enanos hasta elefantitos cutres de piedra, pasando por setas con forma de casa y mini árboles por todos lados. Jamás habría imaginado que alguien como Francisco pudiera tener ese tipo de decoración entre los parterres, las flores y el césped de su casa. Probablemente sería cosa de su mujer, pero no por ello dejaba de llamarle la atención.

Dejó atrás todo eso y cubrió su espalda contra el primer muro que encontró. Parecía ser parte de un inmenso garaje donde, seguro, el empresario tendría guardado más de un vehículo no menos lujoso que el que había dejado aparcado en la calle. Se acercó hasta la esquina y echó una ojeada asomando ligeramente la cabeza.

Nada.

Esto podía ser tan bueno como malo. Bueno, porque de momento nadie la descubriría y sus posibilidades de salir viva de aquello seguirían intactas. Malo, porque no tenía ni pajolera idea de dónde narices podrían estar Francisco y su acompañante, el dueño del coche cutre.

Oteó rápidamente hasta encontrar la que parecía ser la escalera principal de acceso al domicilio; una que terminaba en un amplio porche. No es que esperase encontrar alguna puerta abierta de par en par para colarse en la casa sin dificultades, pero tampoco iba a dejar de intentarlo. ¿Y si sonaba la flauta?

Para hacerlo necesitaba un aplomo que no lograba encontrar. Cuando comenzó a maquinar su plan en el coche, lo hizo teniendo en mente una vivienda muy distinta a la que había encontrado. No es que fuese ni más pequeña ni más grande; era simplemente diferente. Y, claro, la casa de su imaginación tenía enormes ventanales, con persianas subidas y sin rejas, por los que ya habría conseguido colarse dentro. Nada más lejos de la realidad: éstos si estaban enrejados.

Tomó una enorme cantidad de aire y la retuvo en sus pulmones. Necesitaba ser silenciosa a la vez que rápida. Miró el terreno por el que debía moverse. Demasiadas piedrecitas que harían un ruido de mil demonios. Antes de tomar la decisión definitiva, miró a su alrededor. ¿Había algún otro modo de hacerlo para que nadie advirtiera su presencia? Decepcionada, comprobó que no, que todas sus opciones eran prácticamente iguales. Así que tendría que llegar a esa escalera y, una vez allí, improvisar.

Soltó el aire despacio, al tiempo que asentía como si tratara de autoconvencerse. No lo pensó más y echó a correr intentando ser lo más ligera posible.

Cuando llegó a las escaleras, con el corazón a punto de salirse por la boca, miró de nuevo a su alrededor. Nada.

Se giró y comprobó que, como en sus mejores presagios, la puerta estaba algo abierta.

¿Esto sería bueno o malo?

Sólo había un modo de averiguarlo.

Ascendió las escaleras vigilando que cada uno de sus pasos no sonara más de lo estrictamente imprescindible.

Cuando llegó arriba, se encontró con que la puerta estaba revestida, en gran parte, por un enorme espejo.

Se plantó delante de él y se miró.

La razón por la que decidió embarcarse en tan descabellado plan le devolvía la mirada sin inmutarse. Su pelo era negro y largo, recogido en una coleta. Nunca se sintió bajita frente a su metro cincuenta y cinco de estatura, sobre todo porque era la justa que exigían en el Cuerpo para poder desempeñar su labor. De natural, su piel era blanca como la leche de vaca, pero sus constantes salidas por el monte durante los fines de semana en que libraba la dotaron de un tono más oscuro que ahora le venía de perlas.

Tomó aire una última vez.

Decidió que había llegado el momento.

Entró.

*Sábado 30 de junio. 06:43 h. Exterior casa Francisco García. Macael. Almería.*

Martín la buscó durante un par de minutos desesperadamente. Lo último que podía pensar es que su hermana hubiera sido tan imbécil de creerse un poli americano de cualquier película de acción y actuar sola frente a un peligroso asesino en serie. Sin embargo, todo apuntaba a que así era. Claro que él tampoco podía ponerse a gritar como un loco para encontrarla pues advertiría a cualquiera de su presencia. Moderó el tono de voz todo lo que fue capaz antes de pronunciar las siguientes palabras:

—¡Me cago en su puta madre que es la mía! ¿Pero esta cría es gilipollas? ¿Qué coño se cree?

A pesar de que el volumen era el adecuado para no ser descubiertos, Cayetana corrió a cerrarle la boca antes de que la cosa pasara a mayores.

Ella habló todavía más suave que su superior.

—Tranquilízate, mi sargento, entraremos a por ella. A tomar por culo el operativo, no vamos a dejar que le pase nada.

—No, Cayetana. Nada de «entraremos a por ella». Voy a hacerlo yo y tú te quedas montando guardia hasta que lleguen los refuerzos. Voy a ver si la saco de los pelos antes de que la cague o de que la maten –tomó aire y lo soltó por la nariz, como si necesitara tranquilizarse–. ¡Joder! ¿Quién me mandaría a mí dejar que viniera?

—Pero, mi sargento, yo quiero...

—¡Shhhhh! —ahora fue Martín el que le puso a ella un dedo en la boca—. Cayetana, no me hagas decirte que es una orden porque ya sabes que lo es. Te callas y esperas. Haced caso al capitán en todo y, me cago en la hostia, si no salimos nosotros, sacadnos con vida que no me apetece morir por la subnormal ésta.

Ella fue a rechistar, pero su cerebro le envió una rápida señal advirtiéndole de lo inútil que sería pronunciar una palabra más. Así que se limitó a asentir y acatar las órdenes. Ojalá todo saliera bien.

—¿Por dónde coño se ha colado la niñata? —preguntó el sargento mirando a su alrededor.

Vio un lugar que parecía accesible y no tenía nada claro que hubiera sido por allí, pero por ahí se iba a colar él. Confío en que las cámaras fueran de pega, tal y como parecía, y corrió hacia el lugar.

Miró al cielo rogando buena suerte, aunque la cosa no apuntaba a ello.

*Sábado 30 de junio. 06:47 h. Interior casa Francisco García. Macael. Almería.*

Pilar pisaba con tanta delicadeza el suelo por el que caminaba que parecía que, en vez de andar, estuviera levitando sobre éste. Se sorprendió a sí misma ante esa capacidad desconocida de ser tan sumamente cuidadosa. Puede que fuera su cerebro enviándole una señal clara de que, ante la menor cagada, ella engrosaría la lista de víctimas del maldito psicópata que perseguían.

No se fijó apenas en los detalles de la casa, pero, de haberlo hecho, su impresión habría sido bastante obvia teniendo en cuenta su gusto por lo minimalista: demasiado recargado todo. Jarrones por aquí y por allá, figuritas de lo más hortera y tantos cuadros con marcos dorados que apenas dejaban ver el color de la pared. Los muebles puede que fueran caros, pero su elección, desde luego, no había sido la más acertada para una vivienda que desde fuera daba la impresión de ser moderna como ella sola. En el suelo sí se fijó. Su obsesión por no hacer ningún ruido con cada paso la llevó a la estúpida idea de que debía pisar sólo las baldosas negras del inmenso tablero de ajedrez por el que caminaba.

Según avanzaba se daba más cuenta de que su paseo por el interior del inmueble no tenía nada que ver con lo que venía maquinando en su cabeza, pues la quietud era tal que hasta llegó a dudar de que el psicópata y el empresario estuvieran allí. Pasaban los segundos y seguía sin distinguir ningún sonido que le confirmara que hubiera alguien más que ella y que no estaba haciendo el imbécil. Hasta que por suerte —o no—, llegó.

Fue algo así como un golpe seco. Difícil de identificar de dónde provenía, pero claro como para saber que no era el típico ruido que hacen las casas en verano por las noches. Esto le hizo perder unos grados de concentración y caminar un poco más rápido. En su cabeza, siendo sincera consigo misma, no tenía demasiado claro lo que pensaba hacer. ¿Salvar al empresario? ¿Detener al psicópata? ¿Matarlo? ¿Suicidarse tras haberse saltado todos los protocolos de actuación? Demasiada confusión y muy poco oportuna para un momento como aquel. Aunque ahora ya daba igual, estaba dentro y tenía que mantener su determinación hasta el final. Fuera cual fuera este.

Un nuevo ruido.

Parecía provenir de la habitación contigua.

Se detuvo en seco y observó su entorno. Quería ubicarse.

Volvió a mirar a su alrededor. Aquello parecía un salón. Los enormes sofás de cuero le recordaban, salvando las distancias, a los del puticlub. Quizá el que se había encargado de decorar aquello era el ahora difunto hijo del empresario. Se maldijo a sí misma por tener pensamientos tan maliciosos en un momento como aquel. Ella no era así, así que no pudo evitar preguntarse si este tipo de situaciones traían consigo una pérdida parcial de control mental. Dejó eso de lado y asomó su cabeza tanto como pudo, sin moverse de su sitio, hacia la fuente de los golpes que había escuchado hasta ahora.

No veía gran cosa. La oscuridad no era plena, pero sí suficiente como para que se pudiera distinguir lo que se tenía alrededor y poco más. Quizá, por lógica, aquello fuera la cocina. Vete tú a saber.

Caminó unos pocos pasos más recuperando la ligereza de antes. Se acercó hasta el umbral de la puerta y pegó su espalda contra la pared. Tuvo suerte de no pulsar la llave de la luz. Estuvo muy cerca, y eso habría revelado su presencia.

No tenía la certeza de que el psicópata estuviera en la habitación de al lado, pero sí una casi absoluta convicción que le llevó a una aceleración demencial de pensamientos. Su idea principal, la que había maquinado en el coche, era presentarse con esa imagen que, sin pretenderlo, se parecía tanto a la de las víctimas escogidas por el asesino. Pensó que esto lo descolocaría, porque ella coincidía con su modelo de fetiche y él no sabía cómo reaccionar, ocasión que Pilar aprovecharía para echarse sobre él y acabar con toda esta locura. Ahora le parecía una gilipollez y el único final que veía para su plan la incluía a ella tirada en el suelo, sin vida.

¿Por qué coño había pensado que esa porquería de idea podría funcionar? La mente humana era tan imprevisible que esperar una reacción teóricamente típica y sobre todo peliculera era un plan tan ridículo que sentía vergüenza de sí misma por haberlo pensado siquiera.

Pero ¿ahora qué?

Estaba allí adentro y no podría perdonarse no haber dado el todo por el todo después de haberla cagado ya. Asomó su cabeza con miedo a dos cosas: una, a ver al asesino. Su pensamiento inicial había cambiado tanto que ahora rezaba a un dios en el que no creía para que no hubiera nadie aparte de ella dentro de la casa. Y dos, a que estuviera tan apartado de Francisco como para poder dispararle. Para un verdadero héroe, esto hubiera sido lo ideal. Acabar de una vez por todas y sin ninguna duda con aquella locura. Pero Pilar sentía que sus dedos temblaban tanto que le iba a ser imposible apretar el gatillo, aunque tuviera la oportunidad.

Tras asomarse, comprobó que una de las dos cosas que temía sí se había cumplido.

*Sábado 30 de junio. 06:49 h. Interior casa Francisco García. Macael. Almería.*

Martín caminó con la mayor rapidez posible. Estaba nervioso frente a la situación que se planteaba después de la gilipollez cometida por su hermana, así que su ligereza no era tanta como él pretendía. Aun así, creyó que no hacía tanto ruido como para llamar la atención con sus pasos. Además, en caso de que el asesino se encontrara allí adentro con Francisco García, no creía que estuviera con la oreja pegada al suelo para comprobar si alguien se les acercaba. Según la

descripción que había hecho su hermana acerca de su más que probable personalidad, era un tipo frío y demasiado calculador, sí, pero a la vez alguien que dudaba a cada paso que daba. Y si ese fulano estaba a punto de liquidar al empresario del mármol –y ojalá fuera así y que no lo hubiera asesinado ya–, estaría más pendiente de su presa y de cómo acabar con él que de los detalles de su alrededor.

O eso era lo que necesitaba pensar.

Su primera sorpresa fue lo fácil que resultó acceder al interior del inmueble. Había supuesto que le costaría algo más porque, por fuera, aquello tenía pinta de fortaleza, pero luego se encontró con que una de las ventanas estaba abierta de par en par y lo aprovechó. Ojalá Pilar también hubiera entrado por ahí, pues aumentaba sus posibilidades de sacarla a rastras de la boca del lobo.

Egoístamente, pensaba más en esto último que en detener al psicópata. Seguramente estaba mal, muy mal, pero no podía culparse de que el interés personal por ver a salvo a su hermana primara por encima de atrapar al malo o salvar a cualquier otra persona.

Mientras avanzaba no pudo evitar mirar la decoración de las zonas por las que iba pasando. ¿Quién había sido el encargado de adornar aquello? En cierto modo y dentro de lo que la tensión del momento le permitía, le hizo gracia que pareciera justo lo que era: la mansión de un narco con detalles tan horribles como ostentosos. Esperaba encontrarse en cualquier momento el tigre disecado y el gigantesco retrato de Francisco García sentado en un trono con mirada inquisitiva.

Agradeció este tipo de pensamientos fugaces en un momento tan tenso e inquietante, porque por dentro le acojonaba el desenlace de todo aquello. La idea de no volver a ver a su hermana con vida le apretaba fuerte el cuello y el aire que le pasaba era el justo para no caer desmayado al suelo.

Pero eso no pasaría. No conocía a nadie con más cojones que Pilar y, aunque ya se encargaría él mismo de matarla por el mal rato, tenía claro que, si alguien podía salir de un embrollo así de manera satisfactoria, esa era su hermana.

Dejó atrás la estancia en la que estaba y se adentró con mucha precaución en otra que tenía pinta de ser una suerte de biblioteca. Y es que tenía libros, sí; pero, sin detenerse a mirarlos a fondo, más parecía que las estanterías estuvieran cubiertas de falsos tomos de enciclopedias y colecciones en vez de mostrar novelas variadas u otros títulos para el ocio. Es decir: postureo puro y duro.

El problema que se encontró fue que, al contrario que las anteriores, la puerta de salida estaba cerrada y lo último que quería era hacer ruido y delatar así su presencia. Pero por narices debía abrirla para continuar. Respiró profundo cuando se detuvo junto a ella y cerró los ojos mientras agarraba la manivela. La giró con la mayor suavidad de la que fue capaz y su éxito fue rotundo pues ni él –estando pegado– logró oír el movimiento al abrirla. Dio las gracias a Francisco o a quien fuera el responsable de que las bisagras de aquella casa estuvieran tan bien engrasadas.

Ahora tenía un pasillo ante sus narices y, por lo tanto, dos posibilidades de continuar, hacia un lado o hacia el otro. Esto hizo que una nube de mal humor se posara en su cabeza. ¿Cómo tomar esa decisión en un momento como aquel? ¿Para dónde echar a andar? Una mala elección podría suponer un desenlace fatal. Eso siendo optimista y pensando que, si se encaminaba hacia el lado correcto, tendría alguna posibilidad de éxito.

No supo si fue positivo o no, pero un ruido hizo que su cabeza se girara rápidamente hacia el lado derecho y que la decisión quedara tomada en ese instante.

Deseó con todas sus fuerzas que la culpable del ruido fuera Pilar y que nadie más en la casa se

hubiera podido percatar.

Se olvidó momentáneamente de amortiguar el sonido de sus pasos y se echó a andar con presteza hacia lo que él creía que era el origen del ruido.

Se detuvo junto a una puerta. Desde donde estaba apenas se distinguía un frigorífico. Parecía la cocina. Una voz masculina le provocó tal impresión que casi se caga encima y sus piernas mantuvieron la compostura de puro milagro. La voz era fuerte y profunda. Según recordaba, la de Francisco García no sonaba así. Se asomó y lo vio.

*Sábado 30 de junio. 06:52 h. Interior casa Francisco García. Macael. Almería.*

Pilar necesitó respirar profundamente antes de proceder. La situación no pintaba nada bien. En el centro de la cocina ese malnacido había colocado una silla y había sentado al empresario de los mármoles de Macael. Estaba atado y le había puesto un pañuelo amplio a modo de mordaza. El problema de todo aquello, aunque dudaba si se habría decidido a hacerlo en caso de haber podido, era que no tenía a tiro al psicópata; estaba colocado detrás de Francisco. Era buena tiradora, pero nada podía garantizar que no errase el disparo y la desgracia viniera de su propia mano.

¿Qué hacía entonces?

¿Se la jugaba y ponía en práctica su plan inicial?

El juego psicológico parecía una locura, pero, dadas las circunstancias, no quedaba otra salida más o menos coherente a todo aquello.

No le dio demasiado tiempo a pensar porque el psicópata comenzó a hablar. Le sorprendió la gravedad de su voz. Su tono parecía el de un buen doblador de algún actor importante.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —le dijo acercándose a su oído.

Francisco, que parecía fuera de juego, demostró no estarlo al mover su cabeza haciendo el gesto de la negación.

—¿Estás seguro? —insistió—. Muchos me dicen que soy clavadito a él.

El empresario hizo un esfuerzo para girar la cabeza tanto como le permitían las ataduras y mirarlo. Puede que pareciera una maniobra para ganar tiempo, pero era cierto que no tenía ni idea de quién era aquel hombre, aparte de uno de sus conductores.

—Qué rápido olvidamos lo que nos interesa olvidar, ¿verdad, Paquito?

Pilar vio cómo algo cambió en la mirada de Francisco García. Era como si, de pronto, una imagen le hubiera venido a la cabeza y todas las piezas del puzle encajaran. El mismo puzle que también ella había resuelto en la casa de Manuel en cuanto vio la fotografía en que aparecían los padres de Carmen María, la primera víctima que hallaron.

El asesino también se percató del cambio de semblante del empresario y, como si fuera el premio ganado por acordarse, le quitó la mordaza a Francisco.

—Como hagas alguna tontería, te rajo el cuello —dijo a la vez que le colocaba un cuchillo de grandes dimensiones sobre el gaznate—. ¿Está claro?

—Clarísimo —contestó Francisco con voz temblorosa.

—Veo que lo de Paquito te ha traído recuerdos. No sé si buenos o malos, pero al menos ya

sabes quién soy.

—Eres el puto hijo de Manuel, ¿tú no te habías largado, renegando de tu familia?

—¿Puto hijo? ¿En serio? No sé si insultarme cuando te puedo degollar como a un cochino es una buena idea.

—Si lo vas a hacer, no sé a qué coño esperas. Ya se lo has hecho a mi hijo, maldito hijo de las mil putas.

—A tu hijo me ha dolido cortarle el pescuezo, que lo sepas, pero sabía demasiadas cosas sobre mí. Era un buen chaval, un poco idiota, pero supongo que eso no es culpa suya. Serán los genes esos que dicen. Porque su padre también es bastante gilipollas. Eso sí, tu hijo no era tan cabronazo como tú.

—Mira, chaval, no sé de qué coño me estás hablando. Suéltame y seguro que podremos llegar a un acuerdo. ¿Tú sabes la cantidad de dinero que tengo? No te va a faltar nunca de nada.

—Métete tu puto dinero por el culo. ¿Se te ocurrió arreglar lo que le hiciste a mi familia con ese dinero?

—No es igual...

—¿¿Se te ocurrió!?! —repitió, gritando.

—Mira, chaval, cálmate. Entonces las cosas fueron diferentes. Tu padre era mi amigo y yo quise ofrecerle ayuda, pero él siempre fue un orgulloso de mierda y no la aceptó. Yo no tuve la culpa de que...

—¡Cállate! —gritó mientras apretaba con más fuerza el cuchillo contra la nuez de Adán del empresario. Una gota de sangre empezó a chorrear por su cuello. El patrón la notó y sudó todavía más.

Pilar observaba la escena medio paralizada y sin saber qué hacer. Un movimiento en falso y aquel cuchillo acabaría con la vida de Francisco García. Pero visto lo visto, si no hacía nada el resultado sería el mismo. Desesperada, miró hacia ambos lados con la esperanza de encontrar algo que la ayudara en su gesta casi imposible. No lo halló. Sin embargo, se encontró con unos ojos conocidos que la miraban fijamente, tratando de llamar su atención.

*Sábado 30 de junio. 06:55 h. Interior casa Francisco García. Macael. Almería.*

Martín vio a su hermana en el umbral de la puerta de salida de la cocina. No sabía cómo hacer para llamar su atención sin hacer ruido. Movi6 los brazos airadamente en varias ocasiones sin 6xito alguno porque ella miraba fijamente hacia donde estaban el asesino y el empresario.

Pens6 el jugarse el todo por el todo y tratar de meterle un balazo, mortal o no, eso no dependía de 6l, pero su posici6n no era la id6nea para intentarlo sin jugarse la vida del empresario en el intento. Sabía —o suponía— que el psic6pata no lo había hecho a prop6sito, pero desde luego había elegido la posici6n ideal para resguardarse en caso de una emboscada como la que podrían haber montado su hermana y 6l si hubieran podido coordinarse, cosa que tampoco sucedía.

Escuch6, at6nito, la revelaci6n que acababa de soltar el desconocido. AsÍ que era el hijo supuestamente emancipado de Manuel. Eso explicaba algunas cosas, pero lanzaba a su vez un buen n6mero de preguntas a las que MartÍn no era capaz de encontrar respuesta.

Hizo un nuevo intento para captar la atención de Pilar.

No pudo creer su suerte cuando vio que ella por fin lo miraba.

Trató de recuperar la calma tras esa inevitable aceleración de su ritmo cardíaco. También necesitaba a su hermana y compañera calmada así que, aunque fuera una gilipollez, envió a Pilar un gesto con la mano para que no hiciera ninguna tontería más. Puede que, si se coordinaban de algún modo, logran abatir al malo y alzarse con la victoria. Tardía, pero victoria, al fin y al cabo.

En cambio, la guardia parecía tener sus propios planes a juzgar por la forma en la que lo miraba. Esto no le gustó un pelo a Martín, pero ni siquiera le dio tiempo a expresarlo en su rostro porque Pilar entró en escena sin más preámbulos.

*Sábado 30 de junio. 06:57 h. Interior casa Francisco García. Macael. Almería.*

Pilar no quiso pensárselo más. Que fuera lo que tuviera que ser.

Con la mente totalmente en blanco, pasó al interior de la cocina. El asesino no pudo disimular su sorpresa cuando la vio aparecer. No lo esperaba. Esto hizo que la mano con la que sujetaba el cuchillo flaqueara considerablemente, pero no lo suficiente como para soltarlo y que la situación cambiara a favor de los guardias civiles. Quizá gran parte de culpa de esa repentina debilidad la tuvo el hecho de que, ante él, apareciera una muchacha morena, como su madre. De la misma estatura que su madre. Con un tono de piel alejado del de sus raíces gitanas por parte de abuelos maternos, pero lo suficientemente tostado como para quedarse embelesado.

No ver la pistola que la mujer había guardado en la parte trasera de su pantalón contribuyó a que el secuestrador no se pusiera más nervioso todavía.

—También te llamas Manuel, ¿verdad? —preguntó ella con un tono de voz casi angelical, haciendo la pausa justa entre cada palabra y no elevando el timbre más de lo necesario.

Él asintió sin moverse de su sitio.

—Manuel, quiero ayudarte, de verdad. Sé que siempre se dice lo mismo en estas circunstancias, pero es que yo quiero hacerlo. Sé que lo has pasado mal a lo largo de tu vida. Que no soportabas muchas cosas de tu día a día y por eso te fuiste de casa después de denunciar a tu padre. Ahora has vuelto a saldar su deuda contigo. E incluso puedo entender por qué has matado a esas chicas que tanto te recordaban a tu madre, pero hay detalles que se me escapan y que no comprendo de tu historia. ¿Me los quieres contar?

Él pareció dudar. Estaba asustado. Claramente asustado. Había perdido el control de la situación y eso le ponía verdaderamente nervioso. Y, lo peor, lo volvía mucho más peligroso de lo que ya era. Pareció ceder ante la forma de hablar de la guardia.

—¿Qué detalles?

—No entiendo qué tiene que ver Francisco García en todo esto. Tampoco por qué estás imitando a un asesino que actuó hace casi treinta años. Lo del parecido de tu madre lo veo claro, que tu hermana fuera un calco de ella, también; pero lo demás...

—Este hijo de puta y mi padre fueron los culpables de todo lo que pasó en aquella época. — Pilar se sorprendió del aplomo con que hablaba a pesar de estar visiblemente nervioso—. ¿Cómo

se llamaba el otro, el tercero, vuestro puto amigo?

—Se llamaba como yo, Francisco —respondió el empresario, ya que la pregunta iba claramente dirigida a él—. Aunque él era Fran y yo era Paquito.

—Pues ese tal Fran —continuó Manuel— fue quien se cargó a todas las prostitutas en aquellos días. Mi padre y este capullo pudieron impedirlo porque lo sabían, y en cambio lo encubrieron y le ayudaron a marcharse de Almería antes de que la policía se echara sobre él, aunque ya te digo yo que nunca lo hubieran atrapado.

Pilar no habló de inmediato. Su cabeza terminó de atar los cabos que le faltaban. Fue entonces cuando sí lo hizo:

—Fran estaba enamorado de tu madre, ¿verdad?

Manuel asintió con su cabeza.

—Por eso —continuó hablando Pilar— sintió esa compulsión de matar a todas aquellas que le recordaban a ella. No podía evitarlo; puede que lo intentara, pero no podía.

—A Fran se le fue mucho la cabeza —intervino Francisco—. Y nosotros le teníamos mucho cariño. Los tres nos habíamos criado en El Puche y no podíamos permitir que lo molieran a palos en cualquier comisaría de tres al cuarto. No era la época de Franco, pero las cosas tampoco eran como ahora.

—¿Y pensasteis que era mejor dejar que viviera? ¿Sabes que ha seguido matando todo este tiempo a mujeres parecidas a mi madre? —preguntó Manuel gritando a la cara al empresario mientras le escupía cada palabra pronunciada.

—¿Cómo sabes tú eso? —intervino Pilar.

—Porque fui a buscarlo. El muy imbécil escribió a mi padre un día para decirle que estaba escondido en un pueblo de Valencia. Cuando me enteré de la historia fui a por él porque necesitaba escuchar de su boca todo lo que había hecho.

Pilar aprovechó que Manuel parecía algo más relajado para dar un paso al frente. No dejó de hablar, por si acaso.

—No entiendo qué te llevó a buscarlo. Y, sobre todo, si odias tanto lo que hizo, ¿qué te ha llevado a imitarlo?

Él no se pensó demasiado la respuesta.

—Lo busqué porque por su puta culpa mi padre le metía esas palizas a mi madre. Él lo decía sin parar. No soportaba las pesadillas que lo torturaban por las noches gracias a su amigo Fran, y culpaba de todo a mi madre. La llamaba puta por haberlo enamorado y no paraba de repetirle que todas esas mujeres habían muerto por su culpa. Eso entre puñetazos y patadas. Cuando cierro los ojos todavía lo veo dándole de hostias y ella intentando taparse la cara porque le preocupaba que le quedaran marcas y que la gente murmurara. Mi padre le echaba la culpa a mi madre cuando era al revés: Fran mató a todas esas mujeres porque le salió de la polla hacerlo y los otros dos, mi padre y este mierda, lo cubrieron como las putas ratas cobardes que son. Y ahora tienen que pagar.

—Vale, esa parte la entiendo y créeme, puede que yo hubiera actuado igual —mintió—. Pero sigo sin entender qué te ha llevado a repetir lo mismo que él hizo.

Manuel no se percató, pero Pilar dio un paso hacia su derecha y él, instintivamente la siguió con la mirada. Ella aprovechó para mirar de reojo a su hermano, que enseguida comprendió que intentaba dejarle un ángulo ciego de actuación.

—Cuando localicé a ese hijoputa, le hice cantar. Me contó con todo lujo de detalles cómo y de qué manera había matado a cada una de esas chicas. Y yo... no sé cómo decirlo...

—Te excitaste, ¿verdad?

Él lo reconoció moviendo su cabeza.

—Sé que es raro, pero sentí cosas por dentro que no puedo explicar. Cuando lo maté...

—Espera, espera –interrumpió Pilar–. ¿Me estás diciendo que también has matado a Fran?

Él volvió a asentir.

—Joder... Continúa.

—Cuando lo maté, esa sensación creció hasta un punto que no había conocido antes. Supongo que sentí justicia, no lo sé, pero por dentro notaba un placer que no puedo describir. Entonces volví aquí, a Almería, queriendo matar a los otros dos. Mi plan era que otro tipo se encargara de este imbécil y yo mismo hacerlo de mi padre. Conseguí meterme en su empresa como conductor e intenté meterle en un lío con el Ruso ese del puticlub para que él mismo lo matara, pero mi plan no funcionó por algún motivo. Así que, por eso, después de matar a mi padre, he tenido que volver a por éste. Lo de las chicas... no sé cómo explicarlo. Cuando lo pienso es como si me faltara el aire.

Pilar, antes de hablar, dio otro paso hacia su derecha. Manuel se giró un poco más sin darse cuenta.

—¿Veías a tu madre también cuando las matabas?

Él no pudo más que asentir.

—Sobre todo cuando fuiste a por tu hermana, ¿verdad?

—Sí. No podía ni mirarla a la cara porque la veía a ella en el suelo recibiendo golpes.

Pilar comprendió que ese chico sufría algún tipo de trastorno mental, todavía por determinar. Un trastorno que se activó cuando, queriendo buscar justicia, escuchó de primera mano todo lo que había hecho el psicópata original. Después de aquello, algo en su cerebro le empujó a cometer los mismos actos de manera compulsiva. Ambos unidos por el nexo común del recuerdo de la madre. Ella no tenía culpa alguna de que todo hubiera sucedido de esa forma, claro estaba, pero era innegable que había sido el factor desencadenante en ambos casos. La mente humana era curiosa hasta decir basta, para bien y para mal.

—De todos modos, Manuel, no sé si eres consciente del daño que has hecho. Eso no está bien, fuera por lo que fuese. Te he dicho que te puedo ayudar, pero para eso tienes que soltar a Francisco.

Él pareció salir de pronto del trance en el que había entrado al verla aparecer asemejándose tanto a su difunta madre.

—Espera un momento, ¿y quién coño eres tú?

—Mi nombre es Pilar y soy guardia civil. Mira, Manuel, la casa está rodeada –volvió a mentir– y no hay escapatoria posible para ti. Te pido por favor que no empeores las cosas. Te aseguro que, según lo que me has contado, no vas a ir a la cárcel. Tu cabeza no está bien e irás a un centro para que te ayuden. Pero no empeores las cosas porque, si no, yo no te voy a poder prestar...

—¡Cállate! ¿Has dicho guardia civil? ¿De los mismos guardias civiles que hacían la vista gorda porque mataba a putas que no valían un duro? Mi madre trabajó un tiempo de puta porque no le quedó más remedio. Vosotros las juzgáis sin saber qué hay detrás de cada una de sus vidas. Sois tan cómplices como este trozo de mierda que tengo aquí atado –dijo agarrando el pescuezo de Francisco con su mano convertida en una pinza–. Debería matarte a ti también, hija de la gran puta.

A Pilar no le dio tiempo a reaccionar. Manuel soltó a su presa y, como si hubiera desconectado por completo de la realidad, se abalanzó sobre la guardia cuchillo en mano. Ella no

pudo sacar a tiempo la pistola y solo le dio tiempo a sentir cómo el frío acero del arma blanca se hundía en su carne. Después todo se volvió negro.

## Capítulo 19

*Sábado 30 de junio. 08:39 h. Interior de la casa de Francisco García. Almería.*

Resumir cómo fueron las últimas seis horas era un ejercicio tremendamente complicado. Ya no por lo frenético y reciente de los acontecimientos vividos, qué va. De hecho, pasarían los años y Martín no lograría contarlo todo de un modo más o menos coherente. Y es que los hechos acaecidos aquella aciaga noche eran dignos de una serie líder en audiencia en cualquier plataforma de *streaming*. Pasó de todo. Pasó demasiado deprisa. Ellos lo vivieron, pero, pese a todo, se sintieron como meros espectadores de un *show* que nunca imaginaron. Que no previeron.

Martín se limpiaba la sangre de las manos todavía en *shock*. La veía escaparse por el sumidero del lavabo, guiada por el agua de un grifo a medio abrir, todavía sin creer que aquel líquido entre rojizo y negruzco hubiera salido del cuerpo de su hermana.

En circunstancias normales no le habría estado permitido, por protocolo, lavarse las manos en un escenario como aquel, pero dados los recientes acontecimientos, el capitán fue quien instó al sargento a entrar al cuarto de baño para limpiarse los restos de sangre.

Mientras se lavaba, todavía visualizaba la escena en la que él sostenía a su hermana en brazos mientras gritaba como un poseso al ver que de su costado manaba tanta sangre que hasta había perdido el conocimiento.

A veces las casualidades son fatales. Otras tantas, casi milagrosas. El destino quiso que fuera esta última la que entrara en juego, porque justo en el momento en el que Pilar cerró los ojos, un grupo de guardias civiles, debido a lo excepcional de la situación, entró en la casa armas en mano para socorrer a los dos compañeros que, sin que los refuerzos supieran todavía ni cómo ni por qué, habían decidido entrar sin esperarlos.

Cuando accedieron, la escena que encontraron fue del todo inesperada.

Lo natural era que la vista se dirigiera primero hacia la silla que ocupaba el centro de la cocina, en la que un Francisco García visiblemente alterado trataba de librarse de las ataduras que lo mantenían pegado al asiento. Pero no: lo primero que llamó la atención de los guardias fue el cuerpo inerte de alguien que había recibido, al parecer, varios balazos. A continuación, el foco se centraba en el sargento, que sostenía a su hermana en brazos al tiempo que lloraba como un niño y gritaba desconsoladamente.

Martín se secó las manos y salió del cuarto de baño.

Sergio y Rafa ya trabajaban en la escena. El capitán observaba desde el mismo umbral donde él había esperado para hacer la entrada que acabó con la vida de Manuel, el psicópata que los había tenido en vilo por aquella serie de asesinatos aparentemente inexplicables. Le mordía las entrañas no haber podido hacerlo antes de que se lanzara sobre Pilar para clavarle con tanta saña el cuchillo en el lado derecho de su cuerpo. Ni él ni ella pudieron preverlo. Era imposible pensar que reaccionaría así. Sobre todo, ateniendo al estado semitembloroso que parecía anunciar que se iba a derrumbar de un momento a otro.

Habían actuado mal. De eso no tenía duda alguna. El capitán había insistido en que lo

importante ahora era que todo, fuera como fuese, había acabado, aunque ambos sabían que el sargento tendría que atenerse a las consecuencias de sus actos y a los de su hermana. No habían reaccionado como verdaderos profesionales, a pesar de evitar la muerte del empresario Francisco García. Sabía que esto tendría mucho peso a la hora de determinar su castigo, pero aquello no le aliviaba de la sensación de haber hecho las cosas de cualquier manera.

Se acercó a su capitán. No quitaba ojo de cómo la forense maniobraba lo poco que podía con el cuerpo de Manuel. Era la primera persona –y, sinceramente, esperó que a la última– a la que le quitaba la vida. Hubo un tiempo que le dio por pensar qué sentiría si alguna vez se daba el caso. Creyó que le dolería mucho más por dentro, pero, la verdad, apenas sentía remordimientos al ver el cuerpo de ese malnacido tirado en el suelo. Puede que fuera el momento, puede que el *shock*... No lo sabía, pero no sentía nada.

Cuando el capitán advirtió su presencia, lo miró y no dudó en hablarle.

—Sigo pensando en que sois unos malditos descerebrados, pero habéis hecho lo correcto.

—No sé, mi capitán, ahora mismo no puedo pensar con claridad.

—Yo tampoco, no creas, pero ojalá todos en vuestra situación tuvieran las pelotas de jugarse el tipo con tal de salvar la vida de alguien.

Martín se calló, pero la respuesta correcta habría sido que él sólo entró para proteger a la loca de su hermana; que en realidad fue ella quien no pensó en sí misma y se lanzó a por todas sin importarle poner su vida en verdadero peligro al hacerlo. Y lo peor era que justo ella había sido la más perjudicada de los dos.

—Aunque –añadió el capitán–, lógicamente, no me gusta la idea de lo que podría haber pasado. Ha estado a punto, Martín. Ya te digo que yo intercederé por vosotros lo que haga falta, pero no sé cómo quedará la cosa.

—Es lo justo, mi capitán. Acataremos cualquier consecuencia.

—Me acaban de comunicar que ya han estabilizado a Pilar y se la han llevado al hospital. El mayor problema ha sido la pérdida de sangre, pero a simple vista creen que no ha tocado ningún órgano vital y que se va a poner bien.

Martín cerró los ojos y respiró aliviado. Le daba miedo preguntar. Llevaba un rato tratando de convencerse de que los daños de su hermana serían tal y como el capitán lo había descrito, pero una cosa era creerlo y otra bien distinta que así fuera. Dio gracias a no supo muy bien quién y los volvió a abrir. El capitán lo miraba con media sonrisa dibujada en el rostro.

—Anda, vete a casa y descansa. Dile a una patrulla que te lleve. A ti y a la cabo. No quiero que después de tantas horas al pie del cañón y de que un psicópata no haya podido con vosotros, sí lo haga un accidente de tráfico.

El sargento se dispuso a rechistar a rechistar. Quería estar allí hasta que no quedara un solo guardia en la casa, pero su cuerpo no paraba de mandarle señales que le advertían de que ya no podía más. Mejor hacer caso.

Se despidió del capitán y de cuantos vio a su paso. Salió y se encontró con Francisco García, que prestaba declaración a un guardia.

—Déjanos un momento a solas –le pidió a su compañero.

Éste se apartó sin rechistar.

—Siento mucho su pérdida –dijo sin más.

—Yo también siento que su hermana casi muriera tratando de salvarme. Le estaré eternamente agradecido por eso.

—Cumplía con su obligación. Estoy aquí para decirle que estoy consternado por cómo ha

pasado todo. Que de verdad lamento lo de su hijo, pero teniendo en cuenta lo que sé, no pienso quedarme de brazos cruzados y voy a ir a por usted. Evidentemente, no podré hacer nada respecto a lo de hace treinta años, aunque quiero que sepa que me da asco por haber permitido algo así, pero me parece que a usted no es de los que les importa lo que pueda ocurrirle a nadie por sus decisiones. Eso sí, con el asunto de la droga sí puedo ir a por usted y de hecho iré. Delo por seguro.

—Sargento, acabo de perder a mi hijo y sé que ha ocurrido por mi culpa. Por lo que hice. Por lo que dejé hacer. Ya nada me importa, me crea o no. Yo mismo me entregaré y daré las pruebas necesarias para pagar mis deudas de algún modo. Sé que no me creará, pero la vida ha dejado de tener sentido para mí. Nada ni nadie me va a devolver a mi hijo, pero si me quitara la vida terminaría como un puto cobarde y eso no lo pienso hacer. Un hombre tiene que pagar y un hombre pagará.

Martín no supo qué decir. Lo miraba sin saber si creer o no al empresario.

—Lo estaré vigilando —dijo al fin.

—No hará falta.

Dicho esto, el sargento siguió su camino. Antes de llegar donde estaban los coches aparcados, se cruzó con la cabo, que intercambiaba impresiones con otros dos guardias.

—Vaya lío, ¿no? —dijo ella.

—Lío se queda corto, Cayetana.

—He enviado a buscar las señas de ese tal Fran. Necesitamos saber si es cierta la historia que ha contado ese puto loco y mató al primer asesino. No es que vaya a alegrarme si es verdad que lo hizo, pero...

—Ya, te entiendo. En fin. El capitán me ha dado órdenes de que nos vayamos a casa a descansar, que son muchas horas en pie.

Ella lo miró como solía hacerlo siempre que quería estudiar sus emociones. No tardó demasiado.

—Pero tú no te vas a casa, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

Martín negó con la cabeza.

—Venga, te acompaño al hospital.

—No hace falta que...

—Es una orden.

Martín se quedó mirándola fijamente. Cayetana sabía que él no soportaba que le dijera eso porque, aunque él fuera el superior, siempre acababa obedeciendo.

—Está bien —claudicó.

No dijeron nada más. Se dirigieron a uno de los guardias y Martín le indicó que los acercara a ambos al hospital. Sabía que su hermana estaba bien dentro de la gravedad y que se recuperaría sin problemas; sin embargo, por mucho que lo supiera, prefería comprobarlo con sus propios ojos.

Le fastidiaba que hubiera sido tan cabezona y que casi le hubiera costado la vida su empeño en dejarse llevar por sus impulsos, pero también estaba deseando reconocer ante ella que era una investigadora excepcional y que gracias a su astucia el caso había llegado a buen fin.

El coche comenzó a rodar y su pensamiento se enfocó en que ojalá fuera cierto eso que había dicho Manuel de que había liquidado al asesino original. Porque como no lo fuera, esa noche podían dar por controlado el fuego, pero todavía quedarían ascuas que en cualquier momento podrían volver a prender.

## AGRADECIMIENTOS:

Este es un libro atípico y, como tal, estos agradecimientos también lo serán. ¿Por qué? Porque creo que no es momento de nombrar a esas personas que siempre están ahí conmigo, a mi lado. Eso lo dejo para mis novelas convencionales. Ahora toca dedicar unas líneas a esos que, desde el momento cero, se han lanzado de cabeza conmigo a una piscina de la cual no teníamos ni idea de si tendría agua o no.

Y, mira por dónde, la tenía.

En primer lugar quería dar las gracias a Pablo Álvarez, mi agente, porque cuando lo llamé para contarle lo que quería hacer desde un primer momento me empujó con todas sus fuerzas para apoyarme. Eso incluso antes de saber yo mismo cómo acabaría este proyecto. Una vez lo supe, su apoyo fue el doble (si acaso se podía) y me ofreció todo lo que estaba en su mano para tirar adelante. Gracias, Pablo, gracias a tu agencia Editabundo por apostar por las personas y no por los números. Eso para mí lo es todo.

Ahora es el turno de los correctores:

Iosiv Zulov. Primero fuiste lector de la novela cuando la comencé a publicar por capítulos en *Wattpad* y luego hiciste una gran labor puliendo mis innumerables fallos. Gracias.

Rosí Ortega. Mil gracias por ese buen rollo que desprendes y por esa profesionalidad sin límites. ¡Te debo muchísimo!

Alicia Roma. Siempre te recordaré como aquella que localizó y señaló los mil “pero” repetidos a lo largo del texto, jajaja. Soy un desastre, PERO mejoraré. Gracias.

Eva “Ispilatzte”. El honor de haber podido contar con una profesional con tu bagaje no se puede expresar con palabras. Gracias por recordarme que menos es más, que no hace falta darle tantas vueltas a las cosas para contar algo claro. Eres un cielo de persona.

Y ahora llega el turno de los portadistas. Me enviaron propuesta para participar muchos, pero estos que comento son los que al final se decidieron y atrevieron con un diseño (aunque agradezco por igual al resto, ¿eh?):

Mónica Fenoy, adoro esa propuesta que me enviaste. ¡Esa silueta iluminada molaba mucho!

Carlota Felipe. Tu portada era tan buena que a punto estuvo de ganar en la encuesta de Twitter. Tienes un talento increíble, ¡sigue así!

“Tokyorama”. Cuando vi tu propuesta aluciné muchísimo. Ese contraste de rojos/negros/blancos me encantó. No dejes de diseñar porque tienes muchísimo talento.

Nacho Espino. Tuyo fue el diseño que nos ha acompañado todo este tiempo en *Wattpad* y no puedo estar más orgulloso de ello. No sé cómo darte las gracias por dejarme tu talento.

José Garcinuño. Tuya ha sido la portada que hoy todos vemos, pero me encantaría que la gente supiera que me enviaste un montón de propuestas y cada cual mejor. Eso sólo me demuestra el talento que tienes. Ha sido un verdadero honor trabajar con alguien de tu talento. Gracias por ilustrar y hacer que «El silencio de una princesa» tenga una cara tan molona.

Después de esto toca agradecer a la maquetadora:

“Aesyn Anders”, no llegaste por un problema a la portada, pero no quería dejarte fuera de esto debido a tu empuje por colaborar, así que gracias a ti hoy el libro luce tal cual lo vemos. Sin ti no sería posible, así que GRACIAS.

De la parte visual, del magnífico y espectacular booktrailer (con su *teaser*) y las imágenes

promocionales se ha encargado la empresa *High Goals Creations*, que se ofreció enseguida y desinteresadamente para crear este contenido. No puedo más que tener palabras de agradecimiento frente a semejante muestra de altruismo y a la vez profesionalidad.

Ahora le toca el turno a *Aspanion*, la asociación con la que colaboraré enviando el 100% del dinero recaudado. Gracias por, desde el momento cero, brindármelo todo para que yo apenas tuviera que hacer nada a la hora de ayudaros. Creo que vuestra labor es esencial y esa es la razón por la cual os elegí. Espero (aunque sé que sí) que empleéis el dinero en aquellos que de verdad lo necesitan. Se puede hacer muchísimo y sé que lo haréis.

No me quiero olvidar del resto de asociaciones que se ofrecieron desde el primer momento. Ojalá hubiera podido daros un cachito a cada una de vosotras, pero sería tan pequeño que en verdad no haríamos gran cosa. Sé que entendéis mi decisión y ojalá pueda colaborar en un futuro a vuestro lado.

Y, por último, quería agradecerle a ti, lector, el haber estado ahí cuando publicaba esta locura a capítulos sin más pretensión que entretenerte durante el confinamiento por la tragedia del COVID. Y a todos los que llegáis ahora nuevos a descubrir esta historia. Gracias por vuestra ayuda para esas familias que lo necesitan y espero que os haya entretenido la historia. Os veo en el resto de mis novelas y en mis redes sociales (en todas: @BlasRuizGau).

Hasta pronto.

Blas Ruiz Grau  
Almoradí (Junio 2020)

### *Sobre el autor:*

Escritor nacido en Rafal, Alicante, en el año 1984. Autopublica su primera novela, «La verdad os hará libres», un thriller religioso, en 2012. Un año después, publica su continuación, «La profecía de los pecadores», con la que alcanzó un gran éxito en ventas. En 2015 su tercer trabajo, «Kryptos», un thriller tecnológico trepidante, en apenas unas horas se coloca en el número dos de los más vendidos y dona todo su beneficio a la ONG Educo. En 2017 llega su obra «Siete días de marzo», que solo hizo certificar ese creciente éxito literario que ha consagrado a Blas como a uno de los autores con más presente y futuro de la actualidad. En 2018, de la mano de Oberón (Grupo Anaya) se edita «¡Que nadie toque nada!», un ensayo sobre que se centra en los mitos y realidad del procedimiento policial y forense. Este libro, nacido en la web Zenda Libros, lo coloca como a uno de los referentes de la investigación criminal del panorama nacional. En 2019 le toca el turno a «No mentirás», obra que lo encumbra en el panorama literario nacional y con el que consigue agotar su primera edición en tan solo un día. Ese mismo año edita «Asesinos en serio», un ensayo sobre los peores psicópatas de la historia (de nuevo con Oberón), el cual certifica su éxito y prepara el terreno para lo que seguirá llegando. En 2020 vuelve a cosechar un éxito arrollador con «No robarás», la que es su última novela hasta la fecha.